

MAI

VI

NAS

la trama secreta

Oscar Raúl Cardoso | Ricardo Kirschbaum | Eduardo Van Der Kooy

ClarínX

MALVINAS:
LA TRAMA SECRETA

Oscar Raúl Cardoso
Ricardo Kirschbaum
Eduardo van der Kooy

MALVINAS:
LA TRAMA
SECRETA

ClarínX

Cardoso, , Oscar Raúl

Malvinas, la trama secreta / Oscar Raúl Cardoso; Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van del Kooy
- 1a ed. - Buenos Aires : Arte Gráfico Editorial Argentino S.A., 2007.
536 p. + DVD : il. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-07-0013-5

1. Entrevistas Periódísticas. 2. Guerra de Malvinas. I. Kirschbaum , Ricardo II. Van del Kooy,
Eduardo III. Título

CDD 070.44

Fecha de catalogación: 26/02/2007

© 1983, 1992, 2007, O. R. Cardoso - R. Kirschbaum
- E. van der Kooy

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

Primera edición definitiva, corregida y ampliada:
abril 1992

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723 Impreso en
la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el
diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico,
óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso
previo del editor.

*Este libro es producto de un esfuerzo
que merece tener destinatarios específicos.
Por esa razón es que lo dedicamos a:*

*Juan Facundo, María Lucrecia y Martiniano
O. R. Cardoso*

*Mariana y Federico
R. Kirschbaum*

*Martina, Guillermina y Tomás
E. van der Kooy*

PROLOGO

de la tercera edición

En dos ediciones anteriores -1983 y 1992- de este libro incluimos otros tantos prólogos en los que, estamos convencidos, hemos dicho todo, o casi todo, lo que había que decir alrededor de “Malvinas: La Trama Secreta”. Que ambos textos precedan el cuerpo de este trabajo nos releva ahora –y también al lector- de lidiar con un tercer ensayo exhaustivo. Los que deseen saber por qué encaramos este trabajo, cómo lo hicimos y cómo resultó tienen esos prólogos como ayuda.

Pero no en vano ha transcurrido un cuarto de siglo desde que el primer ejemplar llegara a una librería y, consecuentemente, la perspectiva permite algunas breves puntualizaciones para complementar la experiencia, la del lector pero también la nuestra.

Conviene empezar con una confesión. Cuando estábamos enfrascados en la investigación, cuando nos sumergimos en la redacción de los originales y cuando esperábamos con ansiedad ver el primer libro completado éramos incapaces de imaginar que, veinticinco años después, nuestro trabajo seguiría siendo un texto vivo.

Nunca nos engañamos respecto de su alcance real. “Malvinas: La Trama Secreta” era, es, por sobre todo un libro periodístico, una crónica –más extensa y cuidada que las que se incluían en diarios y revistas- pero no más que eso, una crónica. Tan próximos estaban los hechos cuando encaramos la tarea que, en la más ambiciosa de nuestras visiones de su futuro, solo éramos capaces de ver en el libro un primer esbozo de la historia política y diplomática argentina de la crisis y de la guerra de 74 días a la que aquella nos arrojó.

Ni mencionemos esta tercera impresión a dos décadas y media de la primera. Solo podíamos esperar –cruzando los dedos- que otros intentos de escribir la misma historia no echaran nuestro trabajo al olvido, demasiado rápido al menos. Sin duda muchos y excelentes volúmenes se publicaron con la misma temática desde entonces, aquí y en el exterior. Pero casi todos ellos han contribuido a mantener al nuestro vivo incorporándolo como referencia y aun validando algunas de las tesis sobre los hechos que nosotros esbozamos por primera vez, entonces con cierto vértigo por los yerros posibles tan temidos.

Lo mismo puede decirse de los documentos oficiales que han salido a la luz aquí, en Londres y Washington en ese período. Ninguno de ellos –y ese es nuestro mayor orgullo- contradijo las afirmaciones centrales de “Malvinas: La Trama Secreta”. Por esto estamos profundamente agradecidos por la suerte que le cupo al libro.

En la revisión previa de esta tercera versión –que tiene solo unos pocos añadidos, algunos ajustes y precisiones- encontramos, sí, razones para el lamento. Siempre está el descubrimiento de que el libro pudo haber sido mejor del que finalmente

concebimos. Y algunas presunciones hechas en el 83 y en el 92 sugieren un margen de error de evaluación de nuestra parte.

En el primer prólogo dimos por sentado que la experiencia de una guerra era definitiva en la historia de nuestra sociedad, que la había marcado a fuego. En el 92, plena era del “hiperrealismo menemista”, corregimos un tanto esa visión porque comprendimos que los argentinos habíamos comenzado a tomar distancia emocional del trauma Malvinas. Aun así, se encontrará en el segundo prólogo una referencia a la “discreta capacidad revulsiva” que la cuestión Malvinas parecía conservar en los asuntos argentinos, diez años después de disparada la última salva.

Ahora se hace necesaria una nueva atenuación de aquella presunción. Las generaciones más nuevas de argentinos parecen haber amortiguado la compulsión llamada Malvinas pero sabemos que no ha desaparecido por completo; la guerra perdida no es solo una experiencia lejana y aun ajena, si no desdibujada. No hace falta calificar esta situación; nadie sabe si esto es bueno o malo para la Argentina. Pero quizá ayude a ratificar lo que fue la premisa central de “Malvinas: La Trama Secreta”; esto es que la guerra fue la consecuencia, no de la voluntad nacional de recuperar un territorio irredento, si no de un acto profundamente doloso de los militares que nos gobernaban entonces a los que solo interesaba hallar la forma de prolongar una dictadura que ya se desmoronaba antes de la “Operación Rosario”, denominación encriptada del desembarco argentino en las islas. En aquel dolo habría que buscar –creemos- las razones de esta distancia presente entre sociedad y Malvinas. La relación, insistimos, también pasa por esa experiencia límite, la experiencia de una guerra en la que las Fuerzas Armadas fueron derrotadas en más de un sentido. Si se observa la evolución posterior del proceso que vivieron otros países que sufrieron dictaduras.

Desde esa perspectiva, en la turba de Malvinas se hundió una doctrina de la guerra fría en la que los militares ocupaban el rol central de la previsibilidad, como guardianes de la seguridad interior. En esa guerra, también, los civiles y la democracia, como sistema, recuperaron para Washington el atributo de previsibilidad de la que, a su juicio, carecían.

Es tarea –una entre muchas- que queda para otros con mayores dotes analíticas y recursos narrativos que nosotros. Lo nuestro con Malvinas termina aquí en esta tercera edición a la que nunca creímos que arribaríamos y por la que, es justo explicitarlo, nos llena el orgullo de saber que nuestro texto aun realiza una módica contribución a la comprensión de ese tormentoso y oscuro período.

*Oscar Raúl Cardoso
Ricardo Kirschbaum
Eduardo van der Kooy
Marzo de 2007*

PROLOGO

de la segunda edición

En este mismo mes 1982 los autores de este libro nos deslizábamos, junto con la sociedad de la que formamos parte, hacia la guerra, ese lujo –la definición es de Hanna Arendt– que sólo las pequeñas naciones pueden darse. Según se comprobó después, los argentinos estábamos dispuestos entonces a ser consecuentes hasta la autodestrucción con la oscura ironía que subyace en la frase de la autora de *Los orígenes del totalitarismo*. En consecuencia, apenas setenta y cuatro días después de que se iniciaran las hostilidades, comenzamos a apurar el amargo trago hecho de frustración y derrota del que aún hoy no hemos bebido la última gota.

Para cada argentino la tragedia de esos días tuvo un epílogo común y otro que le es propio e intransferible. La resaca de la reuniones de barra brava futbolística que el régimen militar convocaba en la Plaza de Mayo seguramente no dejó el mismo regusto espeso en todas la bocas; la oquedad interior que quedó en el lugar de la fe perdida, no ocupa el mismo espacio; el dolor por cada familiar o amigo perdido es sin duda único y la imagen de Jeremy Moore recibiendo la rendición de Benjamín Menéndez golpeó cada conciencia en un modo distinto y con una violencia particulares.

Para nosotros Malvinas: la trama secreta es la encarnación de ese otro final y por eso mismo encierra innumerables significados a un mismo tiempo. La preparación de esta nueva edición nos ofreció la oportunidad de regresar la vista hacia aquel escenario perturbador y distante de una década atrás, lapso del que, al igual que nuestros contemporáneos, solo tenemos la certeza de que nos hizo más viejos. No sabemos en cambio –quizá nunca daremos una respuesta definitiva a la pregunta– si ese mismo tiempo nos ofreció también el regalo de la sabiduría, a los individuos y ala sociedad.

Entre las sorpresas que nos deparó el ejercicio de revisar lo escrito y de continuar la narración en un puñado de páginas adicionales, está el hecho de comprobar que lo sucedido es tan difícil de comprender hoy como lo era entonces. El paisaje interno y externo del país es tan distinto del que fue, que sugiere una brecha de tiempo mucho mayor que la que en realidad ha transcurrido. La Argentina recuperó un modo de convivencia que se inscribe una vez más en las normas elementales de la civilización y, de este modo, el mínimo de respeto internacional que le permitió regresar de la situación de marginalidad producida por años de terrorismo de Estado y confirmada por el episodio del 82. En este sentido, al menos, ese tramo del pasado común puede ser entendido por los argentinos del mismo modo en que Hegel definió la historia en la *Fenomenología del Espíritu*: “el progreso de la conciencia de la libertad”.

Desde hace unos dos años muchos argentinos que en su momento se sumieron en el patético modelo de guerra santa que inventó la propaganda oficial de entonces caminan por las calles del centro de Londres, turistas de mirada

despreocupada y mansa que solo abarca los escaparates de las tiendas o las marquesinas de los teatros de Picadilly Circus. Si alguien les preguntara en esos momentos por las comisiones bilaterales que intentan desenmarañar los ovillos de derechos, intereses y aspiraciones que quedaron entrelazados en el Atlántico Sur seguramente responderían con asombro y desconocimiento.

Después de todo Malvinas no solo se corresponde con un período de intenso infortunio nacional del que conviene guardar recuerdo sólo para asegurarse de no repetirlo. Sus imágenes precisan del marco de un mundo dividido por fronteras de ideología y poder que no existe más. ¿Qué canciller se atrevería a especular hoy, como alguna vez lo hizo Nicanor Costa Méndez, con un veto de la Unión Soviética –nación que ya no es– en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, cuando su sucesor, Rusia, se suma a los Estados Unidos para condenar a Cuba en la Comisión de Derechos Humanos? ¿A qué Occidente le parecería vagamente amenazante un abrazo argentino con el solitario Fidel Castro? ¿Quién podría creer, como Leopoldo Galtieri, que la Argentina se convertiría en un aliado preciado de los Estados Unidos por asumir la tarea sucia de desestabilizar al sandinismo nicaragüense que terminó siendo derrotado con el papel barato de las papeletas de sufragio?

Los argentinos del 82 ensayaron todos esos gestos y muchos más y nada hizo evitable el resultado final. En este contexto la guerra de hace diez años en el Atlántico Sur puede muy bien haber sido la contribución –mínima, absurda– de la Argentina a la desaparecida Guerra Fría. Pero también puede haber resultado la primera y anticipada lección que recibimos los argentinos en lo inmutable que hallaría continuidad en el así llamado nuevo orden mundial: el sello profundamente oligárquico de las relaciones internacionales.

A pesar de tanta distancia –real e imaginada–, de los cambios y de las continuidades, Malvinas conserva como cuestión nacional una discreta capacidad revulsiva en la conciencia colectiva. Cada tanto un anuncio oficial, uno de los recurrentes remezones de discordia y crisis entre los gobiernos sacude la memoria y vuelve a enfrentarnos a la pesada herencia de aquel tiempo: las islas quedaron, y siguen estando, mucho más lejos de la Argentina continental como consecuencia de la guerra. La aceptación de esta realidad puede muy bien constituir el fondo de la copa de la cual, dijimos al comienzo, seguimos bebiendo.

De la revisión de nuestro texto original surge para nosotros con claridad que este era el mensaje que quisimos transmitir con el libro, aun cuando no lo supiéramos cuando comenzamos a investigarlo y cuando el manuscrito encontró un apresurado camino a la tipografía. Los únicos impulsos de entonces que podemos identificar hoy eran los de continuar con la excitación anímica e intelectual que nos había ganado durante el conflicto y el de responder a los interrogantes que todos nos formulábamos, evitando que las preguntas sobre la verdad fueran transformadas en preguntas sobre el poder, como advirtió Theodor Adorno en su *Mínima Moralia*.

Hicimos bien, está claro ahora, en advertir en el prólogo a la primera edición –mensaje que también acompañó a las ediciones (abreviada para España y la que

se imprimió en el Reino Unido)— que ni éramos historiadores, ni pretendíamos perpetrar lo que la historia niega: una versión de los hechos con pretensión de definitiva. Pero también es cierto que desde que el primer ejemplar de *Malvinas: la trama secreta* llegó a manos del lector la casi totalidad de nuestra versión de los hechos ha sido ratificada por los papeles oficiales que emergieron a la superficie pública, por las reconstrucciones de otros investigadores y por instancias como las del juicio en el que los miembros de la Junta Militar del 82 fueron condenados. En este sentido sentimos la satisfacción de haber contribuido a que el conflicto por Malvinas escapara a un posible destino de posmodernidad, el que hubiese reemplazado en nuestra memoria la idea de la guerra que fue por la del simulacro, algo que hubiese complacido a los responsables de la derrota.

Según nuestro editor, *Malvinas: la trama secreta* ha atravesado varias ediciones. Pero este concepto, que puede ser cierto en el estrecho mundo de lo contable, es engañoso desde el punto de vista intelectual. Lo único que *Malvinas: la trama secreta* conoció fueron reimpressiones. Esta es, en verdad, la segunda edición que quedó entonces pendiente como una deuda con nosotros mismos y nuestros lectores. Tras realizar el balance y comprobar que nuestro texto había eludido el riesgo de ser una “destilación del rumor” o una “destilación de los diarios” de la época —ambas caracterizaciones son de la cosecha intelectual del escocés Thomas Carlyle— optamos por extender el relato hasta el momento en el que los negociadores del gobierno de Carlos Menem acordaron con sus opuestos del Reino Unido, en Madrid, en febrero de 1990, el restablecimiento de las relaciones bilaterales.

Esta versión, que los editores insisten en llamar definitiva, incluye ese período, que describimos en la Parte Quinta, ahora añadida. A lo largo de cuatro capítulos, revisamos el fin de la dictadura y los intentos fracasados del gobierno de Raúl Alfonsín, que sin embargo sirvieron de base para el acercamiento concretado por Menem. Agregamos, además, documentos sobre la guerra y sobre las negociaciones de las administraciones democráticas, que el lector encontrará en la parte final del apéndice documental.

Del mismo modo en que ellos pusieron fin a una etapa, nosotros creemos haber alcanzado el máximo posible de nuestro aporte a su clarificación. Nuestros destinos profesionales han sido convergentes aun antes de *Malvinas: la trama secreta*—en verdad ellos cimentaron nuestra amistad personal—, siguieron unidos a lo largo de esta última década y nada hace suponer que se disociarán en el futuro previsible. Pero parece hoy improbable, por decirlo en términos atenuados, que nuestros afanes vuelvan a dirigirse hacia la cuestión de Malvinas. En cualquier circunstancia, ambas ediciones quedan como testimonio de nuestra condición de socios en un esfuerzo sincero por aproximarnos a la verdad.

Buenos Aires, marzo de 1992
Oscar Raúl Cardoso
Ricardo Kirschbaum
Eduardo van der Kooy

PROLOGO

de la primera edición

La idea original de escribir este libro –por cierto mucho menos ambiciosa que su resultado final– fue, junto con la tensión y la fatiga, uno de los productos de la larga vigilia periodística de la madrugada del 2 de abril de 1982, cuando aguardábamos la confirmación del desembarco de las tropas argentinas en las islas Malvinas. En los 74 días que siguieron –mientras asistíamos al drama desde los lugares de espectadores privilegiados que la historia suele reservar a los cronistas–, fuimos madurando el proyecto, aunque todavía sin poder definirlo por completo. A lo largo de aquellas jornadas, cualquiera fuese el lugar en el que cada uno de nosotros estuviera –el archipiélago fugazmente recuperado, Buenos Aires, Nueva York o Washington–, y ante cada episodio que atestiguamos, nos reiteramos el vago compromiso que encierra la frase “algún día, con serenidad, habrá que escribir sobre todo esto”. En rigor de verdad –deformados como estamos por el imperativo de la inmediatez que nos impone nuestro oficio–, el impulso podría haberse agotado sin concretarse. Pero, como el resto de la sociedad, sin excepción, aprendimos algunas lecciones importantes, por el solo hecho de haber tenido que enfrentar el final de derrota y frustración. Una de ellas fue, para nosotros, que el proyecto alentado inicialmente como una gratificante fantasía era ahora una necesidad. Descubrimos que hay un atractivo desafío en el intento –modesto en lo que a nosotros nos cupo–: el de evitar que la propaganda del vencedor se convierta en la historia oficial del vencido. Aun en un caso como el del operativo militar del 2 de abril, en el que varios de los aspectos de la verdad sugieren para muchos protagonistas una condena infinitamente más categórica que la que podría haber concebido el más imaginativo de los propagandistas británicos. Como con tantas otras cosas de la castigada Argentina de la última década, no queda más remedio que revisar el pasado como única esperanza de que no se repetirá. Poco después del 14 de junio de 1982, nos abocamos a dar forma definitiva a la idea. No lo lograríamos sin antes revisar varias veces presupuestos y métodos. Barajamos múltiples alternativas, inclusive la de narrar lo sucedido –e intentar una aproximación a su análisis– a partir de un extenso reportaje a algunas de las principales figuras del episodio. Desechamos este procedimiento por sus obvias limitaciones y optamos –impulsados por el afán de relatar con una nueva perspectiva global muchos de los hechos que presenciamos– por reconstruir los aspectos políticos y diplomáticos del conflicto, excluyendo inicialmente el costado específicamente militar. No podíamos, convinimos, exhibir credenciales de especialistas en este terreno y, además, la situación que la guerra había dejado en el seno de las fuerzas armadas haría, supusimos, virtualmente imposible la recolección de información objetiva. Aquí también nos equivocamos y pudimos mantener sólo parcialmente el

límite que nos habíamos fijado. En todo el proceso que siguió a la recuperación de las islas y aun antes, en la etapa de su secreta planificación, los aspectos militares se interrelacionaron siempre estrechamente. En el curso de la investigación aquella dicotomía que concebimos no fue posible; por el contrario, debimos sumergirnos frecuentemente en los hechos bélicos. Fue una suerte que lo hicieramos, porque también en esto prejuzgamos erróneamente: en buena medida nuestra reconstrucción fue posible gracias a que muchos oficiales de diversas jerarquías del Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada compartieron nuestra idea sobre la conveniencia de hacer historia con esta experiencia nacional frustrada. Sin embargo, creemos imprescindible dejar constancia de que las páginas que siguen no están referidas a las cualidades de aviones, misiles o buques, o a la conveniencia de haber desplegado –o no– determinada fuerza de combate en uno u otro lugar. En ellas se cuenta la historia de los hombres, de sus aciertos y de sus errores, de sus flaquezas y de su dignidad, de su generosidad y de su ambición. Y del final al que nos llevaron inexorablemente la suma y combinación de todas estas características. Cierta dosis de inconsciente inmodestia –producto de haber ocupado aquel sitio preferencial al que ya aludimos– nos hizo partir de un presupuesto falso: que poseíamos un conocimiento acabado de, por lo menos, los hechos más significativos que habían sucedido. Al término de los días de euforia, depresión y muerte, creímos tener un relato base que nos permitiría un trabajo rápido y seguro. Fue una decepción: a medida que progresamos en la investigación, descubrimos una historia inédita de la guerra. Entonces decidimos escribir sobre esa trama secreta, que responde a muchos –aunque no a todos– de los interrogantes que subsisten sobre el conflicto bélico con Gran Bretaña. Pronto comprendimos que para lograr un resultado digno serían insuficientes nuestros recuerdos y apuntes de la época y los testimonios que íbamos recogiendo. Haría falta documentación que respaldara la versión. Eso hizo aún más difícil y lenta la tarea. Pero vencidos la desconfianza y el temor iniciales de nuestras fuentes, logramos penetrar en ese mundo de reserva, códigos y secretos que escondían el núcleo de lo que sucedió. Para hacerlo tuvimos que imponernos como norma mantener en el más riguroso anonimato a muchos de los que colaboraron con nosotros, salvo en casos específicos de fuentes que mencionamos por su nombre, porque así fue convenido en los numerosos encuentros que mantuvimos durante este año largo de trabajo. El lector se encontrará así frente a un relato redactado en base a testimonios, diálogos y documentación inéditos, que reconstruye la historia de la guerra desde el derrocamiento del gobierno de Roberto Viola hasta la caída del Leopoldo Galtieri, días después de la derrota en Puerto Argentino. Nuestro método definitivo consistió en largas entrevistas con ex funcionarios para obtener un hilo argumental global. Posteriormente, volvimos una y otra vez sobre determinados episodios y decisiones, confrontando cada versión con las restantes. Ese mismo método fue utilizado en Washington y Nueva York, donde dialogamos con muchos de los principales integrantes

de la administración Reagan que estuvieron involucrados en las negociaciones entre la Argentina y Gran Bretaña, y también con otras personalidades que –sin ostentar representación oficial– transitaron tanto el epicentro como la periferia del drama. En varios de nuestros contactos, accedimos a documentación inédita –en su mayor parte por tener carácter reservado– sobre la guerra. Parte de ella fue incluida en el anexo final de este libro. Hubo guías entusiastas que nos dieron pistas para llegar a determinados personajes o para que profundizáramos en la dilucidación de tal o cual episodio. También –fue evidente en ocasiones– recogimos indicios falsos que inexorablemente nos condujeron hacia una versión tramposa de lo que había acontecido. Creemos haber eludido este riesgo. Naturalmente el peso de nuestro trabajo se volcó sobre el desarrollo de los acontecimientos en la Argentina. Ese es el enfoque principal. Varios libros –muchos de excelente factura– se han impreso ya sobre el tema, pero ninguno de ellos, estamos sinceramente convencidos, abarcó hasta el presente la versión argentina de la guerra en forma más completa que éste que hemos escrito. Tal aseveración merece algunas aclaraciones:

- No se encontrará en Malvinas: la trama secreta la “versión definitiva” de lo sucedido. Primero porque no hay tal cosa en la historia, y segundo porque nuestra investigación tiene la riqueza y las debilidades propias de un trabajo periodístico; más extenso y exhaustivo que los que se pueden hallar en las páginas de diarios y revistas si se quiere, pero periodístico al fin. No somos –téngalo presente el lector a la hora de juzgar este resultado– académicos de la historia, sino cronistas de uno de sus períodos.

- También se notará que el análisis de algunos puntos importantes carece de la profundidad adecuada. No se trata de justificar nuestras fallas, que son evidentes, sino de explicar aquí algunas limitaciones. A medida que avanzamos en la investigación, los hechos y personajes abordados nos fueron relacionando con otros y los datos recogidos comenzaron a superarnos. En un determinado momento establecimos fronteras –que voluntariamente no vulneramos– y resignamos aspectos del problema. Fue necesario para que el libro pudiera ser efectivamente escrito.

- No hay en la obra un capítulo dedicado a reseñar los fundamentos de los títulos sobre los que se asienta el reclamo de soberanía argentina sobre el aún irredento archipiélago austral. Lo juzgamos innecesario en este caso, porque todo nuestro trabajo parte del presupuesto de que la sociedad argentina ha legitimado hace largo tiempo esta aspiración.

Muchos hombres y mujeres nos alentaron y nos prestaron su colaboración, sea a través de la entrega de largas horas de su tiempo, sea por medio de consejos tan invalorable como acertados. Son de lamentar las razones por las que hay que omitir sus nombres a la hora de expresarles nuestra ilimitada gratitud. En algún momento –esperamos que del futuro inmediato–, los argentinos

podremos contribuir a la formulación de una historia común sin que esto implique, como hasta el presente, una suerte de “crimen contra el Estado”. Los jóvenes que dieron generosamente su vida en combate en aquellos 74 días de 1982 quizá no llegaron a saberlo, pero su sacrificio habrá de fructificar también en este aspecto. Queremos identificar, sí, a algunos de nuestros colaboradores. Por derecho propio esa lista está encabezada por nuestras esposas –Alicia Lo Bianco, Silvia Fajre y Dora Young–, quienes ayudaron activamente en la tarea y se convirtieron en nuestras críticas más inteligentes, inflexibles y mejor intencionadas. No sólo eso: a lo largo de más de un año convivieron –haciendo gala de infinita tolerancia– con nuestra obsesión. También tenemos una deuda con nuestros compañeros de trabajo Ernesto Jackson, Román García Azcárate, Juan Carlos Bairo, Carlos Sarraf, Jorge Viejo, Alicia Muzio y Horacio Pérez, quienes aportaron su valiosa asistencia. De más está aclarar que todos ellos –anónimos e identificados– son absolutamente inocentes del contenido del libro. La sola existencia del volumen es, para nosotros, recompensa suficiente por el esfuerzo. Pero si además contribuye a que el debate, la investigación y el esclarecimiento de la guerra de las Malvinas y su significado se acrecienten, habremos colmado la mayor de nuestras aspiraciones.

Buenos Aires, julio de 1983

*Oscar Raúl Cardoso
Ricardo Kirschbaum
Eduardo van der Kooy*

Parte Uno

UNO EL PACTO SINIESTRO

Lombardo, le habla Anaya. ¿Podría venir al Casino de Oficiales? Sí, claro que podía. El vicealmirante Juan José Lombardo había asumido, pocos minutos antes de la llamada de su superior, el cargo de comandante de Operaciones Navales, posición burocrática en tiempos de paz, pero clave en situación de guerra. Desde las horas de tensión y vísperas de 1978 —cuando la Argentina orilló un enfrentamiento bélico con Chile por el conflicto en el canal de Beagle—, la guerra había vuelto a ser lo que siempre fue para las fuerzas armadas argentinas del siglo XX: apenas una hipótesis de trabajo recreada en la fantasía íntima de los estados mayores. Pero nada de esto preocupaba a Lombardo aquel 15 de diciembre de 1981: en la peculiar ecuación interna de poder de la Armada, el Comando de Operaciones Navales era un paso seguro e importante en el camino que desemboca en el vértice superior de la pirámide: la titularidad de la fuerza.

Aunque el oficial no lo sabía cuando recibió la convocatoria del almirante Jorge Isaac Anaya, ese día su historia personal cambió junto con la de todo el país. Para Lombardo fue un día especial que no olvidaría jamás. La gran mayoría de los argentinos, en cambio, vivió aquella jornada como una más. Con absoluta indiferencia asistieron a la consumación de la intriga palaciega que tumbó a otro presidente de la Nación al que, después de todo, tampoco habían elegido. El teniente general Roberto Eduardo Viola, un militar que laboró pacientemente durante 10 años para llegar a la Casa Rosada, no pudo siquiera tomarle el gusto al poder. Su fugaz gestión duró apenas nueve meses. El reemplazante era Leopoldo Fortunato Galtieri, comandante en jefe del Ejército, cargo al que había accedido gracias a la “muñeca” de Viola para manejar la “interna militar”. La historia argentina está plagada de estas paradojas: Viola se descubrió, así, como víctima del hombre al que había escogido como heredero, privilegiándolo por encima de algunos otros candidatos, por considerarlo el menos peligroso de todos para su proyecto.

Los diarios de ese día especularon con la composición del nuevo gabinete que acompañaría al expansivo Galtieri, y los fantasmas de un regreso a la dura ortodoxia monetarista —atenuada durante el “violismo”— flotaban sobre la castigada sociedad argentina: Adalbert Krieger Vasena, ex funcionario del “onganiato” y ex titular del Banco Interamericano de Desarrollo, y Alvaro Alsogaray, un admirador irredento de la economía de mercado y del “puño de hierro” de Margaret Thatcher para manejar la economía británica sin reparar en el costo

social, eran mencionados por las usinas de rumores como candidatos para suceder a Lorenzo Sigaut. Este había protagonizado un torpe e incompleto intento de ruptura con el programa de José Alfredo Martínez de Hoz, virtual presidente de la Argentina con asiento en el Palacio de Hacienda desde la instauración del poder militar tras el golpe de marzo de 1976.

El calor agobió ese día a los habitantes de Buenos Aires aun más que las noticias. La Multipartidaria, que nucleaba a los cinco partidos más importantes del país (Justicialista, Unión Cívica Radical, Intransigente, Desarrollista y Democracia Cristiana), había echado en el saco roto de la atención oficial un nuevo reclamo de “elecciones inmediatas y sin proscripciones”. Más atractivos y merecedores de expectativas eran, para el común de los argentinos, el cercano sorteo de la lotería de fin de año —un golpe de suerte podía terminar con las penurias de muchos ciudadanos— o el cotejo futbolístico entre River Plate, el de Alfredo Di Stéfano como director técnico y Mario Kempes como estrella, con el modesto Ferrocarril Oeste, equipo que representaba a uno de los tantos clubes que nacieron a la vera de las líneas férreas que trazaron, y durante largos años administraron, los ingleses en la Argentina.

Lombardo se apresuró a responder a la convocatoria de su comandante pensando que recibiría de éste órdenes para el alistamiento de la Flota de Mar u otras operaciones que debían desarrollarse durante el denominado “Año Naval”, Quizás escuchara también alguna referencia de Anaya al proceso político, pero esto era poco probable porque el hombre que ocupaba la jerarquía máxima era escasamente comunicativo.

Saludó e intentó introducir un tema, pero el rostro pétreo e inexpresivo de Anaya lo detuvo.

—Vea, Lombardo —dijo el comandante como único prólogo—, lo que le voy a decir es absolutamente reservado. Estrictamente confidencial. ¿Me entiende?

El pensamiento del flamante responsable de Operaciones Navales se concentró —mientras daba las seguridades de comprensión requeridas por su jefe— en una idea que había atesorado durante algún tiempo y cuya concreción deseaba secretamente más que ninguna otra cosa en el mundo: un operativo para recuperar las islas Picton, Lennox y Nueva, en poder de Chile. La oportuna mediación de Juan Pablo II en la crisis del 78 había dado por tierra con los sueños de una nueva “gesta emancipadora” de muchos militares argentinos.

—Le ordeno —dijo Anaya apelando a una fórmula que no dejaba margen de error en cuanto a lo formal de la ocasión— que prepare un plan de desembarco argentino en las islas Malvinas. Usted debe ser el primero en el país que se entere de esto. Sería conveniente, entonces, que el equipo que escoja para colaborar en el planeamiento mantenga la boca cerrada. El secreto es prioritario. ¿Me entiende? —insistió con su gusto por la recurrencia.

Los diarios de ese día comentaron también la elección del peruano Javier Pérez de Cuéllar como secretario general de la Organización de las Naciones

Unidas, luego de un sinfín de vetos que había dejado a dos argentinos fuera de carrera: Carlos Ortiz de Rozas, diplomático de sólida reputación que se desempeñaba al frente de la embajada argentina en Londres, y Alejandro Orfila, cuya secreta esperanza era un ambicioso gambito diseñado para cambiar la titularidad de la Organización de Estados Americanos, que ejercía desde las épocas del gobierno de la viuda del ex presidente Juan Domingo Perón, por la cúspide del Palacio de Cristal en Nueva York.

El episodio pasó inadvertido para los argentinos. Parecía apenas otra pirueta de la burocracia internacional, demasiado ajena a la vida del hombre de estas latitudes. Apenas cuatro meses después se comprendería que esto no era así.

Lombardo, a quien le costaba disimular su entusiasmo por la orden recibida de Anaya, convocó a sus colaboradores más inmediatos: se reunió con los jefes de la Aviación Naval, Carlos García Boíl; de la Flota, Gualter Aliara, y de la Infantería de Marina, Carlos Busser.

Los hombres extremaron el secreto para no despertar la menor sospecha sobre su tarea. Es más, pusieron especial cuidado en no dejar margen para un alerta del propio Servicio de Inteligencia Naval al desempolvar de los archivos un plan que había sido elaborado por el propio Anaya en 1977 cuando comandaba la Flota de Mar, por encargo del entonces titular de la fuerza, almirante Emilio Eduardo Massera. En esa oportunidad, Anaya había procedido en abierta violación de la cadena de mandos, tan cara al catecismo castrense, ya que entregó el plan al comandante sin siquiera notificar de su existencia al jefe del Estado Mayor Naval, vicealmirante Antonio Vañek, quien se encolerizó al descubrir el gesto de su subordinado.

Ese primer año del Proceso de Reorganización Nacional fue escenario de un sórdido y por momentos brutal enfrentamiento entre el ambicioso Massera y el presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla. En un momento de la evolución de ese conflicto, Massera entregó formalmente a la Junta Militar una solicitud de su fuerza para que se procediera a la recuperación del archipiélago austral, del mismo modo en que exigió a sus pares que se hicieran cargo de los “excesos” cometidos durante la represión a la guerrilla izquierdista. Su intención real era hacerle la vida imposible a Videla, un hombre que amaba los oropeles del poder, bajo un ropaje de falsa bonhomía y humildad, y que sostuvo a rajatabla un sistema económico y político cuyas consecuencias sufrirían por décadas los argentinos.

Videla se vio así sumido en un brete de difícil ruptura. Al rescate vinieron dos de los generales que habían colaborado en la ardua tarea de convertir a aquel oscuro oficial en el principal, y no invitado, habitante de la Casa Rosada: Roberto Viola –entonces jefe del Estado Mayor General del Ejército– y José Rogelio Villarreal –secretario general de la Presidencia– idearon la forma con la que Videla pudo superar, una vez más, el jaque político del “Negro” Massera.

En un documento de respuesta, redactado en un lenguaje cuidadosamente

escogido, dejaron constancia de la “comunidad de aspiraciones” respecto de las islas Malvinas entre el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea y del “reconocimiento a la importancia del tema”. Pero, y allí estuvo la trampa, requirieron mayores detalles sobre el plan de la Armada para proceder a recuperar el irredento territorio antes de “adoptar una resolución definitiva”. Massera vio la jugada y la aceptó como inevitable —con la hidalguía a la que obliga un juego entre tramoyistas— ya que su fuerza no tenía plan alguno. Optó por dedicarse a imaginar nuevos escollos para la senda de Videla. Pero, consciente de la necesidad de no dejar flancos abiertos, comisionó a Anaya para que elaborara el plan. Era una forma de estar preparado por si, en algún momento, el Ejército deseaba imprimirle un efecto *boomerang* a su maniobra. No hay constancias de que Massera haya vuelto a mencionar el tema Malvinas en la Junta Militar hasta su pase a retiro en 1979.

Anaya, en cambio, transformó el encargo en una cuestión personal. “Con ese proyecto suyo bajo el brazo llegó al Comando en Jefe”, memoró un camarada y amigo. El resultado del trabajo en el que Anaya puso una dedicación casi obsesiva se convirtió en 1982 en la columna vertebral del operativo del 2 de abril.¹

El 20 de diciembre de ese año, dos días antes de que Galtieri luciese por primera vez la codiciada banda presidencial, Lombardo voló desde Bahía Blanca a Buenos Aires. En su portafolio traía, manuscritos para evitar el uso de dactilógrafos o dejar marcas de caracteres en el rodillo de alguna máquina de escribir, los papeles con las previsiones para que tropas argentinas pusieran pie sobre las islas Malvinas.

Lombardo era también portador de algunas razonables dudas que exponearía ante el comandante. Las necesidades de la operación lo obligaban a recurrir al influyente SIN en busca de una serie de datos imprescindibles para el cálculo exacto de las acciones a emprender. Necesitaba detalles sobre la profundidad de las caletas que rodean a Port Stanley, la capital de la colonia británica; estado de las playas y aptitud para desembarcos anfibios; vías de acceso a la ciudad y al aeropuerto. La inteligencia naval tenía toda esta información desde hacía mucho tiempo. Para recurrir al SIN le era vital, sin embargo, el reaseguro de una instrucción del comandante. Cualquier oficial de inteligencia que leyera la lista de requerimientos que pensaba elevar Lombardo sospecharía y mucho.

Anaya lo aguardó, como era su hábito, sentado en su escritorio, con las manos entrelazadas y los músculos de su rostro conformando una máscara que no traducía la menor emoción. Casi sin formalidad previa alguna —el interés era un valor sobreentendido entre estos dos hombres—, Lombardo inició su exposición con una conclusión: la operación de recuperación se podía llevar a cabo con facilidad relativa, considerando el potencial naval existente. Pero enfatizó en que serían absolutamente imprescindibles dos factores, la sorpresa táctica y el secreto estratégico.

Con “sorpresa táctica” se podía llegar frente a las costas malvinenses sin que

sus habitantes estuviesen advertidos y la operación sería así “limpia”, eufemismo con el que se aludía a la posibilidad de evitar derramamiento de sangre. Si se lograba preservar el “secreto estratégico”, los ingleses no reforzarían su dotación militar en las islas, que apenas alcanzaba a 40 infantes de marina y un viejo navío —el *Endurance*—, que para colmo estaba a punto de ser desafectado del servicio y vendido en el marco del programa de austeridad diseñado por el gobierno de Londres.

Mientras desgranaba datos e hipótesis, Lombardo se preparó mentalmente para las difíciles preguntas que pensaba formularle a su superior. La realidad es que la experiencia habida en la Armada en la elaboración de planes como el que ahora estaba detallando dejaba abundantes márgenes para el escepticismo. Esta podría ser otra oportunidad más en que una iniciativa de la Armada resultara desvirtuada, o directamente anulada, una vez que llegaba a la Junta Militar. A Lombardo le causaba poca gracia la idea de haber trabajado en vano, pero más aún la de haberse entusiasmado en vano.

La reacción de Anaya, quien esa vez decidió no ocultar la incomodidad que le produjo la curiosidad de su subordinado, confirmó a Lombardo lo acertado de haber planteado todas las preguntas.

—Señor —dijo formal Lombardo—, ¿van a intervenir las tres fuerzas en el operativo o sólo van a cumplirlo efectivos nuestros?

—Será una acción de las Fuerzas Armadas —replicó Anaya.

—Siendo así, me parece conveniente hablar por lo menos con el general Osvaldo García —acotó Lombardo requiriendo tácita autorización para debatir el problema con el comandante del V Cuerpo de Ejército con asiento en Bahía Blanca. No era sólo la ansiedad que produce ser poseedor de un secreto único lo que motivó el requerimiento del oficial naval; Lombardo creía que ya había llegado el momento de comprometer a personal superior de las otras fuerzas en el cumplimiento del proyecto.

—No, no; para nada —lo desalentó Anaya—. No lo haga hasta que lo autorice expresamente y eso no será sino después de que yo hable con el general Galtieri —explicó el comandante elevando el tono de su voz para que no quedaran dudas de la intencionalidad de sus instrucciones.

Lombardo asintió con la cabeza, pero decidió no dar tregua a su superior y le descerrajó otro interrogante de difícil respuesta:

—Almirante, ¿qué va a pasar después de tomar las islas? —inquirió.

—Usted no se preocupe por eso, porque no le compete —fue la tajante contestación—. Limítese a elaborar el plan para tomar las islas; el resto viene después.

Anaya no lo explicó entonces a Lombardo, pero estaba seguro de que Galtieri —su amigo íntimo, compañero de avatares y socio en el último “fragote”— no sería un obstáculo para llevar adelante el proyecto. Es más, el tema había surgido varias veces en las charlas que habían mantenido, entre bambalinas por cierto, para planear el derrocamiento de Viola. El comandante de la Armada

había destacado lo vital que era para su fuerza esa recuperación en las mismas sesiones en que utilizó su notable influencia sobre Galtieri para convencerlo de que era “el hombre que precisaban el Proceso y el país”. Galtieri, seducido por la idea del poder, se limitó a asentir en cada oportunidad. ¿No era imprescindible acaso el consenso de la Armada en la Junta Militar para lograr el desplazamiento de Viola?

Galtieri llegó a la Presidencia apoyado en un cierto ascendiente —no puede hablarse de liderazgo al estilo de los que habían ostentado Alejandro Lanusse o Juan Carlos Onganía— que ejercía entre sus subordinados. Este creció por contraste con la escasa presencia militar que impuso Viola, en quien todos veían a un político más. “Galtieri —recordó un general que sirvió bajo sus órdenes— se imponía por presencia, tenía vida militar. En cambio, Viola prefirió no salir del gabinete.”

Apoyados en estos datos y en su impresionante contextura física, algunos de los serviciales civiles que siempre rondan los comandos en jefe como “asesores” diseñaron y promovieron una suerte de campaña para crear un paralelo entre este descendiente de italianos y el legendario general Patton, héroe norteamericano de la II Guerra Mundial. Poco, salvo algunos rasgos de su rostro y el lenguaje descarnado que ambos utilizaban, era lo que estos hombres tenían en común. Galtieri había sido un oficial mediocre a lo largo de toda su carrera y, según muchos de los que lo trataron, el hecho de que hubiera llegado al generalato sólo podía explicarse por la convulsionada época que le tocó vivir. Un dato de su trayectoria era frecuentemente citado por sus críticos: becado en 1960 por el Ejército norteamericano para hacer un curso de ingeniería avanzada —su especialidad militar—, fue el único del grupo de becarios latinoamericanos que lo reprobó. Cualquier oficial sabe lo difícil que es fracasar en estos programas de intercambio entre los ejércitos, diseñados para “fortalecer lazos entre las instituciones” antes que para mejorar la capacidad profesional de los militares de la periferia.

En todo caso, a la hora de asaltar el poder, Galtieri tenía una visión lineal de la Argentina y del mundo; ciertamente simple pero por eso mismo fácil de asir con firmeza. Creía, al igual que Anaya, que era preciso restituir el poder político en el país y revitalizar un proceso militar que estaba dando inequívocos síntomas de agotamiento. En el mundo de Galtieri casi no tenían cabida los grises y, por lo tanto, en materia de ubicación internacional, propugnaba una sólida alianza con Estados Unidos, país por el que sentía una admiración casi sin límites, añorando el año vivido allí a pesar de que su estancia no fue signada por el éxito. Debía reinsertarse a la Argentina sin vacilaciones en Occidente, confiando en que con el visto bueno del Norte el gobierno militar podía consolidarse y lanzar —como lo intentó después en un gigantesco asado realizado en Victoria, La Pampa— una fuerza política oficialista que asegurara la supervivencia histórica del régimen incluso bajo una nueva fachada democrática.

Siendo ya comandante en jefe del Ejército, Galtieri viajó a Estados Unidos en agosto de 1981 invitado por su colega de ese país, el general Edward Meyer. Estuvo allí diez días y, entre cónclaves y agasajos, comprometió —con decisiones que aún reflejaban una buena dosis de voluntarismo— la presencia efectiva de la Argentina en los proyectos de la política exterior norteamericana.

El país asistía en esos días a un polémico debate sobre la conveniencia, o no, de participar en la integración de una Fuerza Multinacional de Paz en el Sinaí como parte del cumplimiento de los acuerdos firmados en Camp David por Egipto e Israel, con los Estados Unidos como garante. El canciller egipcio Boutros Ghali arrió las primeras sugerencias en ese sentido al gobierno argentino durante una visita suya a Buenos Aires, a principios de julio. Días antes, en Washington, el subsecretario de Estado para Asuntos Estratégicos y de Defensa, Jim Buckley, había convocado a representantes de varios países con el fin de hablarles sobre el sentido de la colaboración que se les requería a sus respectivos gobiernos. Presentes en el encuentro, junto a los diplomáticos de Australia y Uruguay, estuvo el embajador argentino.

También, en los umbrales de agosto, arribó a Buenos Aires como enviada del presidente Ronald Reagan su embajadora ante la ONU, Jeanne Kirkpatrick, quien sondeó a los militares argentinos sobre su disposición a aceptar la petición norteamericana. Las posiciones se definieron con cristalina transparencia: el Ejército auspiciaba la concurrencia como un signo de amistad hacia Estados Unidos, mientras la Armada y la Fuerza Aérea eran ciertamente renuentes.

Por su parte, el presidente Viola asumió una posición contraria a la iniciativa, haciendo propia la tesis esbozada por su canciller, el doctor Oscar Camilión. Para éste, soportar los embates poco prolijos de la diplomacia estadounidense no resultó cosa sencilla. No se trataba sólo de los enviados especiales, como la Kirkpatrick, cuyos argumentos eran bien recibidos por sus interlocutores argentinos de uniforme. También debía contrarrestar las gestiones de los miembros permanentes de la embajada norteamericana en Buenos Aires.

La acción como *lobby* para lograr la remisión de tropas al Sinaí era desembozada. En este juego político se hizo notorio el ministro Claus Ruser —segundo del embajador Harry Shlaudeman—, quien casi a diario planteaba el tema a algún general, almirante o brigadier. Ruser, un hombre al que caracterizaba el tacto de un paquidermo en una cristalería, había elegido como particular blanco de su tarea al entonces jefe del Estado Mayor General del Ejército, general de división José Vaquero, con quien había trabado una amistad intensa. Vaquero, oficial cuya ubicuidad le permitió aun en los momentos más críticos estar cercano por igual a Viola y a Galtieri, trasladaba puntualmente los argumentos de su amigo norteamericano a su comandante. Camilión se vio tan asediado por esta suerte de estrategia de aproximación indirecta ensayada por Ruser que llegó a analizar la posibilidad de pedir al gobierno que declarara persona no grata al diplomático norteamericano. La idea resultó finalmente descartada —lo

que menos necesitaba Viola era otro frente de conflicto con una Junta Militar indisimuladamente seducida por los cantos de sirena del Norte— y fue reemplazada por una discreta gestión efectuada ante Shlaudeman, quien no tuvo más remedio que poner algunos límites a su empeñoso subalterno. De todos modos, Galtieri se enteró de lo ocurrido y el episodio fue uno de los que motivaron la profunda animadversión que llegó a desarrollar por el canciller de Viola.

Además, en este tema, Galtieri prestó siempre atención a los consejos que le brindaba el coronel Norberto Ferrero, su secretario personal, quien había servido en la agregaduría militar de la embajada argentina en Brasil cuando su titular era, precisamente, Camilión.

Ya en su primer periplo a Estados Unidos, en agosto de 1982, Galtieri había manifestado una expresión muy sugestiva referida al entonces jefe de la diplomacia argentina. En una reunión con el comandante, un diplomático argentino había tenido una salida humorística referida a Camilión. “Lo que ocurre —puntualizó sonriente— es que el canciller tiene un grave defecto: es hincha de Boca.” En lugar de una respuesta de circunstancia, recibió de Galtieri la siguiente contestación: “El canciller tiene defectos muchos más graves que ése”. El Justicialismo y la Unión Cívica Radical se definieron contra el envío de efectivos argentinos a Medio Oriente, en tanto los partidos de centro y de derecha, en su mayoría, apoyaron la tesis concurrencista de Galtieri. Estos afirmaban que la presencia argentina en el Sinaí reencauzaría definitivamente la compleja relación bilateral con Estados Unidos, deteriorada en grado extremo por la política internacional de derechos humanos de la administración del demócrata Jimmy Carter, mientras que los críticos de la alternativa sostenían que el interés nacional no permitía al país formar parte de una fuerza multinacional de la que se autoexcluían los europeos, los africanos y los asiáticos. Es decir, la mitad de Occidente y todos los países No Alineados y del Grupo de los 77. Los antecedentes históricos eran, al respecto, bastante ambiguos, como la historia misma de la política exterior argentina, sirviendo según quien los empleara tanto a los concurrencistas como a los abstencionistas. A mediados de junio de 1950, el Consejo de Seguridad de la ONU planteó al gobierno argentino la posibilidad de proveer fuerzas combatientes al frente surcoreano. El entonces canciller peronista Hipólito Paz se opuso en forma terminante. En 1965, fue el radical Miguel Ángel Zavala Ortiz quien adoptó idéntica postura ante un requerimiento de la OEA para enviar efectivos a la República Dominicana.

En cambio, en 1962 los buques de la Armada ARA *Espera* y ARA *Rosales* integraron parte de la flota que bloqueó a Cuba, mientras en Buenos Aires se alistaba la X Brigada del Ejército. En la denominada Guerra del Fútbol de 1969 que enfrentó a Honduras y a El Salvador, efectivos del Ejército y de la Fuerza Aérea de la Argentina intervinieron en una misión de “cese de fuego”. Sobre el final de la Guerra de los Seis Días entre egipcios e israelíes, oficiales argentinos de las tres fuerzas actuaron en calidad de observadores.

La realidad indica que, de haber sumado sus tropas a la fuerza multinacional

del Sinaí, la Argentina hubiera aumentado su compromiso con uno de los bandos en el enfrentamiento Este-Oeste de las superpotencias. Y era esto precisamente lo que por aquellos días buscaba Galtieri, quien no escatimó esfuerzos para hacer efectiva la presencia militar argentina en Medio Oriente.

El viernes 14 de noviembre, el titular del Ejército cenó en el exclusivo restaurante neoyorquino *Le Cigne*, ubicado en Park Avenue, y reunió en su mesa a un grupo de diplomáticos y militares argentinos que cumplían funciones en esa ciudad. Galtieri se ubicó en la cabecera, flanqueado por los embajadores Gustavo Figueroa, Juan Carlos Beltramino y por el agregado militar, general de brigada Miguel Ángel Mallea Gil, entre otros. Con extrema cautela, los civiles expusieron ante Galtieri los motivos por los cuales no resultaba redituable para la Argentina acceder a la solicitud de Washington. Los diplomáticos, sin embargo, se cuidaron de ofrecer un juicio categórico al percibir el silencio en que se había sumido Galtieri, quien daba la impresión de aguardar el momento adecuado para hacer conocer su opinión definitiva. Y así ocurrió.

En un momento determinado, Galtieri posó su copa sobre la mesa y sentenció: “Señores, la Argentina debe estar en el Sinaí. Hoy se lo comuniqué a Meyer”, su par norteamericano. Un silencio poco menos que absoluto descendió sobre el grupo de comensales y los miembros del servicio exterior intercambiaron miradas disimuladas. Nadie volvió a rozar siquiera la cuestión.

A la mañana siguiente, y antes de regresar a la Argentina, Galtieri afirmó ante un grupo de periodistas estadounidenses que lo interrogó sobre las posibilidades de cooperación con Reagan que “para el Ejército argentino no hay ningún inconveniente en dar ese aporte” porque “podemos dar eso y mucho más”. La misma idea había transmitido Galtieri en su última entrevista oficial, pocas horas antes de partir, al subsecretario de Política Económica, Paul Roberts.

Galtieri se encontraba ya de regreso en Buenos Aires cuando, un domingo por la noche, ingresó en el país un hombre corpulento, de rostro grande y rasgos filosos. La prensa detectó su presencia sólo 48 horas más tarde. No era éste un hecho infrecuente en su vida profesional, la que siempre estuvo rodeada por el más hermético secreto.

El teniente general y embajador itinerante Vernon Walters, de él se trataba, arribó a la Argentina como emisario personal del presidente Reagan. La elección del enviado era acertada. Este ex subdirector de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) e infatigable lector de historia es un profundo conocedor de las tradiciones y la realidad latinoamericanas. El español es uno de los nueve idiomas que maneja con total fluidez. Además, es un bebedor de envidiable capacidad de asimilación que ha forjado sólidos compañerismos en tenidas gastronómicas y libaciones con numerosas jerarquías castrenses latinoamericanas.

Walters trajo en su agenda el tema Sinaí y su viaje se realizó, no por casualidad, cuando el canciller Camilión se encontraba en Nueva York asistiendo a la asamblea anual de la ONU. Sin embargo, para Washington las prioridades

habían cambiado. El gobierno norteamericano había computado debidamente los resultados adversos para su causa que arrojó el debate público y no deseaba que aquélla se interpusiera en el camino de las posibilidades de cooperación en otras cuestiones no menos candentes.

El representante de Washington concurrió el lunes por la noche, acompañado por el embajador Shlaudeman, a una cena en la residencia presidencial de Olivos. Allí estuvieron, además de Viola, los jefes de los estados mayores de las tres fuerzas, el secretario general de la Presidencia y el embajador argentino en París, Gerardo Schamis (amigo íntimo del general viajero), entre otros funcionarios de menor jerarquía. Walters, siempre provisto de un bolígrafo y un anotador, explicó que Estados Unidos alentaba expectativas sobre la formación de un bloque latinoamericano para el Sinaí, pero sugirió que la participación argentina podía quedar para el futuro, cuando se requiriese una rotación de los efectivos.

Habló de las relaciones bilaterales y, sin muchos rodeos, arrojó sobre la mesa el tema de la hoguera que consumía a América Central y las posibilidades de cooperación en esta materia. Ninguno se sorprendió por la franqueza de Walters. Apenas unas semanas antes, Galtieri había sido muy explícito en Washington: “Quizá no pueda lograr el envío de soldados a Medio Oriente, pero con América Central haremos un negocio mejor”, confesó a un oficial que por esos días también visitaba la capital estadounidense.

Los verdaderos alcances de la presencia de Walters en la Argentina permanecen, coherentes con la historia del personaje, rodeados de una verdadera nebulosa. Por ejemplo, el diputado laborista Tam Dalyell –uno de los críticos más encendidos de la primer ministro Margaret Thatcher– aseguró en su libro sobre el conflicto del Atlántico Sur que Walters “estuvo en Buenos Aires, intermitentemente, por muchos días entre octubre de 1981 y febrero de 1982. Discutió, *inter alia*, el establecimiento de una «Organización del Tratado del Atlántico Sur». También discutió las ventajas para tal organización de una isla-base en las Falklands, según los lineamientos de (la isla) Diego García. Sin embargo, el consenso era que el acuerdo en términos hemisféricos y en otros terrenos debería ser entre Estados Unidos y la Argentina (...) y no entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Interrogados por los militares argentinos qué haría Gran Bretaña, los norteamericanos respondieron que Gran Bretaña «gruñiría, gritaría, protestaría y haría nada», con la implicancia de que los norteamericanos podrían suavizar el erizado plumaje inglés”.

Lo cierto es que, en el período mencionado por Dalyell, sólo se registró una visita de Walters. Sin embargo, este militar-embajador es un especialista en realizar viajes secretos y –para utilizar el título de su primer libro de memorias– *Misiones discretas*. Otros testimonios apuntan en la misma dirección que la del parlamentario laborista.

En un trabajo del comandante Marshall Van Sant Hall, de la Armada norteamericana, sobre los resultados políticos de la guerra de las Malvinas⁴, preparado por encargo del Colegio de Guerra Naval, se afirma que “cuando el teniente

general Galtieri asumió la Presidencia en diciembre de 1981, ofreció mucha asistencia al presidente Reagan. Estas ascendentes relaciones interamericanas pusieron al presidente Galtieri en estrecho contacto con el embajador itinerante norteamericano Vernon Walters. De acuerdo con un persistente rumor, el presidente Galtieri usó al ex director asistente de la CIA Vernon Walters para sondear la política de Estados Unidos (en el caso de una recuperación militar argentina de las Malvinas). Reiteradamente el general Walters opinó una hipotética instancia de neutralidad norteamericana con la precondition de que los argentinos no mataran británicos al capturar las islas. Fuera por razón de creencia o de coincidencia, los argentinos evitaron escrupulosamente cualquier baja británica o isleña durante la invasión”. Sant Hall cita como fuente de esta información una comunicación telefónica entre un oficial norteamericano y otro argentino a los que no identifica.

Walters negó, al ser entrevistado para este libro en Washington, que en momento alguno de su contacto con los argentinos, éstos insinuaran sus intenciones respecto del archipiélago. Sin embargo, reconoció que creía firmemente que la defensa del Atlántico Sur en el enfrentamiento Este-Oeste sólo podría llevarse a cabo con la cooperación de los Estados ribereños, específicamente la Argentina, enfoque del que se empeñó en dejar constancia en esa oportunidad.

Por otra parte, el tema de un pacto de seguridad para el Atlántico Sur, según el molde de la OTAN, fue —desde sus inicios en marzo de 1976— uno de los sueños más caros alentados por los estrategas del Proceso de Reorganización Nacional. La renuencia de Brasil a aceptar que la zona ingresara formalmente en el espacio de conflicto de las superpotencias, las dificultades para concretar una alianza de esta naturaleza con la participación de Sudáfrica y los problemas crónicos de la relación argentino-norteamericana en los últimos años, entre otros factores, impidieron su concreción.

De los temas comprobados de la agenda que trajo Walters a Buenos Aires, el de América Central tenía raíces más profundas que el de la fuerza multinacional para el Sinaí. Cuando Reagan asumió el gobierno norteamericano y transformó la política de su país para esa región en una suerte de “cruzada antisoviética”, ya sabía que las fuerzas armadas argentinas se encontraban embarcadas en una campaña encubierta del mismo signo. La Argentina había intentado sin éxito evitar el derrocamiento del dictador nicaragüense Anastasio Somoza proveyéndole hasta el final armas y dinero. Luego envió asesores —expertos en “contra-insurgencia”, especialidad que registró un notorio crecimiento en la Argentina después de 1976— a Honduras y Guatemala, y Galtieri se dispuso inclusive a auxiliar a los restos del somocismo en el exilio empeñados en derrocar al nuevo régimen del Frente Sandinista de Liberación.

Este peculiar emprendimiento externo del poder militar fue concebido en 1979 por el Estado Mayor General del Ejército, partiendo de la hipótesis de que la Argentina podía “ocupar los espacios vacíos en la lucha continental contra

el comunismo” que según el análisis militar estaba dejando la administración Carter con su política de derechos humanos, enajenadora de aliados. Es cierto que este curso de acción también hizo que el poder militar echara un manto protector sobre la dictadura boliviana del general Luis García Meza –lo que no agradó a Reagan–, pero los norteamericanos vieron igualmente en este compromiso ideológico voluntarista de los argentinos una herramienta extremadamente útil. Buenos Aires estaba en condiciones de asumir –con fondos y material proporcionados por Washington– un grado de participación en la crisis que Reagan no podía ordenar a los suyos sin correr el riesgo de desatar una polémica en su propia opinión pública.

Este fue el tema central de la gestión de Walters. Y, más sintomático aún: en la reunión que en Nueva York mantuvo Camilión con su colega Alexander Haig, éste le anticipó que no podía descartarse la posibilidad de un nuevo bloqueo contra Cuba.

Avanzada la negociación entre Buenos Aires y Washington, Galtieri retornó a Estados Unidos en los primeros días de noviembre para concurrir a la asamblea de comandantes de ejércitos americanos. Sin embargo, el panorama en la capital de ese país no era aún todo lo favorable para su causa personal como Galtieri hubiese deseado. El gobierno de Reagan observaba con preocupación el deterioro registrado en las relaciones entre el presidente Viola y la Junta Militar. El mandatario argentino conservaba un buen nivel de credibilidad en la dirigencia de Estados Unidos, que tenía presentes los compromisos –públicos unos, reservados otros– de democratizar el país. Nadie en Washington pensaba que la cooperación en América Central y la democracia fueran incompatibles.

Pocos días antes del arribo de Galtieri, el embajador Shlaudeman envió al Departamento de Estado un extenso cable en el que detalló con minuciosidad la disputa de poder que tenía lugar por entonces en Buenos Aires. El comandante del Ejército fue recibido el 1º de noviembre por el embajador argentino Esteban Tacaks, un hombre de negocios devenido diplomático sin estridencias, quien le ofreció su residencia para alojarse. Galtieri prefirió hacerlo, sin embargo, en una suite del lujoso hotel Watergate, argumentando que allí estarían sus colegas y podría mantener contactos al margen del protocolo.

Tacaks estaba evidentemente inquieto por las actividades que desarrollaría Galtieri, pero, sobre todo, deseaba que el visitante estuviera al tanto de que la administración Reagan no ignoraba la crisis institucional que se avecinaba en la Argentina. Por esa razón persuadió a Mallea Gil, un oficial no exento de cierto olfato político, para que planteara el tema a Galtieri y lo invitara a un diálogo estrictamente privado en la embajada. La mañana siguiente Galtieri se trasladó hasta la representación argentina y se reunió a puertas cerradas con su titular. El embajador, recurriendo a cuanta figura elíptica pudo imaginar, intentó explicar al visitante el cuadro de situación sin herir su susceptibilidad ni aparecer como un entrometido. Galtieri escuchó atentamente y sólo dijo: “Ya me voy a ocu-

par”, dejando en la nebulosa a Tacaks.

Mallea Gil estaba empeñado en otorgar a ese viaje de su comandante un contenido especial que excediera el marco de la reunión interamericana. La idea sedujo inmediatamente a Galtieri, quien se mostró dócil frente a cada una de las sugerencias del agregado militar, entre ellas varios almuerzos y cenas con autoridades militares y políticos de Estados Unidos.

Mallea Gil sabía cómo moverse en los complejos ambientes de la capital norteamericana. El mismo era un graduado –como becario– de la Academia Militar de West Point y tenía entre sus compañeros de promoción al general Meyer. Además contaba con el asesoramiento de otro “experto”, el exiliado nicaragüense Francisco Aguirre, director del *Diario de las Américas* que se edita en Miami, una publicación hispanoparlante conservadora y furiosamente anticastrista en su línea editorial. Aguirre fue denunciado en más de una oportunidad como agente de la inteligencia norteamericana. Un diplomático argentino que por aquellos días estaba destinado en Washington relató luego: “Nadie supo nunca cuáles eran los objetivos de Aguirre o el papel que cumplía, pero se lo podía encontrar a diario de visita en la sede de la agregaduría militar argentina hablando de América Central”.

Este equipo pergeñó un almuerzo en honor de Galtieri en la embajada argentina. Mallea pensó en cada detalle con encomiable prolijidad, a punto tal que decidió no invitar a los agregados naval, vicealmirante Oscar Franco, y aeronáutico, brigadier Oscar Peña, con el argumento de que el homenaje era a un hombre del Ejército que se proyectaba ya como futuro jefe de Estado.

El gesto de Mallea Gil no cayó nada bien entre sus pares, pero la jerarquía de los comensales oscureció la picardía. La lista era larga y destacada: Caspar Weinberger, secretario de Defensa; Richard Alien, asesor de Seguridad Nacional del presidente Reagan; Thomas Enders, secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos; Jeffrey Briggs, segundo del anterior; William Middendorf, acaudalado empresario al que el Presidente había agradecido sus contribuciones financieras durante la campaña electoral designándolo embajador ante la OEA; Paul Roberts, subsecretario de Política Económica; Edward Meyer, comandante en jefe del Ejército; John Marsh, secretario del Ejército; Alejandro Orfila, secretario general de la OEA, y Vernon Walters. También asistió Raúl Quijano, embajador argentino ante la OEA. Galtieri, con sus gestos amplios y sus intervenciones ampulosas, se fue transformando en el centro de la reunión. Con singular empeño se esforzó por expresarse en inglés, un idioma cuyos rudimentos apenas conoce. Tacaks le había sugerido la conveniencia de emplear el español, pero Galtieri no le hizo caso, lo que de todos modos le granjeó la simpatía de los norteamericanos por el intento. Weinberger se entusiasmó con el personaje y así se lo deslizó al oído al embajador argentino. Para coronar su desempeño, Galtieri se puso de pie para el brindis y describió lo que imaginaba como una indisoluble alianza entre la Argentina y Estados Unidos.

“La Argentina y Estados Unidos marcharán unidos en la guerra ideológica que se está librando en el mundo”, aseguró confiado. Agregó que “en lo externo, la Argentina tiene un papel preponderante que jugar en el mundo y no debe limitarse a un rol secundario”. Estas palabras causaron el efecto deseado, pues para los oídos norteamericanos equivalían a una ratificación de la intervención argentina en América Central.

Para Galtieri no era sino la consumación de un proyecto minuciosamente ejecutado. Parte de éste consistió en la inclusión en su comitiva de los generales Alberto Valín –quien ya había prestado asesoramiento a la Guardia Nacional de Somoza durante la guerra civil– y Mario Menéndez, oficial que se había hecho de una reputación participando en el Operativo Independencia en Tucumán, durante la represión a la guerrilla izquierdista en esa provincia argentina.

Al concluir el almuerzo, un enjambre de periodistas –hábilmente alertados por Mallea Gil– aguardaba la salida de los comensales. Richard Alien resultó desbordado por su propia retórica y describió a Galtieri como poseedor de “una personalidad majestuosa”. Esta generosa definición perdió, pocas semanas después, un poco de su credibilidad al verse obligado Alien a renunciar a su cargo por no poder explicar adecuadamente algunos regalos recibidos de una publicación japonesa. Estos consistían en 1000 dólares y dos relojes Seiko valuados en apenas 175 dólares cada uno. Magra retribución para abandonar uno de los cargos políticos más influyentes del planeta: el de asesor de Seguridad Nacional del gobierno norteamericano.

Pero Alien no fue el único en exteriorizar su entusiasmo. Otro tanto, aunque con palabras más cautas, hizo Weinberger: “Impresiona mucho”, admitió. Pocos días más tarde, el influyente y conservador diario *The Christian Science Monitor* opinó en un editorial que Galtieri “resulta un duro y perspicaz estratega y un caluroso aliado potencial de Estados Unidos”.

El “niño mimado de los norteamericanos” –autocaracterización a la que apeló luego de la guerra el propio Galtieri– había cobrado cuerpo definitivo. Galtieri creyó al pie de la letra los elogios desparramados sobre su figura, vislumbrando ilimitados alcances para el idilio entre los dos países, y no perdió tiempo en actuar. Escasos días más tarde el gobierno anunció en Buenos Aires su decisión de otorgar un crédito de quince millones de dólares a El Salvador. Casi simultáneamente, Reagan obtuvo del Congreso la autorización –aunque condicionada a la presentación de una certificación suya que nunca se materializó– para reanudar la asistencia militar de su país a la Argentina, suspendida desde 1978 por efecto de la enmienda “Humphrey-Kennedy” con la que se sancionaron “las graves y sistemáticas violaciones a los derechos humanos” cometidas por los militares de Buenos Aires.

Reagan y sus colaboradores habían concebido un vasto plan para contrarrestar la presunta influencia soviético-cubana en Centroamérica y el apoyo que, aseguraban, estaba prestando el sandinismo a los insurgentes salvadoreños

y guatemaltecos. Un punto clave de ese programa era el acuerdo con la Junta Militar, cuya cabeza visible era Galtieri.

El pacto confirió a la Argentina fondos y provisión de inteligencia norteamericanos para impedir que la ayuda cubana llegara, vía Nicaragua, a los grupos guerrilleros de El Salvador y Guatemala. Por su parte, Washington se reservaba la tarea de obstaculizar las acciones sandinistas contra Honduras, financiar los grupos de contrarrevolucionarios en Nicaragua y coordinar acciones con los exiliados de este último país. Galtieri entusiasmó a los norteamericanos con la idea de ganar para la causa al legendario ex Comandante Cero Sandinista –Edén Pastora, un desertor del gobierno de Managua–, por entonces exiliado en Costa Rica, pero ya activo en la tarea de desestabilización de sus antiguos compañeros de lucha. Posteriormente, algunos diarios como el prestigioso *The New York Times* denunciarían este esquema, explicando que fue el consejo de Galtieri el que llevó a la CIA a efectuarle pacientemente la “corte” a Pastora.

Hasta los primeros meses de 1982, la Argentina fue la principal fuente de financiamiento y adiestramiento de los antisandinistas, pero tras los episodios en las islas Malvinas la administración Reagan debió incrementar sus propias operaciones encubiertas ante la desertión argentina.

Antes de retornar de su segundo viaje a Estados Unidos, Galtieri se dio el gusto de ser recibido por el vicepresidente de Estados Unidos, George Bush.

El sábado 7 de noviembre, en una fría noche de lluvia y niebla, Galtieri –quien se encontraba ya en Nueva York– se puso en camino para trasladarse desde Manhattan hasta el aeropuerto militar del que debía partir de regreso a Buenos Aires. Nadie en la comitiva, ni su titular, imaginaba la novedad que los aguardaba en la base aérea. Allí se había hecho presente un funcionario del Consulado argentino portando un telegrama “urgente y secreto” remitido desde la Casa Rosada en el que se informaba sobre una súbita dolencia que aquejaba al presidente Viola.

Galtieri, tomado del brazo por su esposa Lucy, llegó muy sonriente hasta el amplio hall de la aeroestación donde recibió el mensaje y su rostro –también el de su mujer– sufrió una brusca mutación. En una reacción casi histérica, según la recuerdan algunos testigos, se desprendió de Lucy, encendió un cigarrillo y caminó pocos metros hasta un sillón en el que se apoltronó. Allí permaneció 40 minutos con el rostro apoyado sobre su mano, con la mirada en un punto imaginario del salón, solo y en silencio.

Apenas un día después de la llegada de Galtieri a Buenos Aires, Viola ingresó en el Hospital Militar con un cuadro agudo de hipertensión arterial. A partir de ese momento comenzó a dibujarse nítidamente en la Argentina el perfil de una nueva crisis política. Noviembre se agotó en medio de la incertidumbre que provocaba la salud del presidente enfermo.

El sábado 14 Galtieri afirmó que “no pasó por la mente de la Junta reemplazar a Viola”, pero en esa oportunidad no lo caracterizó precisamente la sinceri-

dad. El país percibía un cambio inevitable en la cumbre del poder. A esta altura Galtieri comenzó a diseñar una nueva cúpula para el Ejército que, más tarde, lo acompañaría en su aventura presidencialista.

Exactamente una semana después, Viola se despojó del poder, cediéndolo a su ministro del Interior, el general de división Horacio Tomás Liendo. Nunca más lo recuperaría. Viola confiaba aún, sin embargo, en un posible regreso. No ignoraba que la Armada, que había desaprobado su designación, presionaba para dar un vuelco a la situación institucional. Pero no estaba persuadido de que Galtieri estuviera encajado en un proyecto para desplazarlo.

Viola vio siempre en Galtieri a un hombre simple, sin grandes aspiraciones. Solía definirlo en la intimidad como “un buen soldado, un buen comandante de tropa. De política sabe poco y nada. Es primitivo, rudimentario...”.

El ex presidente apela al recuerdo de un diálogo suyo con Galtieri –producido en la misma oportunidad en que le notificó que sería su sucesor al frente del Ejército– para fortalecer esta impresión:

–General –le aconsejó Viola–, debe usted tomar contacto con políticos, con gremialistas. Aléjese un poco del cuartel, entérese de los problemas, de la realidad.

–No, ésas no son cosas para mí –fue la respuesta de Galtieri dada en su habitual tono campechano–. No me meta en esos líos, que no los entiendo.

El 3 de diciembre un parte médico indicó una mejoría en la salud física del Presidente. Su salud política estaba, sin embargo, definitivamente deteriorada. Veinticuatro horas después Galtieri definió la nueva estructura del Ejército, confeccionada a imagen y semejanza de sus intereses, que casi nada tenía que ver con la que había crecido desde 1976 bajo las sucesivas sombras de Videla y Viola. No fue, por cierto, una mutación ideológica, sino de estilos de conducción, ambiciones y lealtades personales.

Galtieri se deshizo de cinco generales, dos de los cuales parecían claves. Sin Antonio Bussi, Galtieri sepultó el fantasma de una alternativa distinta dentro del régimen, siempre alentada por aquel general que había descargado un alud de capricho y autoritarismo sobre Tucumán. Sin José Rogelio Villarreal, el “violismo” quedó desnutrido de los contactos con la dirigencia política. También fueron desplazados Reynaldo Bignone, Eduardo Crespi y Carlos Martínez, tres oscuros oficiales.

Galtieri optó por rodearse de hombres como Cristino Nicolaidis y Juan Carlos Trimarco –ninguno de los cuales se caracterizaba por su habilidad política– para los cuales “los mandos naturales” y el cuartel parecían ser las únicas referencias inteligibles. Con ese Ejército, que no era el suyo, Viola vio escapar definitivamente la esperanza de retornar a la Casa Rosada. El golpe estaba en cierne y la Armada había puesto toda su estructura al servicio de la operación.

En realidad, para muchos, la caída de Viola había empezado antes de su designación, que se demoró más de diez días de la fecha prevista por la negativa

del entonces comandante naval, almirante Armando Lambruschini, un hombre cuyo perfil más saliente era la obediencia. Con ese antecedente y los seis meses de espera entre su nombramiento y su asunción, Viola empezó ya desgastado. Además, pretendió imponer una pálida y tibia corrección al programa económico monetarista de Martínez de Hoz, rodeando ese intento con una conducción política cansina y un vaho aperturista no menos impreciso.

Mientras esto ocurría y la imagen de parálisis, producto del estilo Viola, ganaba a buena porción del gobierno, el poder se trasladó rápidamente a manos que no eran las del Presidente. El 2 de diciembre, Galtieri convocó al ex presidente Videla a su despacho del Comando en Jefe y le requirió una impresión sobre el posible desenlace de la crisis en el poder. Videla no abandonó ni siquiera en esa ocasión su tono evasivo y prefirió no jugar un respaldo incondicional a su amigo enfermo.

Un día después Galtieri dialogó en varias ocasiones con Anaya –hubo no menos de tres comunicaciones telefónicas–, resolviendo finalmente comunicar a Viola que su suerte había sido echada. El nuevo hombre fuerte de la Argentina prefirió no encarar personalmente la gestión. Después de todo, le resultaba incómodo tumbar de la cima a quien de alguna manera le había abierto las puertas de acceso al poder.

En su reemplazo envió una cadena de emisarios. Primero fue el general Llamil Reston el sábado 4, luego Hugo Martella el domingo 5 y, finalmente, Vaquero el lunes 6. Los tres militares intentaron persuadir a Viola de que era conveniente que presentara su renuncia, porque su frágil salud le impediría cumplir con las exigencias que imponía la difícil realidad argentina.

Ninguno llegó a pedir, de manera directa, la dimisión al Presidente. Sencillamente porque la desprolija legislación del proceso militar no contemplaba la posibilidad de que la Junta le reclamara la renuncia a un Presidente. Sólo cabía el alejamiento voluntario de éste o su destitución. Viola, uno de los inspiradores del proceso, conocía ese argumento al dedillo y se escudó tras él mientras pudo. “Que la Junta me pida la renuncia por escrito y con fundamentos políticos, no por enfermedad”, fue la última frase que Viola le dejó a Vaquero.

El lunes 7, finalmente, Galtieri envió un mensaje al Presidente recluido en Olivos, anticipándole que al día siguiente lo visitaría para definir la crisis institucional. Ese mismo día, en la base Comandante Espora, el almirante Anaya presidió una ceremonia de recepción de cinco aviones Super-Etendar, primeros de un total de catorce adquiridos a Francia.

El martes a las 22, Galtieri fue hasta la residencia. Las crónicas periodísticas de ese día señalaron que la conversación concluyó pasada la medianoche. Sin embargo, todo fue mucho más breve. Viola y Galtieri se sentaron frente a frente, con una pequeña mesa ratona de por medio y el diálogo derivó en algunas vaguedades –Galtieri hizo alusión al “buen aspecto” que mostraba el Presidente– hasta que Viola tomó la iniciativa:

–Bueno, general, ¿de qué quiere que hablemos: de enfermedad o de política?
–delimitó Viola.

–Ehhh... hablemos de enfermedad.

–¿Para qué vamos a hablar de enfermedad? –insistió en el interrogatorio.

–Bueno... porque hay que tomar una decisión.

–Entonces le repito que no estoy enfermo. Pero usted y yo sabemos que esto es inútil, porque yo digo eso y ustedes sostienen lo contrario. Suponga, general, que ustedes se convencen de que no estoy enfermo. ¿Podría reasumir en ese caso? –dijo Viola decidido a no dar tregua a su victimario político.

–No –admitió Galtieri con voz tenue, inusual en él.

–Entonces, no jodamos. ¿Para qué mierda quiere hablar de enfermedad?
Hablemos de política –espetó Viola exasperado.

El miércoles 9, Galtieri y Viola volvieron a conversar. El Presidente dejó en manos del comandante en jefe del Ejército una renuncia de no más de una carilla de extensión –un texto inspirado en las decisiones de dos antecesores en el cargo, Juárez Celman y Ortiz– en la que señalaba claramente que se retiraba por razones políticas y no de salud. La noche de ese día Galtieri cenó en la residencia particular de Anaya, ubicada en la zona norte del Gran Buenos Aires. También concurrieron los hombres que compartían la responsabilidad de conducir a la Fuerza Aérea, el brigadier general Ornar Graffigna y su sucesor designado, el brigadier mayor Arturo Basilio Lami Dozo (asumió el 17). Allí quedó signada la decisión: la Junta Militar relevaría al Presidente.

La tozudez de Viola al no querer hacer mutis por el foro en forma silenciosa irritó tanto a Galtieri como a Anaya. Ambos habían esperado poder obviar, al menos en las formalidades, la exhibición pública de su intriga palaciega, para evitarle un nuevo deterioro al proceso militar. Pero, si así lo deseaba, Viola tendría su derrocamiento.

El anuncio público de la determinación de los comandantes corrió por cuenta, casi a modo de símbolo, del almirante Anaya durante una recepción que la Armada había organizado con mucha antelación, en relación con la fecha escogida en años anteriores, para agasajar al periodismo con motivo de la finalización del año. Con tono monocorde y severo, y mirada casi perversa, Anaya le dijo al país que “los tiempos y los procedimientos para el tratamiento de la crisis están agotados”, lo cual selló la caída del Presidente enfermo.

En esa reunión, Galtieri se paseó exultante y sin abandonar un vaso con gaseosa, una bebida infrecuente en él, recorriendo todos los rincones del salón de fiestas del Comando en Jefe de la Armada, en el piso 13 del edificio Libertad. Un periodista, traicionado por lo que estaba presente en el inconsciente colectivo, lo llamó “señor Presidente” y Galtieri incurrió inatento en una breve “usurpación de cargos y honores” al no corregir a su obsequioso interlocutor. Antes de retirarse lanzó un estentóreo “¡Vamos, Argentina!”. Uno de los presentes imaginó que su voluminoso físico apenas podía atravesar las anchas puertas del recinto.

Ese mismo jueves por la noche, el entonces secretario general del Ejército, general de división Alfredo Saint Jean, fue enviado a Olivos para comunicar a Viola que, veinticuatro horas más tarde, debía presentarse en el edificio Libertador, asiento del Comando en Jefe del Ejército, donde lo recibiría la Junta Militar. El diálogo del Presidente con los comandantes fue breve; apenas un último y vano intento por hallar una salida honorable a la crisis. No transcurrieron más de 30 minutos hasta que fue invitado a retirarse a otra dependencia y aguardar allí una nueva convocatoria. Diez minutos después retornó al lugar de las deliberaciones para ser notificado de su remoción. Galtieri era ya el nuevo presidente de facto de los argentinos.

La novedad pareció, en realidad, provocar más agitación en el exterior que en el propio país. La Argentina siguió funcionando sin conmociones visibles: la gente vivió los festejos finales del año, y la radio y la televisión (especialmente esta última) mencionaron otros países y otros nombres.

La prensa extranjera reaccionó con sorna y preocupación. *Le Monde* habló del “ballet tragicómico que los generales de Buenos Aires representan en torno de la Casa Rosada” y afirmó que Galtieri era “pro norteamericano”, lo que auguraba el retorno en la Argentina de “los que poseen el gran garrote”. Los diarios norteamericanos presentaron la información sin aderezos, con la excepción de *The Washington Post*, que definió al nuevo Presidente argentino como adscripto a “una relativa línea dura”.

Hijo de una modesta familia italiana que había vivido en los suburbios de Buenos Aires, a los 55 años Galtieri era, antes que nada, un hombre ingenuamente ambicioso, de palabra fácil y explosiva (“yo voy al frente”, dijo el 22 de diciembre al asumir la Presidencia), sencillo y emocional, como quedó demostrado en sus viajes a Estados Unidos donde insistió en conocer Hollywood y Disneylandia.

Acorde con sus esquemáticos principios ideológicos –los mismos que, en suma, caracterizaron toda la experiencia militar–, Galtieri impuso su estilo expansivo que parecía estar acorde con el papel que, él creyó, tenía asignado la Argentina en el concierto internacional. “Cree que el mundo gira alrededor de la República Argentina y que la República Argentina gira alrededor de él”, lo describió Viola.

Muchos visitantes fueron impresionados por las características que lo definían cuando los recibió un Galtieri en mangas de camisa, repantigado en el sillón detrás de su escritorio, con un vaso de whisky en la mano y, a menudo, con los pies sobre la mesa. Lucy, su mujer, que tenía grandes aspiraciones sociales frecuentemente expresadas a través de un declamado interés en el arte de la pintura, había intentado durante años cubrirlo con un barniz de refinamiento. Fue en vano; la rústica vida de cuartel había marcado a fuego a este hombre que resultó derrotado en la lucha contra su propia pereza intelectual.

Galtieri sabía que llegaba a la Casa Rosada con un país muy próximo al

desquicio, con profundas grietas sociales y un creciente escozor político. Estaba convencido de que, ante todo, tendría que reconstruir un poder destruido. Intuyó también que era imprescindible tener un triunfo resonante para dar impulso a un régimen militar al que le estaba costando gran esfuerzo respirar. Por esa razón se rodeó, sin demasiada coherencia, de algunos ministros con figuración. Dio una singular importancia a la designación del canciller, ya que suponía que en la política exterior podía esconderse una de las claves del éxito de su gestión.

El nuevo Presidente, a través de Saint Jean, extraído de las filas del Ejército para ser ministro del Interior, tomó contacto con Nicanor Costa Méndez, un hombre de antecedentes compatibles con el proyecto de Galtieri y nostálgico de Malvinas. Se barajaron también otros candidatos, entre ellos un amigo de la niñez de Costa Méndez, el abogado y asesor de empresas multinacionales Eduardo Roca. Ambos estaban vinculados con el relativamente nuevo pero influyente Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), uno de los reductos claves del *establishment* argentino.

Los diarios comenzaron a tejer hipótesis sobre la designación de uno y otro. En algún momento de aquellas jornadas Roca y Costa Méndez decidieron almorzar un día de semana en el restaurante del Plaza Hotel, lugar en el que se dan cotidiana cita muchos de los rostros del poder en la Argentina. “Que nos vean juntos –le dijo Roca a su amigo– y que saquen las conclusiones que quieran; no será una de ellas de que estamos distanciados por la competencia.”

Durante la reunión, entre saludos a otros comensales y bromas sobre el tema, los antiguos compañeros de estudio urdieron un pacto íntimo:

–Vos vas a ser canciller –auguró equivocado Costa Méndez a Roca– y yo tu embajador ante las Naciones Unidas; tengo muchas ganas de pasar una temporada en Nueva York –le propuso con picardía.

–De acuerdo, Canoro –aceptó Roca sonriendo– pero si sos vos el que va al Palacio San Martín, seré yo quien se haga cargo de la misión en la ONU –contrapuso.

Así serían finalmente las cosas. Roca vio con más claridad el futuro. A los pocos días, Galtieri le comunicaba a Costa Méndez su elección y le imponía dos prioridades al ex embajador en Chile y ex canciller de Juan Carlos Onganía: el Beagle y las Malvinas. Por su parte, Costa Méndez condicionó su aceptación del cargo a la certeza de que el gobierno militar no se embarcaría en un conflicto bélico con Chile, lo cual le valió una irónica frase, pero también una velada advertencia del Presidente: “Yo llamé a un duro y resulta que ahora vino a verme un blando”.

Anaya y la Armada se sintieron seducidos con la presencia de Costa Méndez en el Palacio San Martín. El jefe naval, un hombre de propósitos obsesivamente perseguidos, percibió una luz verde más de las que anhelaba para empujar la añorada idea de reconquistar las Malvinas. La Fuerza Aérea también resultó

complacida: Costa Méndez era uno de los hombres a quien sus comandantes recurrían, de tanto en tanto, para obtener asesoramiento. En 1978, Costa Méndez había redactado la parte dedicada a la política internacional de las “Bases políticas de la Fuerza Aérea” –uno de los documentos base que se empleó para elaborar el programa político de la Junta Militar– en el que defendió la inserción de la Argentina en el “Occidente cristiano”.

Por lo demás, Anaya sabía que Galtieri, su amigo, no le podía fallar. Estaba en lo cierto porque el Presidente no vaciló ante la aventura. El “Pacto Sinistro”, como lo definió un ex Presidente del proceso, estaba ya en marcha.

NOTAS

¹ En una entrevista realizada como parte de la investigación para este libro, el general Horacio Tomás Liendo, ex jefe del Estado Mayor Conjunto, aseguró que ese organismo “no preparó nunca un plan de contingencia para ocupar las Malvinas”. Liendo asumió la titularidad del Estado Mayor Conjunto en 1980, luego de que la Junta Militar decidió reactivarlo, ya que había permanecido marginado en la operativa castrense durante la denominada “lucha contra la subversión”.

² *One Man's Falklands...*, Tam Dalyell M.P., Apéndice A, págs. 133 y 134. Cecil Woolf, Londres, 1982

³ *Misiones discretas*, Vernon Walters, Editorial Planeta, Barcelona, 1981.

⁴ *Argentine Policy In The Falklands War; The Political Results*, Commander Marshall Van Sant Hall, capítulo II, págs. 23 y 24, USN, Naval War College, USA, 1983.

⁵ *Clarín*, 2 de abril de 1983. En un reportaje a Leopoldo Fortunato Galtieri, realizado por Juan Bautista Yofre, titulado “Galtieri habla de la guerra”.

DOS EL TEST DE NUEVA YORK

Una inyección de savia nueva circulaba en las fuerzas armadas, reduciendo el impacto de la deposición del presidente Viola. La ascensión de Galtieri significó un reaseguro para el fisurado edificio militar y la certeza de que, pese a los inconvenientes crecientes, el gobierno se seguiría prolongando en el tiempo. ¿Hasta cuándo? 1990 era un año apropiado para devolver a los civiles las riendas del poder, siempre que éstos respetaran escrupulosamente las “reglas del juego”.

Desde la óptica del nuevo ocupante de la Casa Rosada, el pacto no escrito con Anaya abriría un ancho cauce para definir un claro liderazgo político. Al trocar el apoyo a la operación en las Malvinas por el respaldo del jefe naval para borrar a Viola de la Presidencia, Galtieri suponía que estaba en condiciones de imponer la primera etapa de su plan: lograr que el Ejército tomara resueltamente los resortes del poder, neutralizando la influencia que habían adquirido en los últimos tiempos la Armada y, en menor medida, la Fuerza Aérea.

En un memorando manuscrito por el coronel Bernardo Menéndez, funcionario del Ministerio del Interior que actuaba de enlace entre la Casa Rosada y las fuerzas políticas y sindicales, se proponían tres puntos centrales para la estrategia del comandante-presidente:

1º) Terminar con el “feudalismo” quebrando el mecanismo según el cual los ministros militares –y eventualmente algunos civiles– del gabinete eran más leales al comandante de su fuerza que al Presidente. 2º) Invertir el “sistema de lealtades” en las provincias, para que los gobernadores respondieran a la Casa Rosada y no al Ejército, la Armada o la Fuerza Aérea, como venía sucediendo. 3º) Crear una fuerza política que soportara en el futuro –como una malla resistente– la candidatura presidencial de Galtieri.

Aunque a esa altura de la historia Menéndez desconocía los planes de desembarco, el episodio sería incorporado luego como trampolín final para esta estrategia. “El triunfo en las Malvinas hubiera justificado históricamente al gobierno de las fuerzas armadas”, se sinceró el coronel durante la investigación para este libro.

Galtieri había encendido la luz verde al jefe naval y éste no quería perder un minuto. Era tiempo de oficializar el proyecto en la Junta para poder iniciar la coordinación de los planes, algo que reclamaba insistentemente Lombardo.

Esa oportunidad llegó el 29 de diciembre. Los tres comandantes se en-

contraron en el microcine del edificio Cóndor, asiento de la Fuerza Aérea, y presidieron la entrega de insignias a los nuevos brigadieres. Posteriormente, con la excusa de despedir el año, Galtieri, Anaya y Lami Dozo ascendieron al quinto piso para tomar una copa de champaña en la oficina del aviador. Hablaron de algunas trivialidades inevitables, de las muchas que se vierten en esas ocasiones sociales, hasta que Anaya y Galtieri lanzaron la idea sobre la mesa. Dentro de un año exactamente, se cumpliría el sesquicentenario de la ocupación británica del archipiélago. El gobierno de las fuerzas armadas debía tratar que, para entonces, flameara la bandera azul y blanca en Port Stanley.

Basilio Lami Dozo no opuso objeciones, pero maldijo su suerte. Tenía pocos días al frente de su fuerza y ya había participado, como protagonista, en el derrocamiento de un presidente. Ahora estaba frente a una propuesta de desembarcar en las Malvinas. El aviador había mostrado un perfil distinto de otros militares en el manejo de los asuntos políticos y, en realidad, aparecía ante los ojos de la dirigencia de los partidos como un hombre flexible y menos unido al esquematismo ideológico militar.

La reunión “informal” de la Junta avanzó así hacia un tema trascendente. Aunque en ese mediodía caluroso no se adoptó la decisión final, ésta no tardaría en llegar.

Anaya no estaba conforme y así se lo planteó a Galtieri en una reunión celebrada entre el 1º y el 2 de enero. El comandante del Ejército, que aún no había informado ni a su jefe de Estado Mayor sobre los planes en marcha, autorizó un contacto con el general Osvaldo García, titular del V Cuerpo, pero sin que se le revelase la sustancia del asunto. También le dijo a Anaya que el general Mario Benjamín Menéndez, jefe de Operaciones del Estado Mayor General, sería el gobernador de las Malvinas, en caso de que la operación se hiciese con éxito, algo que ambos comandantes descontaban.

García y Menéndez desconocían, naturalmente, el destino que les había asignado su jefe. Fueron designados *in pectore*, como “el Papa lo hace con sus cardenales”, según lo calificó uno de los protagonistas de esta historia.

La ignorancia de García sobre el tema que Lombardo traía entre manos planteaba una dificultad adicional. El almirante optó por emplear un subterfugio para no postergar más la planificación conjunta. Lo visitó utilizando como excusa su reciente asunción como comandante de Operaciones navales, en Puerto Belgrano. En la conversación con el general, deslizó la necesidad de discutir “planes de apoyo” entre las fuerzas marítimas y terrestres.

El Jefe del V Cuerpo quedó ciertamente intrigado por este espontáneo ofrecimiento del almirante. La proximidad geográfica de la mayor base naval de la Argentina y de su comando obligaba a generales y almirantes a una convivencia forzosa, y García interpretó que Lombardo quería tener un gesto de acercamiento con él. También pensó que algo podía estar preparándose en Buenos Aires aunque no lo pudiera identificar con claridad.

Un breve repaso de los temas pendientes lo llevó inevitablemente a la “Hipótesis Chile”, responsabilidad primaria de su gran unidad de batalla, que extendía su influencia en todo el sur argentino y en la región cordillerana austral. Y acertó. El jefe naval le expuso una serie de consideraciones sobre el conflicto fronterizo con los chilenos, y le manifestó que debían trabajar con miras a un supuesto y brusco agravamiento de las tensiones con el gobierno de Augusto Pinochet. “Es tan difícil la situación política e internacional que en cualquier momento nos pueden encargar una alternativa de este tipo”, argumentó Lombardo, mirando fijamente a los ojos del general.

Ambos jefes se pusieron de acuerdo para iniciar la planificación conjunta y examinaron las cuestiones a la luz de la realidad. Lombardo estimaba necesario un entrenamiento conjunto de helitransporte y de comunicaciones. Había dificultades muy serias: el Ejército incorporaría a la nueva clase de conscriptos en los últimos días de febrero y, para colmo, ese año la tarea era responsabilidad de la compañía de comunicaciones del V Cuerpo. Esa gente sólo estaría en condiciones de trabajar técnicamente en abril y a la tropa sólo podría considerársela medianamente instruida en ese mes, o quizá más tarde. Lombardo advirtió que así no habría progresos sensibles y volvió a la carga con Anaya. Este le pidió un poco de paciencia pues la decisión ya estaba madura.

El 6 de enero, los comandantes definieron la cuestión. Se insistió en llevar adelante la acción si fracasaba la ronda de negociación con Gran Bretaña que debía celebrarse en Nueva York el 27 y 28 de febrero. Además, Anaya hizo un pedido formal: la embajada en Londres debía estar ocupada por un almirante cuando se llevase a cabo el desembarco. Y propuso a Rodolfo Luchetta, gobernador de Santa Fe, y ex agregado naval en la capital del Reino Unido.

¿Por qué solicitó esa concesión, que a primera vista parecía como algo inopinado y traído de los cabellos? La idea desarrollada por el comandante naval era que un almirante estaría en mejor posición que un civil para explicarle a las fuerzas armadas inglesas el sentido de la operación militar argentina y contaría con elementos técnicos y políticos para entenderse en un mismo idioma con sus pares británicos. La ingenuidad de ese proyecto demostraba cabalmente la idea del mundo que tenían los militares argentinos: reducían el problema institucional inglés a una “comprensión entre las fuerzas armadas”, como si las británicas estuviesen instaladas en el 10 de Downing Street, del mismo modo que las argentinas lo estaban en la Casa Rosada.

Un día después el diario *Clarín*, en su comentario político, revelaba el proyecto de gambito entre Luchetta y Ortiz de Rozas.¹ En un primer momento, la filtración fue atribuida a la Cancillería para poner en evidencia la maniobra, pero no era de allí de donde había surgido esa información, sino de fuentes cercanas a la Junta. El reemplazo de Ortiz de Rozas podría alertar a los británicos. Hasta ese momento, la gestión del diplomático había mejorado sensiblemente el diálogo con Londres y seguramente su remoción inquietaría al Foreign Office,

que se lanzaría a averiguar las razones ocultas de este desplazamiento.

Seis días más tarde los comandantes dieron una vuelta de tuerca definitiva al planeamiento del desembarco. Galtieri le avisó a García y Lami Dozo designó al brigadier Sigfrido Plessl como su delegado en el pequeño “Estado Mayor” del proyecto.

El Presidente informó al canciller Costa Méndez sobre el pedido naval y le solicitó que removiera de Londres a Ortiz de Rozas. Era evidente, a esa altura, que Galtieri no quería tener ningún tipo de cortocircuito con su principal aliado, el almirante Anaya, y estaba dispuesto a ceder en la mayoría de los pedidos que éste formulase. Costa Méndez no estaba de acuerdo con sacar de Gran Bretaña a su embajador para que fuese reemplazado por un militar. Al menos debía evitarse el cambio, le dijo a Galtieri, hasta que se encontrara un lugar importante para enviar a Ortiz de Rozas, dado que éste ocupaba uno de los primeros puestos en el ranking de los embajadores argentinos. Pero Galtieri lo cortó diciéndole: “Ofrézcale Italia”.

Ortiz de Rozas no se imaginaba lo que estaba ocurriendo en Buenos Aires. El día 12, cuando regresó de una cena en la embajada de Bélgica en Londres, encontró en su residencia un recado de Costa Méndez, que lo había llamado en su ausencia. Al día siguiente, se contactó con el Canciller. Se produjo, entonces, el siguiente diálogo:

—Quería decirte que por una decisión irreversible de la Junta dejaste de ser embajador en Londres. Allí irá un almirante. Esto, Carlos, no tiene nada que ver con tus condiciones ni con tu gestión diplomática, que en ningún momento fue puesta en duda por los comandantes.

Costa Méndez había descerrajado una andanada brutal en los finos oídos del diplomático. El impacto fue neto, a pesar del aderezo que el canciller puso para que la herida no fuera tan dolorosa.

Turbado, Ortiz de Rozas respondió secamente:

—¿Cuál es el motivo, Canoro?

—Una decisión de la Junta. Te puedo ofrecer la embajada en Italia —lo tentó el canciller.—No tenés nada que ofrecerme. A esta altura de mi carrera, no quiero hacer turismo ... —replicó el embajador. A su vez, convencido de que su destino actual ya no le pertenecía, contraatacó: —Podría ser embajador en las Naciones Unidas, que también está vacante.

Costa Méndez quedó en contestarle al otro día. La respuesta llegó y fue negativa. En cambio le insinuó que podría hacerse cargo de la misión de negociadores argentinos en la Santa Sede por la mediación papal sobre el Beagle. A Ortiz de Rozas no le disgustó esa nueva perspectiva. Pero arregló para viajar a Buenos Aires para conversar personalmente la cuestión. Rápidamente, vía París, encontró una combinación de aviones adecuada y voló a la Argentina en un Jumbo de *Air France*. Cuando se encontró con Costa Méndez, el lunes 18, la situación seguía tensa. El canciller hizo un delicado bordado para sortear el

malhumor de Ortiz de Rozas.

Finalmente, el tema de su reemplazo fue dejado de lado. Había que hablar del futuro, que era, en definitiva, para lo que había sido convocado. El canciller le explicó que la idea de la Junta era que Luchetta –quien ya había renunciado a la gobernación de Santa Fe– fuera a Londres. Por su parte, él podría ir a Roma y hacerse cargo de la misión negociadora ante el Papa.

Había un grave inconveniente: ambos sabían que la Santa Sede vería con malos ojos esta duplicidad de funciones diplomáticas condensadas en un solo enviado. Pero tenían que convencer a los comandantes, quienes pensaban que los obstáculos que mencionaba Costa Méndez eran un artilugio para trabar el recambio de embajador en Londres. Se hizo, entonces, una consulta al nuncio apostólico en Buenos Aires, monseñor Ubaldo Calabressi, y se comisionó al embajador argentino ante la Santa Sede, José María Álvarez de Toledo, para que sondeara oficialmente al secretario de Estado del Vaticano, monseñor Agostino Casaroli. En ambos casos, la respuesta fue negativa.

Al mismo tiempo, Ortiz de Rozas recibió la noticia de que sería recibido por Galtieri el 20 de enero a las 12.30 en la Casa Rosada. Le ofrecerían la titularidad de la misión en la mediación papal por el Beagle, en reemplazo de Guillermo Moncayo, cuya labor no satisfacía a Galtieri y a Costa Méndez.

El día de la entrevista con el Presidente, mientras se preparaba en su departamento de la avenida Alvear, Ortiz de Rozas recibió un imprevisto llamado telefónico. Quien llamaba era el embajador británico en Buenos Aires, Anthony Williams. El diplomático había recogido los rumores sobre el envío de un almirante a Londres y claramente le explicó a Ortiz de Rozas que su gobierno veía con “desagrado” la designación de un militar como embajador. El argentino le respondió que tomaba nota del mensaje pero que él no era el canal adecuado para recibirlo. Williams respondió que se dirigiría inmediatamente a la Cancillería.

Se inició entonces una carrera entre Ortiz de Rozas y Williams. El argentino quería llegar primero al Palacio San Martín para alertar al vicescanciller sobre su inopinado diálogo con el británico. Cuando se sentó frente a Enrique Ros, y comenzó a explicarle lo que Williams le había dicho minutos antes, ingresó una secretaria al despacho para comunicar que había llegado –sin previo pedido de audiencia– el embajador británico solicitando una entrevista urgente. Enterado de que Ros estaba en una reunión –la secretaria no le dijo que quien estaba dentro de la oficina era Ortiz de Rozas–, Williams manifestó su intención de dar una vuelta por la plaza San Martín, frente al edificio de la Cancillería, para regresar en diez minutos.

Ortiz de Rozas le dijo entonces a Ros que los argumentos del embajador británico eran débiles, pues en Londres había un jefe de misión –la de Venezuela– que era almirante y se desempeñaba normalmente. Por otra parte, la designación de un militar en Londres era sólo un rumor recogido hasta ahora

por los diarios. Williams ingresó luego y expuso a Ros su preocupación por el reemplazo de un civil por un militar en Londres. Señaló que si bien el Foreign Office no rechazaría un pedido de plácat para otro embajador, el gobierno no estaba conforme con esta designación.

En tanto, Ortiz de Rozas se fue a la Casa Rosada, donde lo esperaba Galtieri. Mientras aguardaba que el Presidente culminara una reunión del gabinete, le pidió a uno de los edecanes militares que lo comunicara telefónicamente con Costa Méndez; necesitaba hablar con él antes de entrevistarse con Galtieri. Así lo hizo: informado el canciller de la presión británica —éste había hablado ya con Ros—, decidió acompañar al embajador en la primera parte de la conversación con el Presidente.

“Que los ingleses se dejen de molestar”, estalló Galtieri al conocer la gestión de Williams, “porque nosotros somos dueños de nombrar a quien nos plazca como embajador en Londres. Ya tendremos oportunidad de trabar algún pedido de plácat de ellos ...”. Ordenó a Costa Méndez que siguiera cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de la Junta sobre la cuestión. El canciller se retiró minutos después y quedaron solos Galtieri y Ortiz de Rozas.

La conversación derivó en el ofrecimiento formal de Galtieri para que encabezara la delegación de negociadores en el Vaticano. Ortiz de Rozas aceptó con la condición de tener autonomía de decisión y de que su “cadena de mando” estuviese compuesta exclusivamente por el canciller y el Presidente, en ese orden.

—Quiero tener autorización suya para utilizar ese teléfono rojo —agregó mientras señalaba el aparato que tenía el Presidente en su despacho. La *red line* era fundamental para algunas decisiones que no admitían intermediarios en la complicada negociación con Chile. Alentado por la disposición y cordialidad que demostró Galtieri, Ortiz de Rozas pidió expresamente que se suspendiera el canal militar abierto con la Santa Sede, canal de una sola mano. De esa forma se evitaba una “duplicidad” en las conversaciones con el representante del Papa.

Galtieri asintió otra vez. Como ya estaba descartado que Ortiz de Rozas fuera a la embajada de Roma, se pensó en destinarlo a París, pero para ello había que remover a Gerardo Schamis, un embajador que hacía gala de su amistad con el comandante de la Fuerza Aérea y con el general norteamericano Vernon Walters, ex subdirector de la CIA y amigo de los militares argentinos. Más adelante, ya con la guerra encima, el canal Walters-Schamis sería utilizado asiduamente.

Encantado por la receptividad del Presidente, Ortiz de Rozas quiso poner un broche final a su intervención y le ofreció a Galtieri un *briefing* sobre la negociación con Gran Bretaña por las Malvinas, sin saber que estaba metiendo la cabeza bajo la navaja de una guillotina. Explicó que las relaciones bilaterales con Londres habían mejorado, luego de la prolongada ausencia de un embajador argentino, y que se podía palpar buena voluntad del gobierno conservador de

Margaret Thatcher en las negociaciones con Buenos Aires, pero que esas “buenas intenciones” tenían límite. Estimó que la recurrencia inglesa en contemplar los “deseos” de los pobladores de las Malvinas era una simple maniobra dilatoria. Recordó entonces una conversación que había mantenido en Londres con el jefe del Foreign Office, Lord Carrington, en la que éste le manifestó muy suelto de cuerpo que las negociaciones con la Argentina sobre las islas no progresaban porque el problema “no tenía entidad política” para el Reino Unido.

A esa misma conclusión había llegado el ex canciller Camilión cuando se entrevistó con Carrington en Nueva York en septiembre de 1981. “Para los ingleses, las Malvinas son el caso 242 en materia de prioridades de su política exterior”, chancó el entonces ministro.

Prosiguiendo con su exposición, Ortiz de Rozas predijo que el proceso negociador duraría mucho tiempo.

—En una palabra, ¿diría usted que hasta el año 2000 los ingleses no nos constarán? —preguntó Galtieri.

—Efectivamente —respondió el embajador.

A lo largo de esta investigación, los testimonios recogidos difirieron sustancialmente en lo relativo a esa reunión. Galtieri, en el único reportaje publicado después de la guerra², aseguró que Ortiz de Rozas dio su opinión sobre un eventual desembarco argentino en el archipiélago, señalando que no habría reacción británica si la acción militar se desarrollaba “limpiamente”; los ingleses no deberían “torcerse ni un tobillo”. El embajador en cambio negó terminantemente a los autores haber sido informado sobre un desembarco. “Me hubiera opuesto firmemente”, dijo. También desmintió haber utilizado los términos que le atribuyó Galtieri.

Ortiz de Rozas se quedó unos días más en Buenos Aires, antes de regresar a Londres, y examinó el memorando preparado por la Cancillería para ser entregado al embajador británico. Este documento contenía la propuesta argentina para las negociaciones en Nueva York.

La intervención de Williams pudo muy bien haber encendido las luces de alarma en el tablero argentino. Costa Méndez tomó muy en cuenta el mensaje del embajador británico e intentó presionar para evitar el cambio, pero Galtieri lo supeditó a una decisión de Anaya. El canciller envió un emisario a Lami Dozo para que éste convenciera a Anaya de la inutilidad del paso que se proyectaba. La vía elegida era óptima; el aviador, sabiendo que su amigo Schamis podía caer en este enroque, cediendo su embajada en París, asumió como propios los argumentos de la Cancillería y logró suspender el cambio de Ortiz de Rozas. Este se quedaría en Londres, pero se haría cargo del problema del Beagle. Luchetta, en tanto, debería conformarse con ser embajador argentino ante el gobierno italiano.

Mientras toda esta negociación se desarrollaba, los encargados de la planificación militar se reunieron por primera vez. García tuvo que suspender sus

vacaciones en la costa atlántica para hacerse cargo del problema. En el primer cónclave, el general le hizo una velada recriminación a Lombardo cuando éste le informó que trabajaba desde diciembre en los planes y que ése –y no Chile– había sido el motivo de su propuesta de una acción conjunta con el Ejército. El titular del V Cuerpo, por ser el más antiguo de los tres oficiales, asumió la jefatura de la operación. La primera tarea fue redactar una “Directiva Estratégica Militar” (DEMIL) para entregar a los tres comandantes. Uno de ellos comentó esos días la situación paradójica en que se encontraban: “¡Estamos elaborando la orden que debíamos haber recibido de nuestros superiores!”, dijo. Decidieron poner una fecha tope para la operación. El día “D” sería el 9 de julio. El desembarco y la recuperación de las islas duraría “D más 5”. Es decir que todo duraría cinco días. Después, estas fechas fueron cambiadas y el nuevo día “D” se fijó el 15 de mayo.

Los tres responsables supusieron que estos planes habían sido consultados con alguna de las potencias hegemónicas. Descartaron con rapidez a la Unión Soviética, pues la Armada estaba agitando reiteradamente el fantasma de los submarinos rusos en el Atlántico Sur y alentaba, junto al gobierno de Sudáfrica, un acuerdo para formar una alianza estratégica en la región, con la participación de Estados Unidos. De acuerdo con la opinión prevaleciente entre los militares, una de las salidas para la situación de las Malvinas consistía en ofrecer a Washington una base naval en las islas. Pero esa era una cuestión a la que debía responder el Ministerio de Relaciones Exteriores. Hasta ese momento la Cancillería sólo tenía instrucciones para incrementar seriamente la presión diplomática, apretando las tuercas sobre Londres para obtener algún resultado en las próximas conversaciones.

“En enero”, declaró Costa Méndez durante la investigación, “desconocíamos absolutamente los planes militares que se estaban preparando. Sólo sabía que la tensión se incrementaría paulatinamente”. Con ese objetivo se redactó el memorando para ser entregado a los británicos, el 27 de enero, cumpliendo por otra parte con un reclamo de Londres que consistía en recibir con la suficiente antelación los temas que los argentinos deseaban abordar. ¡Cómo si ellos no lo supieran perfectamente! Tres días antes de la entrega de ese documento, el periodista Jesús Iglesias Rouco reveló en su columna del diario *La Prensa* que el gobierno presionaría fuertemente a Gran Bretaña para obtener un sistema de negociaciones –con fechas precisas– que determinarían finalmente la restitución de las islas a la Argentina. Aseguró que las condiciones que reclamaría Buenos Aires serían “firmes y claras” y que si Londres no las aceptaba –o no las respondía en un plazo determinado–, la Argentina rompería las conversaciones.

Afirmó también que Estados Unidos respaldaría a la Argentina en cualquier acción, sin excluir la militar, para recobrar el archipiélago. Sólo la primera parte de la información se reveló exacta.

El extenso documento, denominado “La posición argentina”, que Costa

Méndez entregó al embajador británico –copia del cual se obtuvo para este libro–, señalaba en sus párrafos más salientes que “es elemento angular el reconocimiento de la soberanía argentina sobre los archipiélagos mencionados”, es decir: las Malvinas, Sandwich del Sur y Georgias del Sur. Y reafirmaba que ese reconocimiento “sigue siendo un requisito *sine qua non* para la solución de la disputa”.³

Hacía también mención a las resoluciones 2065 (XX), 3160 (XXVIII) y 31/49 de las Naciones Unidas, subrayando que éstas “conceden debida atención a los «intereses» de los habitantes de las islas, en el contexto de la negociación a que invitan a ambos gobiernos. Las decisiones del organismo mundial en ningún momento se refieren a los «deseos» de los isleños, porque la disputa está circunscrita a los gobiernos argentino y británico”.

Finalmente, exponía la propuesta concreta:

En el entendido pues, que la cuestión de la soberanía sobre las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur debe ser solucionada pacífica, definitiva y rápidamente en interés de las partes en disputa y de todos los interesados en resolverla, es que el gobierno argentino propone, para desarrollar las tratativas, el establecimiento de una comisión permanente negociadora, que deberá reunirse todas las primeras semanas de cada mes, alternativamente en cada capital, y que tendrá a su cargo mantener la continuidad e impulso de la negociación, no quedando supeditada ésta a encuentros esporádicos, sin objetivos claros ni resultados concretos. Su nivel técnico-político debería permitir el tratamiento ágil y profundo de los temas, en condiciones favorables para proponer a los gobiernos. Esta comisión tendría un año de duración. Sería denunciabile por las partes en cualquier momento previo aviso a la contraparte.

El gobierno argentino considera que el establecimiento de esta comisión, de preferencia dentro del segundo bimestre de 1982, unido a una acción sincera de las partes, tendría las mejores posibilidades de alcanzar éxito en su gestión.

El gobierno argentino analizará el futuro de las negociaciones a la luz de la respuesta que el gobierno británico dé a esta propuesta, esperando que ella sea dada antes o durante la próxima rueda negociadora que se celebrará en Nueva York, en febrero de 1982.

Esa era la propuesta que debía responder Gran Bretaña. En realidad el documento se basaba en una declaración oficial argentina del 27 de julio de 1981 durante la gestión de Camilión. A la vez, el pequeño comité militar continuaba desarrollando activamente los planes, que estuvieron concluidos esquemáticamente el 15 de febrero.

Ese mes encontró al gobierno argentino enfrascado en tres temas excluyentes:

a) el fortalecimiento de los lazos con la administración Reagan, b) la consolidación de la estrategia política personal del presidente Galtieri y c) la negociación

con los ingleses, que sería el test final para la opción militar que se preparaba en secreto.

El idilio con Washington ya tenía cuerpo y un costo: participación abierta en Centroamérica. El mismo día en que el patrullero británico *HMS Endurance* atracaba en el puerto argentino de Mar del Plata, y el embajador Williams declaraba que notaba “cierta impaciencia de ambas partes para resolver la cuestión Malvinas”, la cadena ABC de televisión norteamericana lanzó una grave acusación contra los militares argentinos. La American Broadcasting Corporation, que tenía uno de sus mejores equipos en la región centroamericana, señaló que efectivos argentinos integraban una compañía de *freedom fighters* para luchar contra el gobierno de Nicaragua. El canciller del sandinismo, Miguel DíEscoto, dio otra vuelta de tuerca al señalar que los militares de Buenos Aires estaban involucrados en “una conspiración para derrocar al régimen” de su país.

La ofensiva no era gratuita. Washington preparaba la más vasta y ambiciosa operación contra los sandinistas y la guerrilla salvadoreña, que tendría una cobertura legal bajo el auspicio de la Organización de los Estados Americanos, si se lograba que en ese foro se aplicara el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, bajo el argumento de que en la región existía una “agresión extracontinental”.

Según el semanario *Newsweek*, la operación se denominaba “plan Charlie” y consistía en que un “gobierno de derecha” impulsara un “Ejército de la Paz”⁴ panlatinoamericano “encabezado por la Argentina, que podría empujar a los izquierdistas (de El Salvador) tierra adentro hacia Honduras, donde el Ejército de ese país los aplastaría en un movimiento de pinzas”.

La Cancillería de Buenos Aires respondió negando todo y calificando estas versiones de “fantasiosas e inexactas”. Mientras Costa Méndez convocaba al país al embajador argentino en Managua, Marcelino Chuburu Lastra, para expresar el desagrado de los militares por la denuncia de DíEscoto, el representante argentino en Washington revelaba que el gobierno dio “un fuerte respaldo a muchas iniciativas de Estados Unidos en el hemisferio”. Tacaks no era un hombre de hablar por hablar. Sabía perfectamente que se estaba cumpliendo al pie de la letra el memorando elaborado en diciembre para mejorar las relaciones con la Unión.

Ese descuento, revelado posteriormente por la prensa argentina, había sido redactado por el general Mallea Gil y proponía una serie de pasos sucesivos –desde la contratación de un *lobby* en Washington hasta las visitas del secretario de Defensa norteamericano– para mejorar las relaciones con la Casa Blanca. De ese memorando sólo se cumplieron dos propuestas: retiro de los embajadores de La Habana y de Managua.

Por entonces Galtieri comenzó rápidamente a tomarle el gusto al poder y a la “popularidad”, producto quizá del microclima que le planteaba su entorno.

Un asado gigantesco en La Pampa con los políticos de casi todo el espectro

centroderechista de la Argentina marcó el comienzo de su campaña. Pero sería con las Malvinas que ese todavía confuso proyecto tomaría forma definitiva.

Galtieri obtuvo en los primeros días de febrero la autorización de la Junta para informarle a Costa Méndez sobre los planes militares de recuperación de las islas. El canciller le propuso formar un equipo de trabajo para elaborar hipótesis y alternativas sobre el tema, pero el Presidente le recomendó reserva total. Se acercaba la ronda de Nueva York y sus resultados determinarían la dirección de los acontecimientos.

Encabezaría la delegación el vicecanciller Enrique Ros, acompañado por el embajador Carlos Lucas Blanco, director del Departamento Malvinas de la Cancillería, y un asesor militar también experto en el tema. Desde Londres volaron a Nueva York el embajador Ortiz de Rozas y su ministro consejero, Atilio Molteni. Los británicos aprestaban a Richard Luce, subsecretario del Foreign Office, que reemplazaba a Nicholas Ridley, cuya cabeza había rodado en el Parlamento inglés a causa de las islas. Para la reunión de Nueva York, su reemplazante, Luce, fue acompañado por el embajador Williams y por miembros del consejo legislativo de las Malvinas.

Unos días antes de partir arribó a Buenos Aires el embajador argentino en la OEA, Raúl Quijano, ex canciller del gobierno peronista y hombre cauto. Costa Méndez lo había citado para conversar sobre la crisis centroamericana y preparar los temas para la próxima visita que haría a la Argentina el subsecretario de asuntos interamericanos del Departamento de Estado, Tilomas Enders.

En un almuerzo a solas el canciller aprovechó para tantear la opinión de Quijano sobre las Malvinas. Le planteó la pregunta como un ejercicio:

—¿Qué pasaría si desembarcamos en las Malvinas? —le preguntó Costa Méndez.

—¿Para negociar o para quedarnos? —devolvió la pregunta el embajador.

—Si bajamos allí, será para quedarnos... —replicó el ministro.

—¡Sería una locura! —exclamó Quijano, quebrando por un momento su habitual laconismo.

El día de su partida, Ros pidió paciencia y confianza “en que las decisiones que toma el gobierno son las mejores, dadas las circunstancias, teniendo en cuenta no sólo el pasado sino una visión de futuro”. El vicecanciller era un hombre de gran habilidad para hablar sin decir nada. Conceptuado como un profesional competente por sus colegas, Ros tenía la virtud de mantener la boca cerrada constantemente y era un especialista en evitar filtraciones. Sin embargo, carecía de iniciativa. Se ataba casi obsesivamente a las instrucciones y no se movía de ellas ni un milímetro, actitud que luego le criticarían tanto el secretario general de las Naciones Unidas como los negociadores norteamericanos durante la guerra.

Las conversaciones en Nueva York no se apartaron de la tradición que tenían estos contactos estériles. Luce señaló que el tiempo de duración de la comisión

negociadora –tal como lo proponía la Argentina– “no era realista”. El británico también cumplía las instrucciones que le había dado su jefe, Lord Carrington, consistentes en resistir con firmeza cualquier presión para poner límite al diálogo. Londres no estaba del todo en desacuerdo con la integración de una comisión permanente, pero rechazaba discutir la soberanía porque los *kelpers* eran totalmente refractarios a que se introdujera esa cuestión.

Entregó un “papel de trabajo” con el punto de vista británico sobre el rol de la comisión permanente en el que no se hacía mención a la frecuencia con que ésta debía reunirse, pero los argentinos presionaron fuertemente para obtener una respuesta al sistema mensual y el plazo de un año para resolver la disputa. De cualquier modo no se trataba de una propuesta concreta del Foreign Office. Apenas era un *working paper*.⁵

La estrategia británica consistió en dilatar una definición y evitar que las negociaciones tuvieran fecha de vencimiento. El delegado inglés convino con su colega argentino en mantener estricta confidencialidad sobre el documento británico, pues era un borrador desconocido aún por el gabinete conservador, el Parlamento y el *lobby* de las Falkland Islands Company. Aunque esto último, obviamente, no lo expresó.

Ros y Luce se estrecharon las manos el 28 de febrero. Al otro día emitieron un comunicado conjunto que decía que las reuniones “tuvieron lugar en un clima cordial y positivo. Ambas partes –agregaba– reafirmaron su decisión de encontrar una solución a la disputa de soberanía y considerar en detalle la propuesta argentina para hacer mejores progresos en ese sentido. Acordaron consultar a sus gobiernos”.

Ninguno de los dos sabía que la cuenta regresiva se iniciaría apenas doce horas más tarde.

NOTAS

¹ *Clarín*. Enero 7 de 1982, págs. 14 y 15.

² *Clarín*. Abril 2 de 1983, reportaje a Galtieri ya citado.

³ Véase texto íntegro en Apéndice documental, edición aumentada 1992.

⁴ Revista *Movimiento*. Año 1, n° 5, pág. 30.

⁵ *Falklands Islands Review*, pág. 40, párrafos 135/6.

TRES

“MENENDEZ, ¿COMO ANDA SU INGLES?”

Costa Méndez advirtió que el comunicado de Nueva York caería como una bomba entre los militares. Su texto, lavado e insípido, no sólo reforzaría aún más esa imagen distorsionada y claudicante que tenían los altos mandos de los negociadores internacionales argentinos; lo más grave era que el fracaso de la nueva ronda con los británicos aceleraría, sin dudas, otra opción para resolver el litigio con Londres.¹

Su preocupación surgía también de una previsible reacción en el seno de las fuerzas armadas ante la falta de resultados, y temía que esta situación debilitara su propia posición frente a los comandantes. Cualquier impugnación pública, o privada, hecha a la conducción diplomática minaría su fortaleza negociadora en dos diálogos importantes e inminentes: debía viajar a Brasilia para convencer a su colega, Ramiro Saravia Guerreiro, de la conveniencia de elaborar una posición común frente a la crisis centroamericana; a su regreso recibiría a Thomas Enders, secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, uno de los arquitectos de la política hemisférica del gobierno de Ronald Reagan.

Para los diplomáticos argentinos, a esta altura expertos todos ellos en la gimnasia estéril de dialogar con los británicos, el resultado de Nueva York era previsible y no lo computaban como un fracaso. Intimamente pensaron que las expectativas volcadas sobre el encuentro habían sido francamente desmesuradas, aunque alimentaron una pequeña esperanza de obtener una pronta respuesta al sistema propuesto el 27 de enero por la Argentina al embajador Anthony Williams.

Ros, un burócrata puntilloso, había acordado el texto de la declaración con Luce, su par del Foreign Office, quien una y otra vez rehusó cualquier compromiso, remitiendo su respuesta a una indefinida consulta con Londres. Tanto Ros como Ortiz de Rozas, Molteni y Blanco actuaban sobre una realidad distinta de la que debía atender Costa Méndez. Sencillamente desconocían los planes que se desarrollaban en la cúpula del poder militar para recuperar las Malvinas y las Georgias. Aunque habían escuchado –y leído– rumores sobre esos preparativos, atribuyeron todo a una operación de “acción psicológica” de los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas.²

Sobre el mediodía del 1º de marzo, Costa Méndez tuvo ya certeza de la reacción militar adversa a la negociación. Había recibido dos llamados telefónicos,

uno desde la Casa Rosada y otro desde el comando en jefe de la Armada. El Presidente estaba muy molesto por los resultados de Nueva York.

El canciller subrayó con lápiz los párrafos que consideraba más irritantes para la Junta. En el texto se destacaba aquella afirmación que calificaba como “cordial y positivo” el clima de la reunión y también una omisión: se había excluido a las islas Georgias y Sandwich del Sur del conflicto. Esta última era una desprolijidad difícil de explicar. Hasta ese momento, la interpretación británica del litigio era, involuntariamente, favorable a los intereses argentinos, Londres caracterizaba a las Georgias y a las Sandwich como “dependencias de las Falkland Islands”, lo que ayudaba a Buenos Aires a justificar su reclamo de que fueran incluidas en la negociación global sobre la soberanía. Esta posición varió después del 2 de abril de 1982 y el gobierno británico comenzó a sostener que sólo podía incluirse en una negociación a las islas Malvinas.

Costa Méndez decidió que debía producirse una respuesta, rápida y contundente, que actuara como bálsamo sobre algunas cabezas calientes, pero que al mismo tiempo no descubriera el juego a Londres. Convocó a su despacho a Gustavo Figueroa, su influyente jefe de gabinete, y discutió con él la conveniencia de formular una declaración unilateral cuyo borrador llevaría a Galtieri.

En su redacción intervino, además de Costa Méndez y Figueroa, el director general de Política del Palacio San Martín, Federico Erhard del Campo, que luego encabezaría la línea más dura de la Cancillería durante la guerra. Erhard del Campo –“Pirincho” para sus amigos– había sido marcado a fuego en muchos aspectos por su formación en el nacionalismo católico, en cuya liturgia política la causa de las Malvinas ocupa un sitio de privilegio. Estos rasgos no resultaron atenuados en su paso posterior por las filas del desarrollismo.

Atrapados por la necesidad de mitigar el nerviosismo de los militares, quienes a su vez se preocupaban de cubrirse las espaldas, los diplomáticos redactaron un borrador en el que advirtieron a Gran Bretaña que la ausencia de respuestas a la propuesta argentina y las constantes dilaciones dejarían expedito el camino para una decisión unilateral de Buenos Aires.

El primer borrador elaborado concluía de este modo: “Por lo demás, si eso no ocurriera (es decir, si no había respuesta británica), la Argentina mantiene el derecho de poner término al funcionamiento de ese mecanismo y elegir el procedimiento, entre los contemplados en la Carta de las Naciones Unidas, que más convenga a sus intereses”. La referencia a los mecanismos del organismo internacional –una renuncia implícita al uso de la fuerza, según lo prescribe la Carta– fue motivo de un largo debate: por un lado se pensó que “ablandaba” la advertencia, por otro, si se la testaba, Londres podría percibir un mensaje transparente sobre lo sobrevendría en el futuro.

Si los británicos leían esta declaración de una manera correcta, relacionándola con otros indicios que circulaban en el ambiente, podían decidirse a reforzar militarmente las islas. El proyecto de recuperación militar, sería, de este modo,

seriamente afectado por vía de la exposición indirecta de las intenciones. Pese a todo, se optó por eliminar del párrafo cualquier mención a la Carta de la ONU.

Así redactado, el comunicado tuvo el efecto de la melodía de la marcha preferida sobre cada uno de los sensibles oídos militares; para la opinión pública internacional –desatenta a este gruñido austral– debió haber señalado el inicio de la cuenta regresiva.

Costa Méndez se entrevistó con Galtieri y reforzó su impresión de que el fracaso de Nueva York había hecho crujir el frente interno militar. El Presidente estaba preocupado porque Anaya aprovechó la oportunidad para hablar de la “debilidad de la Cancillería” ante sus admirantes y eso involucraba al Poder Ejecutivo. Recomendó entonces endurecer el texto, a lo que Costa Méndez no opuso reparos³.

El párrafo final del comunicado de la tarde del primer día de marzo quedó así: “Por lo demás, si eso no ocurriera la Argentina mantiene el derecho de poner término al funcionamiento de ese mecanismo y de elegir libremente el procedimiento que mejor consulte a sus intereses”. Cuando Figueroa enfrentó las cámaras de televisión y los micrófonos para leer la declaración, Ros se aprestaba a ascender al Jumbo de Aerolíneas Argentinas para regresar desde Nueva York a Buenos Aires. El vicescanciller no soñaba siquiera que el ambiente “cordial y positivo” que acordó esa mañana en el piso 25 del edificio U.N. Plaza se había transformado tan abruptamente. Recostado sobre el mullido sillón de primera clase del avión, vio cómo se esfumaban las luces de Manhattan, esa isla que él amaba con pasión desde que encabezó la misión diplomática argentina ante las Naciones Unidas.

Grande fue su sorpresa cuando, al llegar a la terminal del aeropuerto internacional de Ezeiza y antes de que pudiera descender, un funcionario de Protocolo y Ceremonial de la Cancillería ingresó en la cabina para entregarle, sin comentarios, el texto de la declaración que fuera difundida la noche anterior. Lo leyó rápidamente y apenas pudo disimular un gesto de contrariedad. De todos modos agradeció la previsión de sus colegas que le permitió evitar enfrentarse a los periodistas que lo aguardaban en la aeroestación, inadvertido del brusco giro en los acontecimientos.

Le costaba creer lo que había ocurrido. Pese a haberse acostumbrado, a esa altura de su vida, a los papelones que los militares obligaron a protagonizar a muchos diplomáticos en los años de sus regímenes –en particular en los de este último–, no podía tolerar quedar desairado en una negociación internacional. Un día después, en un almuerzo compartido con Lucio García del Solar, ex embajador ante la ONU y uno de los gestores de la resolución 2065 que obligó a Gran Bretaña a sentarse en la mesa de negociaciones, Ros se quejó amargamente:

–Me jodieron –le dijo–. Acordé con Luce mantener la máxima confidencialidad y este comunicado liquidó el acuerdo. Quedamos fuera, ya lo rompimos.

El viceministro llegó al almuerzo luego de recibir un llamado telefónico de Luce. El británico, que tenía también encrespado al Parlamento, estaba enfurecido. Le recordó a Ros que la declaración argentina contravenía el entendimiento de Nueva York, consistente en mantener bajo estricta reserva las propuestas discutidas hasta que los respectivos gobiernos fuesen consultados. Agregó que las amenazas argentinas dificultarían cualquier progreso; había que dejar en claro que la cuestión podía ser resuelta exclusivamente “a través de negociaciones pacíficas”.⁴

Es difícil saber hasta qué punto este episodio influyó en el comportamiento posterior de Ros, quien se transformó en un notorio integrante de la “línea dura” de la diplomacia argentina durante el conflicto. Encargado de conducir en dos oportunidades en las Naciones Unidas negociaciones para hallar un final a la guerra, fue muchas veces objeto de críticas de sus colegas extranjeros —y de algunos compatriotas— por la forma en que se aferró a una actitud inflexible. Hasta el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, puntualizó en alguna oportunidad lo “difícil” de su relación con Ros. Un compañero del Servicio Exterior arriesgó, a mediados de mayo de 1982 en Nueva York, la siguiente hipótesis irónica sobre el estilo elegido por Ros: “El que se quema con sopa de verduras después sopla hasta la sandía y Enrique no es una excepción a la regla”.

Por su parte Luce había tomado ya sus precauciones políticas antes de hablar con Ros. Aunque él y su jefe, Lord Carrington, descreían de una acción militar argentina —tal como lo auguraban ciertos presagios en el ambiente—, pensó que Buenos Aires no se animaría a desafiar abiertamente el poderío británico. Por las dudas, había sondeado a Enders, en Washington, sobre esa preocupación. El secretario de Estado adjunto, que días después viajaría a la Argentina, se comprometió a transmitir un “mensaje verbal” a los militares porteños sobre la necesidad de mantener serenas las cosas. Enders accedió así al encargo del representante del aliado de su país.⁵

¿Sabía la diplomacia argentina sobre esta gestión de Luce? El subsecretario británico se cuidó bien de comentar este desplazamiento suyo, desde Nueva York a la capital norteamericana, cuando se encontró con los argentinos en Estados Unidos. El viaje para reunirse con Enders estaba previsto para discutir la situación en América Central, área geográfica que también era responsabilidad de Luce en el Foreign Office.

La agresiva declaración unilateral argentina conmovió al Parlamento británico impulsado por el *lobby* de las Falkland Islands Company, empresa que monopoliza vida y hacienda de los *kelpers* en las Malvinas. El Foreign Office envió urgentes mensajes a sus embajadores Nicholas Henderson, en Washington, y Anthony Williams, en Buenos Aires. Ordenó tomar contactos con Enders y Harry Shlaudeman, este último, representante de la Unión en la Argentina. La gestión tenía por destino advertir que el gobierno de Su Majestad estaba

dispuesto a encontrar una solución a la disputa, pero era imposible negociar con un trasfondo de amenazas.

El 3 de marzo Luce fue interpelado en la Cámara de los Comunes, soportando el bombardeo de los legisladores y con el fantasma en mente del destino corrido por uno de sus predecesores, Nicholas Ridley, quien había sido destrozado políticamente en el mismo recinto el 8 de diciembre de 1981, luego de un viaje a las islas Malvinas; es decir, por el mismo tema. Uno de los parlamentarios le preguntó:

—¿Prestó atención a la declaración algo agresiva en la prensa argentina del día de ayer? ¿Nos puede asegurar que se tomarán todas las medidas necesarias para asegurar la protección de las islas contra un ataque inesperado?

Luce hizo una pausa antes de responder. Buscó con la mirada un palco alto de la Cámara de los Comunes, y recorrió el sector diplomático hasta que individualizó una figura que le era familiar. En el lugar en el cual había detenido su vista el británico, observaba el debate el encargado de negocios argentinos en Londres, Atilio Molteni, quien acababa de llegar de la negociación en Nueva York.

—No tenemos duda de nuestra soberanía sobre las islas Falkland. Y ninguna sobre nuestros deberes para con los isleños —replicó Luce dirigiéndose tanto a los parlamentarios como al argentino—. La declaración a la que usted se refiere me causa también a mí, honorable y noble amigo, profunda preocupación, especialmente porque las discusiones de la semana pasada tuvieron lugar en un clima amistoso y cordial. Sin embargo, les siguió una declaración que no ayuda en nada a la disputa. Nos causa profunda ansiedad y no ayuda al proceso de encontrar una solución al problema —agregó.

Previamente, había afirmado: “Sin lugar a dudas no se contempla la transferencia de soberanía sin consultar los deseos de los isleños o sin el consentimiento del Parlamento”.

“Amenazan con acción en las Islas Falkland”, señaló en su titular *The Guardian* al transcribir el comunicado argentino. Jimmy Burns, desde Buenos Aires, decía en el influyente *Financial Times*: “Gran Bretaña es advertida sobre las Falkland” y el circunspecto *The Times* indicaba: “La Argentina aumenta la presión”, subrayando que “la decisión de insistir sobre el tema en forma agresiva lleva la marca del general Leopoldo Galtieri (...) Pero aún no está claro si busca obtener una respuesta satisfactoria de Gran Bretaña o si está, en principio, usando el tema para conseguir apoyo dentro de la Argentina”.

Enders arribó a Buenos Aires el domingo 6 de marzo. Costa Méndez lo esperaba con los brazos abiertos. El subsecretario norteamericano tenía sus razones para estar complacido con la Argentina. La desaforada actitud de sus militares hacia Reagan, cuyo triunfo festejaron como propio, derivó en los acuerdos con Galtieri, quien le prometió el cielo con luna y estrellas incluidas.

El jefe de la diplomacia argentina había volado a Brasilia para intentar

convencer al gobierno brasileño de que acompañara a la Argentina en su ofensiva contra la guerrilla izquierdista salvadoreña y el sandinismo en Nicaragua. Aunque Costa Méndez volvió con las manos vacías —Saravia Gerreiro escuchó cortésmente los argumentos entusiastas de su colega argentino, pero marcó luego la diferencia de opiniones existente—, Washington vio en el gesto argentino la confirmación de su voluntad de cooperación.

Actuando como peón de Estados Unidos en esa región, el Ejército estaba involucrado en la cruzada contra la ruptura del statu quo en El Salvador, Guatemala y Honduras, a pesar de que deseaba ayudar a revertir la situación en Nicaragua. “Más valen cien Somozas que un sandinista”, solían decir, en tono que pretendía ser jocoso y original, oficiales del Ejército ante los periodistas. Pero no era una broma.

Enders llegó, pues, en un momento propicio para enhebrar su más ambicioso proyecto: poner en el interior de Nicaragua tropas de una fuerza interamericana. En esos mismos días Galtieri se pavoneó frente a sus generales, en el tono desmesurado que le era tan propio, sobre las magníficas relaciones con Washington. Ante un auditorio silencioso, el exuberante comandante habló de ese tema: “Quieren venir (a Buenos Aires) el secretario de Estado (Alexander Haig) y el secretario de Defensa (Caspar Weinberger). Quiere venir el vicepresidente (George Bush)”. Hizo una pausa premeditada, preparando el gran final de su intervención y para hacerlo más contundente apeló a la combinación de un vocablo italiano: “*Anche* el propio Reagan”, remató.

¿Qué dudas podía tener el propio Enders sobre la actitud que adoptaría el gobierno argentino cuando le propusiese impulsar la convocatoria de una reunión de consulta del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca contra Nicaragua?

El poder militar tenía preparada una contrapartida para reclamar a Reagan: por primera vez le plantearía con crudeza a un enviado norteamericano del nivel de Enders el tema Malvinas. Debía ser éste un diálogo mucho más a fondo que los de anteriores contactos que el canciller había mantenido con funcionarios o legisladores de ese país.

Sin embargo Costa Méndez tenía en claro que no podía poner todas las cartas sobre la mesa. El plan argentino consistía, a esa altura de los acontecimientos, en involucrar paulatinamente a Washington en su conflicto con Londres, cediendo en algunas cuestiones sensitivas que interesaban —y mucho— a Reagan y a sus colaboradores. El canciller había iniciado una escalada de contactos con diferentes niveles del poder norteamericano. Primero recibió a un grupo de miembros de la Cámara de Representantes ante los que mencionó la importancia que tenía para la Argentina recuperar la soberanía sobre el archipiélago austral. La exposición fue realizada en el Palacio San Martín y brindada en términos deliberadamente vagos para que no contuvieran rastros de las intenciones reales. Esa precaución resultó inútil: los legisladores norteamericanos, que

habían incluido a la Argentina como parte de una gira de sus vacaciones invernales, no tenían siquiera idea de dónde quedaban esas remotas y heladas islas. Costa Méndez no creyó que esta circunstancia fuera un factor limitativo para sus planes, y poco después de la presencia de los representantes, aprovechó la de los senadores Howard Baker, Ernest Hollings y Paul Laxalt en la misma forma.

Todo esto ocurrió en los primeros días de enero de 1982, cuando la administración de Galtieri apenas estaba acomodando sus cargas, aunque los planes para un desembarco argentino en las islas Malvinas se desarrollaban ya a todo vapor. Los senadores estadounidenses quedaron impresionados por la personalidad de Galtieri, propenso siempre a acortar distancias protocolares por otros métodos directos y poco convencionales. Además, el hecho de que el Presidente se esforzara por expresarse en su torpe inglés despertó simpatía entre sus interlocutores. Durante el almuerzo que compartió Galtieri, en la Casa Rosada, con los republicanos Baker y Laxalt y el demócrata Hollings no se avanzó en cuestiones sensitivas.

Costa Méndez fue quien se encargó de progresar en una tarea de “ablandamiento”. Hizo una minuciosa exposición de los derechos argentinos sobre el archipiélago, subrayando sutilmente que Estados Unidos siempre había mantenido una posición neutral frente a la disputa de soberanía. Tan extenso fue ese informe que Baker interrumpió jocosamente a Costa Méndez diciéndole: “¡Basta!, no puede ser que los argentinos no hablen de otra cosa que de las Malvinas”.

El arribo de Enders permitiría al gobierno argentino seguir avanzando en esa escalada diplomática. Por esa época a ningún funcionario con responsabilidad en la administración militar se le cruzaba por la mente la posibilidad de que Estados Unidos se opusiera a una acción argentina. A lo sumo profundizaría su neutralidad, pensaban, pero Washington no dejaría nunca a la Argentina al garete.

Las cosas marcharon sobre rieles con el espigado subsecretario norteamericano. Una cálida simpatía se estableció entre Costa Méndez y Enders, incentivada por muchas afinidades, incluyendo la religiosa (ambos son católicos). Además las mujeres de los dos funcionarios se hicieron amigas rápidamente, y los matrimonios compartieron una velada muy agradable en el confortable piso que los Costa Méndez poseen en el corazón de Palermo Chico —a corta distancia de la residencia del embajador norteamericano—, donde se alojó Enders durante aquella estadía.

Estados Unidos propuso, a través de Enders, que la Argentina formara parte de un grupo de países patrocinantes del pedido de aplicación del TIAR en el caso de la situación centroamericana, lo que habilitaría las posibilidades de integrar una fuerza interamericana. Existieron entonces fuertes evidencias sobre esta proposición, corroboradas luego por la difusión de un documento reservado del Consejo Nacional de Seguridad⁶, y por algunos testimonios recogidos por los

autores en Estados Unidos. La Argentina, sobre todo la cúpula de su Ejército, compartía todos los puntos de vista norteamericanos sobre América Central y no tenía inconvenientes en satisfacer la solicitud de Reagan.

Con toda la importancia que norteamericanos y argentinos le asignaban en aquel momento, la crisis centroamericana no era el único punto crítico de la agenda que Enders trajo a Buenos Aires. El conflicto argentino-chileno por la región del canal de Beagle también preocupaba a la administración Reagan. Es cierto que, desde la oportuna intervención de Juan Pablo II, las posibilidades del estallido de una guerra fronteriza se habían alejado, pero la ausencia de una solución definitiva —concretamente la falta de una aceptación argentina a la propuesta papal del 12 de diciembre de 1980— hacía que la tensión entre las dos naciones fronterizas estuviera siempre subyacente en las relaciones hemisféricas.

Este cuadro de situación generaba también otro problema político a Washington. A pesar de su entusiasmo por premiar a sus renacidos y voluntarios aliados del Cono Sur, Reagan no había conseguido aún, en los hechos, restablecer la asistencia militar a la Argentina (prohibida desde 1978 por la denominada enmienda “Humphrey-Kennedy” a la ley de asistencia exterior norteamericana). El Congreso autorizó en los papeles a anular esta sanción pero exigió una previa certificación escrita del Presidente de que el motivo que la originó —“la sistemática violación de los derechos humanos” por parte del régimen militar— había desaparecido, o estaba en vías de franca extinción. Por mucho que deseara cumplir con este requisito, Reagan no podía pagar un precio político excesivo.

Sobre Chile pesaba una prohibición similar y, en este caso, las posibilidades de convencer al Congreso de dar por finalizado el castigo eran sencillamente remotas. Reagan lo sabía (Augusto Pinochet no se esforzaba por hacer las cosas más fáciles; más bien lo contrario, como cuando se negó a extraditar a los militares implicados en el asesinato del ex canciller Orlando Letelier, solicitud hecha por la justicia norteamericana). Así que mientras prosiguiera vigente la amenaza de una guerra entre los dos vecinos australes, Washington no podía darse el lujo de aparecer reforzando militarmente a uno de los potenciales contrincantes.

Ahora bien, no es aventurado afirmar que la diplomacia de los militares argentinos no puso en otros temas una cantidad de esfuerzos, constancia y recursos dialécticos siquiera similar a la que invirtió, desde el momento mismo en que la enmienda “Humphrey-Kennedy” entró en vigencia, en intentar su anulación. No hubo contacto, oficial u oficioso, entre Estados Unidos y la Argentina en que los representantes de este último país no sacaran a relucir la cuestión adoptando un tono destinado a dejar en claro que el “orgullo nacional” estaba herido y necesitaba una reparación inmediata.

No es que la prohibición hubiese sido tan efectiva. Los franceses, israelíes e ingleses, entre otros, corrieron presurosos a cubrir el vacío dejado por los proveedores norteamericanos, lo que permitió a los militares argentinos gastar

en un solo año (1980) más de 3.000 millones de dólares en armamento.⁷ Desde cualquier otro ángulo de análisis que no sea el militar, el levantamiento de la enmienda no puede ser considerado como un “objetivo prioritario” de la nación. Pero para un gobierno de las características del argentino, la prohibición era una afrenta y un escollo mayor en el camino de la legitimación internacional que, por otra parte, nunca pudo terminar de recorrer. Además –admiten los expertos–, el armamento producido por la industria norteamericana ha sido siempre el preferido por los oficiales argentinos, ya que ofrece la posibilidad de acceder a tecnología más sofisticada en mejores condiciones económicas.

Este cuadro de situación –Reagan tenía las posibilidades de entregar a la Junta Militar lo que ésta tanto anhelaba, pero sus integrantes debían hacer un esfuerzo– motivó que, ya en su primera reunión con Costa Méndez, Enders planteara la preocupación de su país por la ausencia de una solución al tema del litigio con Chile. Costa Méndez intentó tranquilizarlo sobre el comportamiento de Buenos Aires poniendo especial cuidado en destacar la fidelidad del gobierno militar al compromiso de negociar bajo la asistencia del Papa. Enders deseaba convencerse y en un momento de aquel diálogo, escogió un método frontal:

–*Can you assure me there will be no war?* (“¿Puede asegurarme que no habrá guerra?”) –le preguntó el norteamericano a su interlocutor.

–*Of course I can!* (“¡Por supuesto que puedo!”) –replicó Costa Méndez sabiendo que, al menos por el momento, el meridiano del interés militar no pasaba por el canal de Beagle. Esta era una de las certezas que Enders había venido a buscar a Buenos Aires.

El subsecretario trajo también en mente el encargo de su colega británico, Richard Luce. Siempre ha sido un valor sobreentendido entre los que investigaron, desde cualquier ángulo, el conflicto bélico del Atlántico Sur que el viaje de Enders marcó un hito fundamental en el camino que llevó a la confrontación argentino-británica; inclusive se especuló con que el comportamiento del enviado de Reagan había sido parte de la “luz verde” que Galtieri y los suyos creyeron ver emitir a Washington en el tema, convencidos finalmente de la viabilidad de la recuperación militar.

El informe de la investigación de posguerra que encabezó Lord Franks dice que “el señor Enders visitó Buenos Aires desde el domingo 6 al martes 8 de marzo de 1982 y se reunió, entre otros, con el presidente Galtieri y el doctor Costa Méndez. El diario *La Prensa* informó que se le había proporcionado un informe muy completo sobre el progreso de las negociaciones por las Falkland. El embajador británico en Buenos Aires reportó que su información de la embajada norteamericana era que el señor Enders no había aprovechado la oportunidad para asesorar a los argentinos de mantener baja la temperatura, pero que el mismo señor Enders solicitó que se le informara al señor Luce que había planteado el tema tanto en privado con el doctor Costa Méndez como públicamente, destacando los aspectos estratégicos y humanos del problema, los

cuales debían ser resueltos para alcanzar un final exitoso. Aunque los argentinos se habían mostrado reacios a un compromiso, no le dieron la impresión de que estuvieran por hacer nada drástico”.⁸

Este resumen de lo sucedido en aquella oportunidad es ajustado pero, explícitamente, incompleto. La realidad es que fue posible reconstruir esta gestión de Enders en sus aspectos globales, aunque los detalles han quedado encerrados en los apuntes y en la memoria de los protagonistas. Las versiones que ofrecen éstos, según demostró la investigación hecha para este libro, no alcanzan a ser enfrentadas, pero difieren en algunas instancias.

Las fuentes argentinas recordaron que Costa Méndez aprovechó una comida ofrecida en su residencia por el embajador de Estados Unidos –a la que debió asistir protocolarmente el canciller– para hablar “cara a cara” sobre el tema Malvinas con el norteamericano. A los postres de ese encuentro, el anfitrión y Enrique Ros, también presente, ensayaron un gracioso minué de formalidades para dejar expedito el camino a un diálogo privado de sus respectivos jefes. La conversación se planteó en términos francos; Costa Méndez le comunicó que el gobierno argentino no podía seguir tolerando las dilaciones británicas y que los militares estaban sumamente nerviosos por la actitud de Londres. En este contexto, destacó, el comunicado del 1º de marzo no había sido una simple advertencia más.

Le relató entonces que la diplomacia argentina se lanzaría a una vasta acción de denuncia que debía culminar en la asamblea general de las Naciones Unidas, en noviembre de ese año. Aunque el canciller argentino no entró en demasiados detalles, dejó implícitamente en claro que la tensión aumentaría (se pensaba avanzar por etapas si Gran Bretaña persistía en su política dilatoria; el plan incluía desde la reducción en el nivel de las relaciones diplomáticas hasta el cese de la provisión de combustible argentino a las islas y de los vuelos regulares con los que la de las unía con el continente).

¿Cuál sería la actitud norteamericana frente a este problema?, intentó averiguar el canciller. *Hands off* (“manos afuera”, neutralidad) habría sido, según las fuentes argentinas, la respuesta segura de Enders. No era una novedad. Esas dos palabras definían la política tradicional de Estados Unidos en la materia, país que nunca se expidió respecto de los reclamos de soberanía de las partes en litigio. De todos modos Costa Méndez creyó advertir en el mensaje una ratificación de la prescindencia norteamericana que era una carta decisiva para los planes militares argentinos.

Las consultas hechas en Washington durante esta investigación arrojaron una versión ligera pero significativamente distinta de la que guarda el recuerdo de los argentinos. Las fuentes diplomáticas norteamericanas aseguran que fue Enders –ya en el primer contacto formal con Costa Méndez en el Palacio San Martín– quien se encargó de sacar el tema y manifestar la preocupación de Estados Unidos por la continuidad de la búsqueda de una solución negociada,

especialmente a la luz del último comunicado argentino. Afirmaron también con especial énfasis que lo dicho por Costa Méndez y por otros funcionarios argentinos no sugirió en momento alguno que el gobierno estuviera considerando la posibilidad de un desarrollo del litigio por la vía de la fuerza.

En un diálogo con Enders, que tuvo lugar a comienzos de mayo de 1983 en su oficina del Departamento de Estado, los autores le preguntaron específicamente por la expresión *hands off*. En esa oportunidad, Enders aseguró no recordar su empleo, pero, sin descartar por completo la posibilidad, comisionó a uno de sus asistentes para que revisara los archivos oficiales en busca de los registros de la visita. Poco más de una semana después de la entrevista, y ya en Buenos Aires, recibieron una comunicación telefónica en la que el encargado de la indagación confirmó que de los apuntes no surgía que el subsecretario hubiese utilizado esas palabras y que, en cambio, sí aparecían registradas varias fórmulas empleadas por Enders para instar al gobierno argentino, a través de Costa Méndez, a proseguir negociando con los británicos.

Hay otro episodio de aquella visita de Enders a Buenos Aires, también de significativa importancia, en el que las versiones ofrecidas por ambos lados coinciden poco menos que en los detalles. El segundo día de su estadía (el mismo en el que fue a la Casa Rosada a saludar a Galtieri) el enviado norteamericano recibió un pormenorizado informe sobre el diálogo argentino-británico al que hace referencia el informe Franks. Lo tuvo a su cargo, en el Palacio San Martín, el vicescanciller Ros, quien, al concluir su extensa exposición, destacó el sentimiento de frustración nacional frente a los diecisiete años de improductiva negociación, puntualizando que no podía esperarse que “la paciencia del pueblo argentino dure eternamente”.

Por qué una afirmación como esa, en boca de un funcionario de la jerarquía de Ros, no tuvo para los oídos norteamericanos un tono admonitorio es algo para lo cual parece no haber una respuesta enteramente satisfactoria. Las fuentes de Washington explicaron la situación diciendo que la clase de lenguaje utilizado por Ros no es infrecuente en la diplomacia cuando alguien quiere, como deseaban entonces los argentinos, destacar la impaciencia de su gobierno en una cuestión determinada. No obstante la ligereza para interpretar las señales que emitió la Cancillería argentina resulta llamativa.

Sea como fuere, esta actitud del enviado norteamericano, o la percepción que de ésta tuvieron los funcionarios argentinos, se convirtió en uno de los argumentos íntimos más sólidos del gobierno argentino para acelerar la acción militar. Ciertamente no fue éste el único recurso de quienes exhibían la hasta entonces vidente neutralidad norteamericana como una “sombra” protectora para la operación. Otros informes, llegados por vía militar, descansaban en la carpeta del comandante del ejército. El general Mallea Gil —si bien no existen indicios de que conociera los planes de desembarco— creía que la presencia argentina en América Central era de importancia vital para el *pustch* que organi-

zaban los norteamericanos en Nicaragua.

A esa altura de los acontecimientos, el compromiso argentino con la estrategia norteamericana era poco menos que total. El propio Enders, antes de partir hacia Chile, señaló en Buenos Aires que “la Argentina está muy preocupada por la situación que atraviesan Nicaragua y El Salvador” y afirmó que “la Argentina desearía estar presente en forma activa en cualquier acción que se tome”. Acto seguido se atajó: “Sin embargo, yo no sugeriría con eso la participación de la Argentina en la integración de una fuerza militar en la región”.

Práctico, Enders sirvió, con esa declaración, de pantalla a los militares argentinos que ya operaban en América Central. También escondió su deseo de que Buenos Aires se uniera a otros países –Chile y Colombia estaban entre los restantes candidatos– para patrocinar la aplicación del tratado de seguridad colectiva hemisférica de Río de Janeiro.

Pocos días después, el 14 de marzo, Costa Méndez ordenó a su staff que analizara la viabilidad de auspiciar una convocatoria del órgano de consulta –la conferencia de cancilleres– del TIAR. La tarea recayó sobre Marcelo Huergo, un inteligente funcionario de mediana jerarquía considerado un experto en los vericuetos del tratado de Río de Janeiro, quien había servido doce años consecutivos en Washington, en la misión argentina ante la OEA, en la embajada y también –durante el tiempo de una licencia especial del Servicio Exterior– como jefe de gabinete del secretario general de la organización interamericana, Alejandro Orfila.

Precisamente su ex jefe estaba en Buenos Aires. Orfila llegó en los primeros días de marzo a la Argentina para enhebrar contactos políticos. Sumamente hábil, este ex embajador argentino ante la Casa Blanca, destinado por Juan Domingo Perón, traía entre manos un ambicioso proyecto: actuar de bisagra entre el régimen militar y la institucionalización civil. Orfila forma parte del *establishment* de Washington y con sólo levantar el teléfono puede comunicarse con muchas de las oficinas en las que anida el poder.

“Alex”, como lo llama la élite diplomática y política de la capital norteamericana, es un hombre de aspiraciones políticas. No resultó salpicado por el régimen militar pues logró la Secretaría General de la OEA en la agonía del gobierno de la señora de Perón. El plan original de los asesores de Orfila era aprovechar su estadía en Buenos Aires para anudar contactos políticos, sobre todo con el peronismo, y caminar un poco por la interna militar. Luego daría el salto hacia las Malvinas, donde pensaba llegar el 14 de abril, Día de las Américas, para difundir una declaración. Esos planes mudaron rápidamente cuando su olfato político pescó algo que estaba flotando en el ambiente.

El 6 de marzo, desde su ciudad natal, Mendoza, Orfila declaró que las Malvinas eran argentinas y profetizó que “no pasará mucho tiempo para que en ese rincón del territorio ondee la bandera de la Patria”. Tiempo después lamentaría, si no el contenido de su afirmación, por lo menos la oportunidad en que la formuló porque muchos la interpretaron –a la luz de lo sucedido– como

un síntoma de que el secretario general de la OEA había sido informado del operativo con anterioridad, algo que él niega.

Orfila mantuvo numerosos contactos con dirigentes políticos y sindicales. Particularmente con Lorenzo Miguel, secretario general de las 62 Organizaciones Peronistas, y con Antonio Cafiero, ex ministro de Economía de Isabel Perón. Posteriormente fue recibido por la primera línea de la política argentina –“Me entrevisté con la Multipartidaria ampliada”, recordó– con la que dialogó en una cena ofrecida en el dúplex de Ricardo Yofre, un abogado dueño de una codiciable lista de contactos civiles y militares.

El saldo de tantas conversaciones convenció a Orfila de que algo sucedería en forma inminente. Tenía razón. Para entonces, el buque *Buen Suceso* de la Armada Argentina se aproximaba a la Bahía de Stromers, en las Georgias del Sur. La espoleta de un incidente estaba sin seguro. Sólo había que soltarla para que estallara.

El general de brigada Mario Benjamín Menéndez recibió orden de presentarse ante el comandante en jefe. No lo sorprendió. Como todos los martes, ese 2 de marzo no se apartó de la rutina. Galtieri utilizaba ese día de la semana para atender los asuntos del Ejército y escuchar informes de los encargados de las distintas jefaturas del Estado Mayor General.

Como jefe de Operaciones, Menéndez tenía algunas consultas propias de la incorporación de nuevos conscriptos, que apenas estaban entrando en ritmo militar, y otros asuntos menores. Por antigüedad, o por una orden que sólo adquiere su sentido en la curiosa lógica militar, Galtieri solía recibirlo sobre el final de la tarde. Esa jornada, Menéndez apenas había leído los titulares de los diarios y únicamente se detuvo unos instantes en las crónicas que reprodujeron el enérgico comunicado de la Cancillería argentina, amenazando a Londres con salirse de la negociación si persistían las dilaciones para discutir los temas de fondo sobre el conflicto de las Malvinas.

Entró en el despacho de Galtieri donde éste lo recibió en mangas de camisa. Disciplinado, Menéndez comenzó a informar sobre las cuestiones que tenía entre manos, mientras el comandante lo miraba fijamente. Cuando culminó su informe, Galtieri se levantó y comenzó a caminar por el despacho. Le dijo entonces:

–Bien, bien... ahora siéntese, Menéndez. Voy a hablar yo.

El subordinado lo hizo, pensando que recibiría órdenes sobre algunos de los asuntos que él había expuesto.

–Dígame, Menéndez, ¿cómo anda su inglés? –preguntó Galtieri.

–Más o menos, señor. Igual que cuando lo acompañé en su viaje a Estados Unidos –respondió el jefe de Operaciones tratando de acomodarse a la sorpresa.

–Bueno, repáselo. Le hará falta.

–¿Por qué? –interrogó Menéndez sabiendo que era precisamente lo que esperaba Galtieri al apelar al enigmático consejo.

–Hemos tomado la decisión de recuperar militarmente las Malvinas y la Junta aprobó mi propuesta de que usted se haga cargo de la gobernación militar de las islas –le anunció el comandante.

Se hizo, entonces, una pausa. Menéndez estaba sorprendido y emocionado por partes iguales.

–Vea, señor –se sinceró Menéndez–, en este momento no puedo pensar mucho. Realmente estoy sorprendido. Es una cuestión de mucha envergadura... –alcanzó a balbucear el elegido.

Complacido por el efecto logrado –los hombres suelen tener una tendencia natural a la teatralización de los “grandes momentos” y Galtieri no era una excepción a esta regla–, el comandante pasó a explicar en líneas generales el plan. Habría una guarnición militar de 500 efectivos que lo respaldaría, los que deberían actuar casi como policía militar.

–Habrà alguien de la Fuerza Aérea y de la Armada –añadió impreciso Galtieri–. Un par de aviones Pucará, dos o tres barcos. Por ese problema de la afirmación del espacio aéreo y marítimo, usted sabe...

Sin esperar comentarios, Galtieri añadió:

–El puesto suyo aquí quedará sin ocupar, ya que cuando la situación se consolide en las islas, usted volverá al Estado Mayor. Yo quiero que siga siendo mi jefe de Operaciones.

–¿Cuándo cree que regresaré al continente? –preguntó Menéndez.

–Usted se quedará en las islas hasta noviembre o diciembre, a lo sumo... –especuló Galtieri.

–Después que recuperemos las islas, ¿cuál cree que será la reacción británica? –preguntó casi sin proponérselo un Menéndez aún atontado por el panorama que le había abierto el comandante.

–Ese no es problema suyo –fue la respuesta tajante de Galtieri, seguida por una advertencia disfrazada de consejo–: Usted preocúpese de prepararse para gobernar. Lo demás es problema de la Junta Militar y del ECI que ya está trabajando.

Clásica respuesta de un superior incómodo por la pregunta de un subordinado. Para todo problema que parecía de difícil solución había un ECI –siglas que identificaban al Equipo Compatibilizador Interfuerzas– dedicado a buscarla, la más de las veces sin que el éxito siquiera se insinuara.

–Sí, mi general –cedió ante la verticalidad Menéndez–. ¿Con quién puedo hablar del tema?

–Con nadie. El secreto es absoluto –fue la instrucción. No obstante, le explicó que el ECI que elaboraba todos los aspectos del operativo estaba integrado por el general García, el almirante Lombardo y el brigadier Plessl.

–¿Puedo hablar con ellos? –insistió tímidamente Menéndez.

—No, ni siquiera con ellos. El secreto es absoluto —reiteró enérgico Galtieri mientras encendía otro *Galaxy*,

Los hombres siguieron dándole vueltas al tema durante media hora más y el comandante percibió la situación de inseguridad y aislamiento en que había sumido a su subordinado. Finalmente accedió a autorizarlo a tomar un único contacto con el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general de división José Antonio Vaquero, uno de los pocos oficiales superiores que estaba al tanto de los planes.

El flamante, pero aún secreto, gobernador militar salió del despacho. No sabía si saltar de alegría o pedir que se abriera la tierra y lo tragara. Tenía varias dudas, algunas cuya distancia ni siquiera quería reconocer; pero la seguridad de Galtieri sobre el éxito de la recuperación de las islas y la afirmación de que la situación no tardaría en consolidarse lo tranquilizaban por momentos.

Pero no se negaba a sí mismo el orgullo que lo invadía. Otro apellido Menéndez ingresaría en la historia militar y seguramente no le iría tan adversamente como a su tío Benjamín, que se levantó contra Perón en 1951; ni como a su primo Luciano Benjamín, que se sublevó contra Viola en diciembre de 1979 en una chirinada que culminó sin pena ni gloria.

El tenía experiencia de guerra, o al menos creía sinceramente que la tenía. Había ayudado a extirpar el foco guerrillero en Tucumán. Claro que ése era otro tipo de guerra, para la que el Ejército y sus cuadros de oficiales habían sido preparados. Había integrado las tropas victoriosas sobre los izquierdistas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). De paso, habían aprovechado la campaña para aplastar cualquier otra expresión de disenso contra los militares, pero ésa era una historia distinta.

Esa campaña tenía “olor de gesta” para las fosas nasales militares. Una marcial melodía de trompetas sacudió el sueño de Menéndez.

Dos días después pidió hablar con Vaquero. Tenía urgencia de discutir, de compartir con alguien, el secreto que lo asfixiaba. Su superior lo recibió por la tarde.

—¿Qué quiere, Menéndez? —seco, Vaquero tenía por costumbre ir directo al grano.

—Estuve con el general Galtieri el martes pasado. Me habló del operativo Malvinas —introdujo el tema Menéndez.

—Ah... se lo dijo.

—Sí. Dígame, mi general, ¿cómo ve usted este asunto? —dijo buscando el consejo de su jefe inmediato.

—Vea, Menéndez, yo creo que no debe preocuparse demasiado —le respondió Vaquero presintiendo la preocupación del jefe de Operaciones—. Los ingleses están hace mucho con esto y no saben cómo sacárselo de encima. El asunto es que van a gritar mucho, se van a enojar, van a ponerse duros para satisfacer la opinión pública interna. Seguramente será una negociación difícil en la que

tendremos que dar el oro y el moro. Pero, recuerde, Menéndez, Inglaterra ya no sabe qué hacer con las Malvinas. Les salen muy caras, están muy lejos... Son 1800 tipos que les dan trabajo permanentemente...

El análisis simplón de Vaquero no convenció a Menéndez, pero después de todo era la palabra de su superior jerárquico. Quizás el jefe del Estado Mayor ignoraba cuál era el plan definitivo de Galtieri. El se especializó, sin lugar a dudas, en ser el comodín de la interna militar y no en otra cosa. Había subsistido a varias crisis recurrentes dentro del Ejército y flotado, como un corcho, cuando las aguas se encresparon durante el derrocamiento de Viola.

Pero Menéndez quería cierta seguridad e insistió:

—Vea, señor, la verdad es que lo que me dijo hace unos días el general Galtieri me dejó preocupado. Ahora usted me dice esto; en fin, es una apreciación, pero no sé... Hasta ahora no hay ningún indicio de que la negociación haya fracasado. Seguramente habrá dificultades, pero para el mundo estamos negociando; para las Naciones Unidas, estamos negociando...

—No, no, Menéndez...; si usted tiene esas dudas, transmítaselas al general Galtieri —recomendó Vaquero dando por concluida la conversación.

Tendría que esperar hasta el próximo martes para plantear esos interrogantes. Para disimular ante sus pares, dada la orden de estricto secreto sobre el plan, continuó con sus tareas cotidianas.

Algunos indicios, sin embargo, estaban ya disponibles para observadores suficientemente suspicaces en el ambiente del Ejército. Sólo alguien como Menéndez, con la información secreta que poseía, estaba en condiciones de entender aquella larga arenga que había vertido Galtieri ante los generales en una de las primeras reuniones del año con los altos mandos.

En el tono enérgico —casi prepotente— que lo caracterizaba, el comandante había dicho en el cónclave dos cosas de importancia:

1) Que los mandos debían tener al día los requerimientos de logística y de operaciones ya que “el poder militar podía ser usado a lo largo del año en el canal de Beagle o en Malvinas, o en ambos lugares simultáneamente”. El “introyto” de tan sorprendente mensaje fue una alusión al escaso o nulo progreso que se había experimentado en las negociaciones con Gran Bretaña y en la mediación papal por el problema con Chile.

2) Que se dedicaría a hacer política. Galtieri venía conmovido por el pantagruélico asado que ofreció en Victorica, con la colaboración de los partidos políticos derechistas que aspiraban a heredar el régimen militar. Esas 13 mil personas que deglutieron la carne, las achuras y las empanadas en un caluroso mediodía pampeano incentivaron en Galtieri los secretos deseos de transformarse en un líder popular. Pero debía cubrirse las espaldas. Entonces el jefe del Ejército mostró a sus mandos una puntita del juego. Les dijo: “Como presidente voy a hacer política. No me pidan que en esto me maneje por el reglamento. No se asusten, señores generales, si me ven levantar un brazo o ambos al mismo

tiempo. Parecería como si todo uniforme militar argentino encerrara el íntimo deseo de repetir la historia personal de Juan Domingo Perón. La realidad argentina de los últimos años ha dado sobrados ejemplos de este aserto. Casi siempre son las mismas ambiciones, pero nunca el mismo talento. Galtieri no fue una excepción y el mesianismo lo tuvo entre sus principales cultores.

Pero sólo ahora Menéndez comenzó a anudar estos datos con los que había incorporado. Por eso, cuando Galtieri volvió a recibirlo, comenzó planteándole la necesidad de hablar como “gente grande y pensante”, tono y palabras inusuales para emplear en una relación superior-subordinado como la que unía a aquellos hombres.

–Abrevie, Menéndez. ¿Qué me quiere decir? –lo cortó en seco el comandante.

–Mire, mi general, yo ya hablé con el general Vaquero a quien le planteé ciertos interrogantes y él me derivó a usted. La pregunta es: ¿cuáles van a ser las consecuencias directas o indirectas que sufrirá la Argentina después de la acción militar?

–Menéndez... Usted no puede ponerse a pensar en eso. Eso ya lo hemos pensado en la Junta, con el canciller. Eso está estudiado. Usted dedíquese a ser gobernador militar.

Menéndez descubrió en estas palabras de Galtieri el límite para sus inquietudes. Cohibido y vencido por el peso de la subordinación, le respondió:

–Está muy claro, señor. Ya no pensaré más. Me dedicaré a actuar en términos de gobernador militar.

Galtieri remató aquella conversación con algunas recomendaciones: le pidió que no formara un equipo de colaboradores muy grande porque, al fin de cuentas “gobernar Malvinas es una pavada”; le reiteró que debía guardar el mayor de los secretos y sólo estaría autorizado para tomar contacto con el grupo de tareas que preparaba el desembarco cuando recibiera un orden explícita en tal sentido. Una vez en las islas, agregó Galtieri, cualquier problema debía reportarlo a través del general García, titular del V Cuerpo del Ejército con asiento en Bahía Blanca.

Cuando concluyó la conversación con Galtieri, Menéndez se relajó. Si todo se desarrollaba como lo pintaba el comandante, aquello no sería una guerra. Sería un paseo.

Los documentos liminares, por emplear el mismo léxico pomposo al que se muestra siempre tan adicto el formalismo militar, ratificaban lo que Galtieri y Vaquero le dijeron a Menéndez. Básicamente la “Directiva Estratégica Militar” (DEMIL)⁹ elaborada por la Junta establecía inicialmente una operación limitada en el tiempo por el retiro de tropas argentinas de las Malvinas. Las previsiones iniciales dispusieron que el día “D” sería fijado para la segunda quincena de mayo y concluiría cinco días más tarde.

Por ese motivo, el día “D más 5”, que simbolizaba el tiempo máximo que podía demorar el operativo de ocupación de las islas, debía concluir el 25 de mayo, fecha

propicia para que las fuerzas armadas, desde las Malvinas, difundieran un mensaje al país anunciando la restauración de la integridad de su patrimonio territorial.

El período que se abriría posteriormente contemplaba fundamentalmente acciones diplomáticas alternativas:

a) Una negociación bilateral muy intensa con Gran Bretaña para convencer al gobierno de su Majestad del “hecho consumado”.

b) El *fait accompli* sería acompañado por concesiones a los británicos que iban desde indemnizaciones a la Falkland Islands Company y a los isleños que desearan emigrar, hasta ofrecimientos de una estrecha cooperación económica con empresas británicas que quisieran explotar con la Argentina el petróleo de la cuenca austral y la pesca o el krill.

c) Involucrar a Estados Unidos en la negociación, ya sea directamente o como garante de los acuerdos que se pudieran lograr.

d) Trabajar sobre los países del mundo occidental, especialmente los del Mercado Común Europeo para que coadyuvaran con la acción norteamericana de convencer a Gran Bretaña que no había retroceso posible y que debía aceptar el hecho tal cual estaba planteado. e) Intensificar los contactos con la Unión Soviética, China y países de Europa oriental en una acción dirigida a prever la consideración del problema en el ámbito de las Naciones Unidas.

Ese plan se basó, obviamente, en la ausencia casi total de previsión de una reacción militar británica. Al menos en la ausencia de una reacción contundente como la que finalmente tuvo lugar.

De los documentos originales de la Junta surgen claramente dos aspectos:

1) Que si Gran Bretaña reaccionaba ante el desembarco, lo haría en una forma destinada a forzar la negociación. Por lo tanto sólo enviaría una pequeña fuerza simbólica. Frente a esa eventualidad se preveía dejar en Malvinas un “componente militar, aéreo y marítimo no superior a los 600-700 hombres al mando de un coronel”. Esa guarnición argentina serviría como presencia “disuasiva” para evitar un intento de recuperación por parte de la Royal Navy.

(La deducción era lineal y simple, tan simple que, después se probó, fue una auténtica ingenuidad, partía del supuesto de una debilidad notoria del gobierno de Margaret Thatcher, sacudido por una crisis económico-social importante. La flota inglesa de superficie estaba camino al desguace o la liquidación comercial para ceder su lugar a los submarinos nucleares Trident. ¿Qué es lo que podrían enviar a las Malvinas, a 14 mil millas de Londres? Únicamente una fuerza pequeña.)

2) Gran Bretaña preferiría o aceptaría la vía de la negociación hasta que se convenciera de que el tema de la soberanía no estaba en discusión. Sólo entonces evaluaría seriamente si se lanzaba a reocupar las islas por la fuerza. Cualquier otra apreciación no se hará por el momento, decía el documento.

La tesis central elaborada por la Cancillería se basaba en la hipótesis de la “potencia hegemónica”. Esto es que Estados Unidos intervendría activamente en la búsqueda de una solución pacífica, asumiendo así su responsabilidad de potencia hegemónica en Occidente.

Costa Méndez había abrumado a los miembros de la Junta Militar con esa tesis, utilizando ejemplos como lo sucedido en Suez en 1956, cuando Gran Bretaña y Francia lanzaron una fuerza de tareas conjunta contra Nasser, en represalia por la nacionalización del canal. En ese episodio, el presidente Dwight Eisenhower y su secretario de Estado, John Foster Dulles, obligaron a los agresores a detener su ataque; recordó también la presión norteamericana sobre Israel para que no destruyera al III Ejército egipcio, cercado en el desierto del Sinaí, durante la guerra del Yom Kippur; finalmente ejemplificó aquel papel de “potencia hegemónica” con la acción estadounidense durante las miniguerras entre El Salvador y Honduras, Perú y Ecuador. El de la guerra árabe-israelí fue un argumento seductor para los militares. Era un buen ejemplo de una guerra iniciada por un país —Egipto— a sabiendas de que una victoria militar suya resultaba imposible. El meollo de la cuestión pasaba por la esperanza de que a la agresión militar le siguiese una intervención de las superpotencias para llevar a las partes a la mesa de negociaciones. La realidad es que el remoto Atlántico Sur no es Medio Oriente.

El pivote, entonces, de la acción argentina para lograr que Gran Bretaña se convenciera de la inutilidad de una acción armada era Estados Unidos, cuya intervención los argentinos aceptarían con gusto.

Buenos Aires era a mitad de marzo un caldero hirviente de rumores. En los cerrados círculos del poder, algo de lo que el periodismo ya tenía noticias, se mencionaba una versión según la cual se preparaba un desembarco en las Malvinas, pero sólo encontraba reacciones escépticas y la prudencia de los editores que no podían confiar en la especie.

El 11 de marzo, un Hércules C-130 de la Fuerza Aérea Argentina efectuó un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Port Stanley, en la isla Soledad. El argumento del comandante de la aeronave fue que había detectado fallas en el gigantesco transporte, cuando se dirigía hacia la base antártica Vicecomodoro Marambio, donde existe una pista de aterrizaje. Era —dijo a las desconfiadas autoridades inglesas— un vuelo programado de apoyo logístico al destacamento que cumplía con la campaña antártica de ese año. En Buenos Aires, la información no mereció gran relieve y, ni por un momento, fue ligada a un eventual desembarco.

¿Se trató de una operación de inteligencia destinada a verificar en el terreno las condiciones de aterrizaje de los ciclópeos Hércules, los que luego tuvieron a su cargo lo más pesado del “puente aéreo” que se estableció entre el continente

y las islas? Si esto fue así, ¿no bastaban los informes que ya obraban en poder del Comando en jefe de la Fuerza Aérea provenientes de los pilotos militares de LADE (Líneas Aéreas del Estado) que cumplían con viajes periódicos? ¿Valía la pena arriesgar el secreto de la operación?

Cuesta desentrañar la verdad sobre este aterrizaje, aunque no puede descartarse que el argumento de la emergencia haya sido auténtico. Lo cierto es que para esa fecha aún no había sido decidido el desembarco.

La embajada británica, que tenía todos los sentidos puestos sobre las actitudes de los argentinos, informó de inmediato a Londres sobre ese extraño episodio. Mark Heathcote, primer secretario de la misión inglesa en Buenos Aires, envió un cable cifrado a su base, evaluando la aparición del Hércules C-130 en las islas. Heathcote, un diplomático de trato afable, gran bebedor de cerveza, había reemplazado al eficiente David Gozney en el tema Malvinas. El funcionario británico “está convencido de haber tendido líneas independientes con el JIC (Joint Information Committee) para su informe. Qué pasó con el mismo cuando fue llevado al gabinete (de la Thatcher) no se sabe”.¹⁰

Está claro que las autoridades británicas tampoco lo consideraron como una señal de peligro¹¹, pero en Londres la cuestión preocupó ciertamente al encargado de negocios argentinos, que se movía sin instrucciones de Buenos Aires respecto de las Malvinas.

Cuando se enteró del aterrizaje, convocó a su despacho al agregado aeronáutico en Londres, comodoro Viola. Discutieron el tema, pero el militar convenció al ministro Molteni de que el aterrizaje de emergencia fue realizado en uno de los aeropuertos de alternativa que tenían los Hércules cuando viajaban a Marambio desde Río Gallegos. El piloto, le aseguró Viola, sólo utilizó Port Stanley en cumplimiento de lo que especifican para esos casos las cartas de vuelo.

En cambio, el *Latin American Weekly Repon*, servicio de prensa privado que se edita en Londres, dijo en su edición del 19 de marzo, tras relatar el aterrizaje, que “observadores de Buenos Aires insinúan que el incidente fue planeado. Con rumores de una posible invasión argentina a las islas se sigue el razonamiento de que la Fuerza Aérea está «probando» la posibilidad de desembarcar tropas en las islas con los aviones Hércules. El aterrizaje ocurrió justo después que Alejandro Orfila, argentino, secretario general de la OEA, hubiese predicho que «la bandera argentina pronto ondeará sobre las Malvinas»”.

Los diplomáticos del Palacio San Martín tampoco dieron mayor importancia al incidente. Hasta entonces sólo conocían los planes militares para las Malvinas los tres comandantes; el canciller Costa Méndez; el jefe del Estado Mayor General del Ejército; los tres oficiales que los elaboraban y el futuro gobernador del archipiélago.

La crisis de los chatarreros obligaría a incorporar a una buena cantidad de diplomáticos al selecto círculo de los “conocedores del futuro”. La Argentina había ingresado ya en el curso de colisión.

NOTAS

¹ Para el general Juan Enrique Guglielmelli, un crítico de la conducción político-militar argentina de la guerra, “del éxito o fracaso (de la negociación de Nueva York) dependía la puesta en marcha del plan de ocupación de las islas”. “La Guerra de Malvinas. Falsos Supuestos Políticos Conducen a la Derrota”, *Estrategia*, n° 71/72, pág. 33, Buenos Aires, 1982.

² En realidad, hay testimonios sobre una advertencia del embajador Ortiz de Rozas a Luce, durante un aparte de la negociación, sobre lo que podría ocurrir si Londres demoraba su respuesta. En una conversación con los autores, el embajador admitió que seguramente esa advertencia existió, pero no estaba basada en el conocimiento previo de la acción militar. Asimismo, una entrevista que mantuvo Ros con Pérez de Cuéllar, en el edificio de Naciones Unidas, para la misma época de la negociación con Gran Bretaña, no fue un anticipo al secretario general de lo que ocurriría apenas un mes más tarde.

³ El comandante de la Armada, almirante Anaya, protestó ante Galtieri por lo que había ocurrido en Nueva York.

⁴ *Falkland Islands Review*, “Report of a Committee of Privy Counsellors” (informe Franks), pág. 39, Londres, 1983.

⁵ La expresión utilizada por Luce en su entrevista con Enders fue *Keep things cool* (“Mantenga las cosas frías”), al referirse a la actitud argentina en la negociación con Gran Bretaña. Citado en *Falkland Islands Review* (informe Franks).

⁶ *The New York Times*, 6 de abril de 1983.

⁷ *Instituto de Estudios para la Paz*, Estocolmo, Suecia, 1981.

⁸ *Falkland Islands Review*, pág. 42.

⁹ Tanto la DEMIL (Directiva Estratégica Militar) como las DENAC (Directivas Estratégicas Nacionales) fueron reiteradamente citadas por varios entrevistados durante la investigación de los autores.

¹⁰ *The Battle for the Falklands*, Max Hastings y Simón Jenkins, Michael Joseph, pág. 59, Londres, 1982.¹¹ En *Falkland Islands Review*, que realiza una prolija recopilación de los indicios existentes antes del 2 de abril de 1982, no hay ninguna mención al telegrama secreto enviado por Heathcote.

CUATRO EL «OPERATIVO ALFA»

El amplio despacho del Palacio San Martín que da a la calle Arenales sirvió, aquel 19 de marzo, para albergar una reunión del canciller Costa Méndez con sus colaboradores más cercanos: estaban el vicescanciller Ros, el jefe de gabinete Figueroa, el director general de Política Erhardt del Campo, y el embajador Amoldo Listre, director de organismos Internacionales del Palacio San Martín. Expuso Marcelo Huergo sobre el TIAR y el caso Nicaragua, tema que desvelaba a la cúpula diplomática argentina y que iba a constituir el eslabón legitimante de una irrupción militar combinada en América Central.

A la reciente visita de Tom Enders, que había fortalecido lazos de amistad con Costa Méndez, le seguiría la presencia de Caspar Weinberger, el influyente jefe del Pentágono, al que los militares argentinos —con una concepción ingenua y errada de la política norteamericana— le asignaban poco menos que el poder total. Esa visita de Weinberger era el sueño largamente acariciado de Miguel Mallea Gil, quien se había convertido en el hombre del gobierno con mayor influencia en Washington, más que la que formalmente ejercía el embajador Takacs. Este insistía, también, en el desplazamiento de Weinberger a Buenos Aires vibrando en diapason con Mallea Gil, a quien consultaba todos sus pasos.

La medulosa exposición que realizaba Huergo se cortó abruptamente al ingresar en el despacho el vocero del Palacio San Martín, para alcanzarle a Costa Méndez el proyecto de declaración sobre el desembarco de un grupo de trabajadores argentinos en las Georgias del Sur. Costa Méndez, con los anteojos sobre su nariz, miró fijamente al atribulado funcionario.

Lentamente, como explicando un complejo problema a un niño, le dijo: “Si quienes bajaron en la isla izaron la bandera argentina, lo hicieron en territorio nacional. La Cancillería no tiene nada que comentar”. Para instantes como ése el ministro guardaba su mejor “cara de póquer”. Pero esta vez, sí habría que comentar. La mecha había sido encendida y ya nada detendría la acelerada carrera hacia el estallido final.

El de las Georgias fue el primer acto del drama en escalada que culminó en la guerra argentino-británica. Sobre el incidente registrado allí, confluyeron dos poderosas fuerzas: 1) La violenta reacción británica, alentada por el Almirantazgo y por los “halcones” del Partido Conservador de Margaret Thatcher; 2) La prédica de los “halcones” argentinos que, en primera instancia,

sostuvieron a rajatabla la presencia en la isla de los trabajadores, y luego la acción de la Infantería de Marina. También la percepción del episodio por parte del gobierno argentino como una oportunidad para justificar el desembarco en las Malvinas.

El resultado de la investigación efectuada por los autores apunta hacia la existencia de dos operativos superpuestos. Uno, la operación perfectamente legal de Constantino Davidoff para el desguace de las instalaciones balleneras de la empresa Christian Salvensen, según los términos de un contrato firmado en 1979; otro, el “Operativo Alfa”, nombre en código para la instalación en Georgias de un destacamento militar, con apariencia de base científica, similar al que exitosamente se había logrado asentar en la isla Thule de las Sandwich del Sur, en los primeros meses del gobierno militar.

La Cancillería estaba perfectamente al tanto del plan del empresario Davidoff, ya que allí se había tramitado parte del expediente, y también lo había apoyado en una nota enviada al Comando en Jefe de la Armada, en agosto de 1981, con la firma de Ros, entonces segundo del ministro Camilión. El vicescanciller fue el encargado de analizar las implicancias diplomáticas y, sobre todo, las consecuencias que tendría la presencia argentina en las Georgias del Sur en las negociaciones con Gran Bretaña.

La tentación de repetir el “Operativo Thule” estuvo siempre presente en los planes contingentes de la Armada. En 1974, cuando asumió Adolfo Savino en el Ministerio de Defensa, siendo presidente Juan Domingo Perón, designó por primera vez militares en actividad en esa cartera. Convocó a tres oficiales, uno de cada fuerza. Llegó así a la función de gobierno, aunque en un cargo predominantemente técnico, el entonces capitán Lombardo, designado Director General de Política. Este comenzó a madurar un plan para incrementar la presencia argentina en las islas australes. La idea era instalar una base en el archipiélago de las Sandwich del Sur, extremo oriental del cono de proyección que determina el reclamo de soberanía argentina sobre la Antártida. Esto se había intentado varios años atrás, fracasando por un fuerte maremoto que sacudió la zona cuando el buque se hallaba cerca de las islas.

Lombardo insistió, pero sin hallar eco. Primero expuso el tema ante el presidente Perón, luego ante la viuda del extinto líder popular, hasta que en 1976, ya con los militares encaramados en el poder, pareció despertar la reacción que buscaba. La Cancillería estaba entonces en manos del vicealmirante César Guzzetti, quien dudaba acerca de la repercusión que podría tener la acción argentina sobre el diálogo con Londres.

Pese a estas prevenciones del canciller, Lombardo consiguió imponer su idea. El destacamento científico se instaló en diciembre de 1976. El Palacio San Martín lo consideró un buen test para medir hasta dónde estaba dispuesto a reaccionar el gobierno laborista británico con el que la Argentina mantenía frías relaciones, a pesar de que ya se insinuaba la reanudación de la negociación

con Gran Bretaña por Malvinas. El 20 de aquel mes, un helicóptero del *HMS Endurance*, buque patrullero que mantenían los británicos en la región y que cumpliría un papel relevante en la crisis de abril del 82, detectó el desembarco argentino.

El episodio –que incluyó el intercambio de notas de protesta y la convocatoria de los respectivos encargados de negocios en Buenos Aires (Hugh Carless) y en Londres (Rafael Gowland)– fue mantenido en sordina. Los argentinos no tuvieron interés en que trascendiera a la opinión pública, para preservar de perturbación las conversaciones futuras con el entonces subsecretario del Foreign Office, Edward Rowlands, quien debía llegar en febrero a las Malvinas. Los ingleses por su parte querían restaurar los lazos con Buenos Aires, donde un gobierno amigo de la City londinense había expulsado al populismo peronista y terminaría con la guerrilla.

También hubo, naturalmente, previsiones de inteligencia, sobre la posibilidad de que el desembarco en Thule fuera el prólogo de una acción sobre las Malvinas.¹ Las observaciones del Joint Intelligence Committee se basaron en la creencia de que una acción británica para sacar por la fuerza a los argentinos de Thule motivaría una reacción de la Junta Militar. Haya sido por estas consideraciones militares, o por el interés de resguardar el precario diálogo entre ambas naciones, los gobiernos coincidieron en rodear de confidencialidad la cuestión.

Sólo en mayo de 1978, por presión del *lobby* parlamentario de la Falkland Islands Company, el caso terminó por estallar en Londres. Todo no pasó de un chisporroteo verbal entre ambas Cancillerías. Era una partida entre jugadores que se conocían las cartas. Algunos meses antes, el comandante en jefe de la Armada, almirante Massera, había entregado a la Junta Militar un plan de desembarco en las Malvinas que el Ejército había conseguido mandar a “vía muerta”. Además, la flota de mar había interceptado a pesqueros búlgaros, a uno de los cuales cañoneó. El entonces agregado naval en Londres, contraalmirante Anaya, atrajo la atención de funcionarios del Foreign Office sobre el incidente.

En definitiva el “Operativo Thule” salió perfecto. La Argentina contaba con la presencia física de una base científica en la isla y la reacción de Londres había sido casi calma ya que ni siquiera entorpeció la visita de Rowlands a las Malvinas, ni la iniciación de conversaciones con su par del Palacio San Martín, capitán de navío Gualter Aliara, quien luego, por obra de esos endiablados giros del destino, comandó la fuerza de tareas que desembarcó en el archipiélago.

Con estos antecedentes no era alocado para los militares pensar en las Georgias. Sin embargo, un pequeño incidente ocurrido en diciembre de 1981 les debió haber servido para comprender que el temperamento del Foreign Office había variado sustancialmente.

Davidoff, embarcado en el rompehielos *Almirante Irizar*, viajó ese mes a inspeccionar las instalaciones que sus operarios, de acuerdo con los términos del contrato firmado con Salvensen, debían desmontar en la isla de San Pedro.

Envió una carta a la embajada británica en Buenos Aires avisando que haría el viaje y partió el 16 de diciembre, un día después de que Lombardo recibiera la orden de Anaya de comenzar a preparar el plan de desembarco en Malvinas. Davidoff y Lombardo desconocían mutuamente sus planes. Al llegar a Leith en un barco de la Armada argentina (*Almirante Irizar*), el British Antarctic Survey (basado en Grytviken) dio la voz de alarma. Exagerado y exuberante, el gobernador británico Rex Hunt demandó la expulsión de Davidoff —sugerencia que el Foreign Office no atendió—, aunque pidió que el empresario legalizara su ingreso en las islas yendo hasta Grytviken para cumplir con la formalidad del sellado de sus papeles. Gran Bretaña protestó por el incidente y, en una entrevista del embajador Williams con Costa Méndez, éste le dijo que no tenía conocimiento del viaje del empresario, ni de lo que había ocurrido.

Meses después, cuando el canciller fue informado por el presidente Galtieri de los planes para las Malvinas, Costa Méndez hizo una evaluación del episodio. Su primera conclusión saltó inmediatamente a la vista: una fricción anglo-argentina en Georgias afectaría casi con seguridad la planificación militar. La estela del viaje austral de Davidoff se desvaneció, pero el Palacio San Martín solicitó información a la Armada sobre los objetivos del desmontaje de las instalaciones balleneras. Ros fue encargado de la averiguación de todos los detalles. Fue en este momento en el cual el “Operativo Alfa” llegó a la superficie, montado sobre las intenciones aparentemente comerciales de Davidoff.

El plan no difería sustancialmente del que se había ejecutado en Thule: la instalación de una estación científica en la isla de San Pedro. Este “test” sería sin duda más importante que el de las Sandwich del Sur. Las Georgias no eran tan inhóspitas como Thule y, además, había allí una base, también científica, de los británicos, en dotación del British Antarctic Survey. Ahora, con una decisión de avanzar militarmente sobre las islas Malvinas en mayo o en julio, si se producía un incidente con Gran Bretaña sus resultados serían ciertamente perjudiciales.

Aunque por entonces Ros no tenía información sobre lo que se pensaba hacer en las Malvinas, adujo ante Costa Méndez que el “Operativo Alfa” conspiraría contra las posibilidades de éxito que tenía el sistema de negociación propuesto a Londres y que, como se dijo, debía ser discutido en Nueva York. El canciller coincidió con el análisis de su subordinado. Pero, como siempre, el curso de los razonamientos de ambos hombres era enteramente distinto. Mientras Ros pensaba en términos de la negociación, el canciller lo hacía en función de los planes de la Junta Militar. Ingenuamente, creía aún que las riendas de la diplomacia pasarían por sus manos; por lo tanto, abrir un flanco en las Georgias equivaldría a conceder una oportunidad a los británicos.

Aprovechando una reunión en la Cancillería con altos jefes militares en la que se analizó la estrategia argentina en la mediación papal por el litigio con Chile, Costa Méndez solicitó un encuentro con el vicealmirante Leopoldo Suárez del Cerro, titular del Estado Mayor Conjunto. Fue en los primeros

días de marzo y las olas que había levantado el comunicado argentino del 1º de ese mes eran todavía altas. Suárez del Cerro no sólo estaba informado del “Operativo Alfa”, sino que lo conocía hasta en sus menores detalles. Costa Méndez le habló entonces de los inconvenientes que esa fricción podría traer aparejada para la Argentina, y el militar se comprometió a llevar la inquietud a su comandante en jefe.

El “Operativo Alfa” era también, como ya se vio, preocupación íntima y personal de Lombardo. Fue su más firme impulsor hasta que recibió las seguridades de que se realizaría a fines del verano del 81-82, o a principios del otoño de este último año. Estaba satisfecho. Podía ahora decirle a sus oficiales que algo se haría; que la frustración –“profesional”, por decirlo de algún modo– que todos sentían por no haber combatido con Chile en diciembre de 1978 resultaría ahora mitigada por la acción de Georgias.

Cierto, no era lo mismo. En las épocas de la elevada temperatura con los chilenos, la guerra estuvo a punto de desencadenarse y una casi providencial tormenta detuvo una operación comando argentina que se iba a realizar sobre las islas del canal de Beagle. Luego de este fenómeno meteorológico intervino Juan Pablo II y separó a las partes. Georgias era, entonces, un objetivo menor para muchos de estos oficiales que creyeron haberse educado para la guerra y terminaron integrando comandos irregulares para realizar tareas más o menos policiales.

Cuando Lombardo recibió la orden de prepararse para las Malvinas, recordó inmediatamente el “Operativo Alfa” y comenzó a intentar detener su ejecución con la misma energía que antes había empleado en su promoción. “No se puede hablar de Georgias en abril y de las Malvinas en julio”, reflexionó atinadamente. Expuso este criterio en una nota a su jefe Anaya, advirtiendo como corolario que si se llevaba a cabo el “Alfa”, “se perderá el factor sorpresa”, condición esencial en el plan para recuperar el archipiélago.

La respuesta del comandante en jefe de la Armada al requerimiento de Lombardo fue positiva. La acción en Georgias sería cancelada, a pesar de que el personal que iba a ejecutarla –escogido por Lombardo– ya había sido designado. Ya en marzo, Costa Méndez recibió similares seguridades sobre la cancelación.

¿Fue realmente cancelado? En el curso de la investigación lo primero que surgió de algunos testimonios fueron indicios de una suspensión –no cancelación– y un traslado de la responsabilidad en el tema, al área de la jefatura de Operaciones del Estado Mayor Naval. Como todo lo que tiene que ver con el SIN, las alternativas fueron rodeadas desde ese mismo momento por espesas brumas.

Por lo pronto puede decirse que, pese a la presunta decisión adoptada en relación con el “Alfa” –atendiendo en lo formal a las inquietudes de Lombardo y Costa Méndez–, la operación de Davidoff siguió recibiendo el entusiasta apoyo de la Armada. Tanto que el ARA *Bahía Buen Suceso*, buque transporte, fue selec-

cionado para trasladar a los operarios encargados del desguace.

Otro dato llamativo que apareció, una y otra vez, en los testimonios recogidos por los autores es la vinculación de Constantino Davidoff con la Armada, presuntamente establecida a raíz de los transportes que este hombre realizaba a distintos puntos de la costa empleando buques de la fuerza. En diciembre de 1981 propuso el viaje a Georgias que efectuaría a bordo del ARA *Almirante Irizar* a través del jefe de Transporte Naval, capitán de navío Palau, quien elevó la solicitud –con una recomendación, según los testimonios– a Edgardo Otero. Este tenía entonces responsabilidad compartida con el contraalmirante Eduardo Morris Girling, jefe del SIN, sobre el “Operativo Alfa”. El primer periplo de Davidoff incluyó una visita a la Antártida y luego tres días de estadía en Puerto Leith –entre noviembre y marzo las Georgias quedan virtualmente deshabitadas– donde el empresario recorrió las instalaciones de la ballenera desactivada. En ese mismo lapso –sugirieron algunos oficiales consultados– la dotación militar del buque pudo muy bien haber realizado tareas de relevamiento.

El 9 de marzo el empresario comunicó a la embajada británica en Buenos Aires que 41 trabajadores irían a las Georgias en un buque que zarpó dos días más tarde. No hubo entonces objeciones.

Cuando el ARA *Bahía Buen Suceso* penetraba en la bahía de Stromers, un artículo de singular contenido se publicó en la prensa británica. El corresponsal de *The Guardian* en Buenos Aires, Jeremy Morgan, aseguró en un artículo titulado “Concesiones británicas en las Falkland” que los representantes ingleses en la negociación “han accedido aparentemente a un nuevo procedimiento (...) que aún tiene que ser aprobado por el gabinete”. Las apreciaciones de Morgan, indudablemente extraídas de fuentes de la embajada británica en la Argentina, añadieron un nuevo elemento de confusión al panorama. El equipo político que acompañaba a Williams en su búnker de la calle Agote, una de las zonas más aristocráticas de Buenos Aires, pudo haber filtrado deliberadamente esa información para calmar los ánimos de los argentinos. Cuando el artículo fue publicado por el diario, los diplomáticos ingleses en la Argentina tenían dos datos de primer nivel en sus manos: sabían a ciencia cierta que no existía la posibilidad cercana de que Londres accediera al sistema que proponía la Argentina, y poseían la comunicación de Davidoff sobre el viaje a Georgias.

Los trabajadores desembarcados en Leith izaron una bandera argentina, en una ceremonia sin pompa alguna. Según fuentes militares este acto había sido previamente convenido por Davidoff con la Armada.² Y así se desencadenó el escándalo. Según los británicos había en las pedregosas playas de las Georgias personal civil y militar.

La bandera azul y blanca flameaba en el extremo de un remo roto, atado, como improvisado mástil, de una torreta del equipo de generación de electricidad; se escucharon disparos y las normas de inmigración no fueron cumplidas. El jefe del equipo del British Antarctic Survey pidió a los argentinos que bajaran

la bandera, a lo que éstos accedieron.

Williams se reunió con Costa Méndez y le advirtió que el incidente era serio para el gobierno británico. Similar mensaje recibió en Londres el encargado de negocios argentino, a quien le sugirieron la conveniencia de que las autoridades argentinas tomaran distancia de la “provocación” de los trabajadores. Pero, aun antes que el entredicho tomara estado público, tanto el Foreign Office como el Ministerio de Defensa británico coincidieron en enviar al *HMS Endurance* luego de que éste embarcara a un pelotón de Royal Marines, para desalojar a la cuadrilla argentina. El *Endurance* era un patrullero artillado que, en pocos meses más, sería retirado de la zona como parte del plan de economía del gobierno conservador.

La situación comenzó así a escalar peligrosamente. Costa Méndez informó al embajador británico que el buque argentino abandonaría el lugar. La fórmula era ambigua: al anunciar que el ARA *Buen Suceso* dejaría Leith, no aseguró que en él se irían todos los trabajadores desembarcados. En Buenos Aires, por otra parte, se aseguraba que no había militares entre los obreros de Davidoff. En cambio el jefe de la base del British Antarctic Survey informó a Londres que algunos de los argentinos que estaban en las Georgias vestían uniformes de infantes de marina y que también había unos 50 ó 60 civiles. Los que estaban enfundados en ropas de combate, precisó, no portaban armas.

Lejos de ese ajeteo, y ausente de lo que ocurría en esas heladas islas, Lombardo se había tomado unos días de vacaciones para reponer fuerzas antes de emprender la última etapa de preparativos para el desembarco en las Malvinas. Como oficial superior sabía que la mayor cuota de responsabilidad en el éxito de la acción recaería sobre la Flota de Mar y la Infantería de Marina. Tendido sobre la arena de la exclusiva playa uruguaya “La Mansa” de Punta del Este, reducto que utilizan los dueños del dinero y los militares argentinos para retozar en el verano, aprovechaba el aún intenso sol de marzo. Había decidido comprar los diarios de Buenos Aires sólo día por medio, en un intento por tomar distancia de la compleja realidad que lo aguardaba en su país, y se limitaba a escuchar las sensacionalistas radios uruguayas.

Fue por una de ellas que se enteró del casi descontrolado incidente en las Georgias. Se sintió desconcertado, pero comprendió que el puntapié inicial había sido dado. Un avión lo dejó en Buenos Aires apenas unas horas después y del aeropuerto enfiló directamente al edificio Libertad, donde solicitó una entrevista urgente con Anaya.

Este le informó que la Armada daría protección a los trabajadores que se encontraban en la isla, que la reacción británica había sido “muy dura” y que la respuesta del gobierno argentino a “la amenaza” sería de similar calibre. Ni un músculo se movió en el inexpresivo rostro del comandante cuando le ordenó a su subordinado que adelantase los planes para la acción en Malvinas. Lombardo no opuso objeciones, aun cuando el cumplimiento de la orden significaba un

esfuerzo adicional de gran magnitud. Anaya no le reveló en ese momento cuándo sería el día “D”, pero estaba claro que ya no se hallaba lejano.

Era el 20 de marzo. Los planes iniciales incluían la utilización de los buques de transporte naval, pero éstos no se encontraban entonces surtos en los puertos: el ARA *Bahía Buen Suceso* estaba afectado a la operación en Georgias; el ARA *Bahía Paraíso* navegaba hacia esa misma zona con una dotación de infantes de marina para resguardar a los chatarreros, y similar curso había adoptado el rompehielos ARA *Almirante Irizar*.

Lombardo procedió de inmediato y ya este primer esfuerzo le depararía una sorpresa. Entre los informes que solicitó y le fueron entregados, uno confirmaba que algunos efectivos de la Armada acompañaban a los obreros de Davidoff. Al revisar la nómina de ese personal naval, descubrió diez nombres de algunos que habían servido bajo su mando hasta octubre de 1981. Eran hombres –buzos tácticos en su mayoría– que él mismo había escogido por su eficiencia profesional para participar del “Operativo Alfa”.

Aquel mes Lombardo recibió un pedido del vicealmirante Alberto Vigo solicitándole la transferencia a su unidad de aquella decena de marinos. No hubo explicaciones para la solicitud a la que Lombardo accedió, pero éste supuso que Vigo los necesitaba para efectuar tareas de inteligencia en las zonas de posible conflicto con Chile. El jefe de Operaciones Navales no había vuelto a pensar en aquel requerimiento hasta que vio la nómina y reconoció los nombres. La duda era obvia: ¿Había sido realmente cancelado el “Operativo Alfa”?

No son pocos los protagonistas de esta historia que, entrevistados por los autores, hablaron del episodio registrado en las Georgias del Sur como el más “oscuro” en sus orígenes de todo el conflicto por las Malvinas. Hubo quien sugirió, inclusive, la posibilidad de un “comportamiento autónomo” de Anaya respecto de sus pares de la Junta Militar.

La diplomacia argentina intentaba, en tanto, sacar partido de la situación. En Londres, el ministro Molteni concurrió al Foreign Office para señalar que Davidoff había actuado bajo su propia responsabilidad; que el buque había partido de las Georgias dejando buena parte del equipo en las viejas instalaciones balleneras; que, aun cuando el ARA *Buen Suceso* estaba en dotación de la Armada, había cumplido esa vez con los términos de un contrato *charter* de carácter exclusivamente comercial. Esto significa –agregó Molteni– que no hubo intencionalidad política deliberada por parte del gobierno argentino de aumentar la tensión.

La situación repercutió en Port Stanley donde un grupo de isleños pintó con dentífrico en las ventanas de las oficinas de LADE (Líneas Aéreas del Estado) frases como “diente por diente” y “UK (United Kingdom) OK”. También reemplazaron la bandera argentina, colocada en el frente de la pequeña construcción, por la Union Jack. Los responsables de la Falkland Islands Company estaban nerviosos. Resulta sumamente difícil respirar en las Malvinas sin que la HC se

entere. Maneja con mano de hierro la vida de los isleños, y los alienta permanentemente a una actitud de absoluto desprecio y rechazo por lo argentino.

Las actitudes hostiles a la Argentina en la capital del archipiélago no constituyeron un hecho grave –mucho menos novedoso– en sí mismo. Anteriormente se habían registrado algunos gestos de animosidad contra los empleados de LADE, Gas del Estado e YPF que trabajaban allí, sin que trascendieran. Pero el cuadro político en el que se inscribieron era totalmente distinto. Las fuentes de inteligencia argentinas filtraron rápidamente las novedades y el canciller protestó formalmente por los incidentes.

Citó al embajador Williams y le transmitió la protesta verbal –posteriormente, como es de rigor, se le entregaría un documento que contenía los términos de dicha protesta–, pero en la misma reunión Costa Méndez admitió que había aún argentinos en Puerto Leith, advirtiendo a su interlocutor que cualquier acción que se emprendiera contra ellos irritaría a la opinión pública.

Los contactos entre el ministro y el representante de la Corona en Buenos Aires se volvían cada vez más difíciles y ásperos. Las recriminaciones recíprocas monopolizaban los diálogos y aumentaban la tensión. Tanta era la irritación, que Costa Méndez había dejado de emplear su impecable inglés con Williams y obligaba a éste a hablar en español. El día de la protesta por los episodios de Puerto Stanley, también estaban presentes el vicecanciller Ros y el jefe de gabinete Figueroa. En un momento, la exasperación de Costa Méndez le hizo aconsejar al inglés:

–Y usted se queda “muzzarella” –acompañando la frase con el gesto de sellar los labios.

Desconcertado Williams inquirió con ingenuidad:

–¿Qué es “muzzarella”?

Ros, hasta ese momento silencioso, se sintió en la obligación de recurrir en ayuda del embajador y recurrió al idioma de éste. Formal como es, el vicecanciller igualó la ingenuidad de Williams:

–“*Muzzarella*” is the kind of cheese used in pizzas... (“Muzzarella” es una clase de queso que se utiliza en las pizzas...)

Pareció decidido a proseguir con su didáctica explicación culinaria, pero un gesto impaciente del canciller lo interrumpió. Williams se fue del Palacio San Martín sin tener idea de por qué la conversación había adquirido ese momentáneo sesgo críptico.

Presionado por el *lobby* de la FIC en Londres y con el Parlamento en un punto alto de irritación, Richard Luce hizo un esfuerzo por serenar los ánimos. Informó que el ARA *Buen Suceso* había abandonado las Georgias con la mayor parte de su personal a bordo, pero que un reducido contingente de trabajadores permanecía aún en tierra. “Estamos haciendo los arreglos –subrayó– para aseguramos su pronta salida”.³ El optimismo del ministro británico no fue compartido por los legisladores, que descargaron sin piedad su artillería retórica,

incluyendo a los de la oposición laborista. Un memorando redactado entonces por el encargado de negocios argentino para el canciller Costa Méndez consignaba el punto de vista diplomático sobre la actitud del Foreign Office. El documento, de carácter reservado, aseguró que la Cancillería británica, a través de la exposición de Luce ante el Parlamento, intentó “desinflar” las expectativas generadas por la situación en Georgias y “relativizar la dimensión del incidente”. Subrayó también que la intervención de Luce “no produjo el efecto deseado” ya que “no sólo la oposición, sino también la bancada conservadora cuestionaron duramente la actitud oficial y aumentaron la dimensión del problema, vinculándolo con negociaciones sobre Malvinas, con manifestaciones posteriores a la reunión de Nueva York, y con la política que sigue el gobierno británico en materia de defensa”.

Una coincidencia paradójica se produjo mientras se debatía el incidente en el Parlamento inglés. El ARA *Bahía Paraíso* volvió a poner proa hacia las Georgias, navegando esta vez en completo silencio de radio. Un grupo de tropas de élite de la Armada, conocido en la lucha contra la guerrilla como “Los Lagartos”, desembarcaría en pocas horas más para tomar posiciones en las instalaciones balleneras y proteger a los trabajadores de Davidoff de una eventual acción de fuerzas británicas.

El gabinete de Margaret Thatcher, por su parte, aprobó la acción del *HMS Endurance* contra la cuadrilla de obreros. Sus instrucciones eran las de realizar una escala en Grytviken antes de aproximarse al lugar donde se encontraban “los intrusos argentinos”.

Ambos gobiernos estaban llegando a un punto de no retorno sin que ninguna de las partes atinara a dar los pasos necesarios para aliviar la tensión. La *impasse* tenía implicancias impredecibles. El 22 de marzo, Costa Méndez recibió una “nota verbal” del embajador británico cuya redacción –inusualmente amenazadora– fue interpretada como un virtual ultimátum. Esta decía entre otros conceptos:

Los ministros han acordado que el HMS Endurance continúe hacia Georgias del Sur para retirar a los argentinos que permanecen allí. La continuada presencia argentina en Leith, que contradice las aseveraciones previas del doctor (Carlos Lucas) Blanco, quien aseguró que la nave y el grupo partirían, no nos deja otra opción que realizar esta acción. El grupo de trabajo argentino está en Leith ilegalmente y no les podemos permitir permanecer allí. Según los planes actuales, el HMS Endurance llegará a Leith el 24 de marzo, llevará a los hombres a bordo y luego de vuelta a la Argentina vía Port Stanley. Es nuestra intención conducir esta operación correctamente, pacíficamente y de la manera más discreta posible. Esperamos que el gobierno argentino aconsejará a los trabajadores argentinos que están en Leith, si es que está en condiciones de hacerlo, que cooperen. Tenemos presente la necesidad de asegurar que el equipo

desembarcado en Leith será debidamente salvaguardado. Lamentamos profundamente que se nos haya forzado a tomar esta acción. Habíamos deseado que las previsiones argentinas formuladas con anterioridad, según las cuales la nave y el grupo partirían, hubieran permitido que este incidente fuera superado con el menor costo político posible. Es nuestro deseo que las consecuencias políticas, con un manejo cuidadoso de ambas partes, puedan seguir siendo minimizadas. Pero debe quedar bien claro que nosotros no hemos buscado esta situación; ha sido la acción irresponsable de Davidoff y la aparente inhabilidad del gobierno argentino para apelar al remedio necesario lo que la ha producido. Nosotros hablaremos en términos similares al encargado de negocios argentino en Londres. En vista del considerable interés público que se manifiesta en Londres, los ministros formularán una declaración hoy en el Parlamento relativa a la situación a la acción que estamos tomando. Sin embargo no nos proponemos, en este momento, referirnos al papel del HMS Endurance.⁴

La única propuesta abierta era, entonces, una sugerencia formulada por Williams: que el ARA *Bahía Buen Suceso* regresara a las Georgias, recogiera a los trabajadores y los trasladara a Grytviken donde podrían ingresar legalmente. Los británicos suponían que Costa Méndez había perdido el control de la situación. El mismo canciller le dijo a Williams en varias oportunidades que tenía dificultades, en particular con Anaya, pero que la tremenda y desproporcionada reacción británica había dejado al Palacio San Martín con pocas posibilidades de maniobra frente a los “halcones” de la Armada. Lo que siguió fue el trascendido sobre la remisión del ARA *Bahía Paraíso* con infantes de Marina que —luego se sabría— estaban al mando del capitán de fragata Alfredo Astiz. Este oficial había cumplido un importante aunque oscuro papel en la represión, participando de operaciones —según denuncias concretas— como la del secuestro de dos monjas francesas y una adolescente sueca. En ambos casos las víctimas jamás aparecieron.

En la Presidencia de la Nación se preparó, simultáneamente, otra acción psicológica. El secretario de Información Pública, Rodolfo Baltiérrez, un ubicuo periodista y diplomático, convocó en su domicilio de la calle Carlos Pellegrini a varios cronistas, intentando que no se vieran unos con otros. Utilizó —tal fue la cantidad de hombres de prensa que acudieron a su llamado— hasta su propio dormitorio para distribuirlos. En esa cita Baltiérrez deslizó el trascendido de que el buque *John Biscoe* había partido desde Montevideo llevando otra dotación de infantes de marina británicos para reforzar la guarnición de Port Stanley.

También la inteligencia norteamericana aportó datos al agregado naval británico en Buenos Aires, quien carecía de posibilidades de tener una red de información propia. Hay sospechas serias de que la mayor parte de los datos enviados por el oficial a Londres era obtenida de la lectura de los diarios y la única información importante surgía de sus contactos con sus colegas norteamericanos.⁵

En el selecto núcleo integrado por quienes preparaban la operación Malvinas, los planes avanzaban, por aquellos días, a toda máquina. La posibilidad de que Gran Bretaña enviara refuerzos era cada día más concreta. Si Londres daba este paso, los argentinos quedarían frente a dos alternativas:

1) Suspender nuevamente los planes de desembarco, lo que provocaría un abierto malestar entre las fuerzas armadas, cuya convivencia era ya decididamente mala. Anaya, por otra parte, había convenido en sostener el acceso de Galtieri a la Casa Rosada como contraprestación de la “luz verde” para llegar al archipiélago. Otra postergación haría saltar por los aires ese pacto. Provocaría, más tarde o más temprano, fuertes disensos en el seno del régimen militar.

2) Seguir adelante con el desembarco, con la posibilidad de que las fuerzas propias enfrentaran una fuerte resistencia y la acción resultara sangrienta, con escaso rédito político internacional. El síndrome de la “Fortaleza Falkland” estaba presente en la mente de estos hombres que, sin embargo y por paradójico que pueda parecer, no creían en una reacción militar inglesa luego de que la ocupación argentina se materializara.

La primera decisión que adoptó Anaya fue enviar dos corbetas misilísticas –las ARA *Granville* y ARA *Drummond*– a la zona del conflicto. Se ubicaron entre las Georgias y las Malvinas, cerrando la posibilidad del retorno del *Endurance* a su base natural.

Otra correspondió a Galtieri: cuando se manifestó el incidente de las Georgias, autorizó a Menéndez a ponerse en contacto con el equipo militar que trabajaba en el plan. Las reuniones de ese grupo tenían lugar en el Estado Mayor Conjunto. En sus primeros contactos, el futuro gobernador tuvo acceso a la documentación.

El objetivo que se habían propuesto los planificadores era el de ejecutar una operación “limpia”, si fuera posible sin derramamiento de sangre. En las discusiones que se planteaban entonces se decía que si Gran Bretaña sufría bajas, la recuperación argentina no sería digerida por la comunidad internacional; en cambio, si se evitaba un derramamiento de sangre inglesa e isleña, aun cuando las fuerzas argentinas sufrieran bajas, el hecho consumado sería esencialmente tolerable para Londres.

Pero Menéndez tenía otras cosas en la cabeza, distintas de la especulación sobre las posibles bajas de uno u otro bando. Había recibido la orden de prepararse para administrar las islas y este militar era disciplinado. Escogió a dos coroneles, un capitán de navío y un comodoro. Este último estaba sirviendo en Alemania Federal como agregado aeronáutico. Carlos Bloomer Reeve era un veterano de Malvinas. No sólo había vivido en las islas como delegado de LADE y virtual “embajador” argentino en Port Stanley, sino que había sido la mano derecha del canciller Carlos Washington Pastor durante una etapa de las negociaciones. Fue Bloomer Reeve quien logró obtener material reservado en la Cancillería sin despertar sospechas de los diplomáticos. Además, por gestión

de este comodoro, el futuro gabinete malvinense escuchó una exposición del coronel González Balcarce que –en su carácter de funcionario del Palacio San Martín– había participado en la ronda de Nueva York.

Menéndez habló claro con todos los miembros de su “equipo de gobierno”:

–Nadie pregunte nada sobre lo que ocurrirá en el futuro –les previno–, porque yo mismo no lo sé. Tengo las mismas dudas que ustedes pero, cuando las expuse, la respuesta de mis superiores fue que me hiciese cargo del gobierno de las islas. Estamos trabajando con vistas al gobierno. Y punto.

El día “D” no había sido fijado aún. No había todavía consenso en la Junta Militar para una aceleración de la crisis. Pero ese viernes 26 de marzo, el Comité Militar –organismo diseñado para incluir a la Junta y al presidente de la Nación, cuando este cargo fuera desempeñado por un oficial retirado– debía considerar todo el conflicto en sus variables diplomáticas y militares.

Los británicos temían, con fundamentos como se vio después, que la *impasse*, creada en la estéril conversación diplomática para solucionar la crisis de las Georgias, fuese utilizada por los argentinos para armar una fuerza de tareas con el objetivo de tomar Port Stanley. Pero, a la vez, se encontraban en un callejón sin salida. El frente interno de Margaret Thatcher estaba presionando fuertemente para que no hubiese retrocesos. En este punto, el Almirantazgo cumplió un papel destacado. Gran Bretaña estaba dispuesta a terminar con su flota de superficie: el *HMS Invincible*, su principal portaaviones, estaba virtualmente vendido a Australia; el portahelicópteros *HMS Mermes* marchaba camino al desguace.

La dura puja interna en el gobierno conservador culminó con la derrota de quienes sostenían la necesidad de mantener la flota. Los buques de superficie serían reemplazados por los submarinos nucleares *Trident*. De este modo, la gloriosa flota imperial que había combatido en todos los mares se transformaría en un mero apéndice de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Los argentinos le vinieron como anillo al dedo al Almirantazgo. Si el incidente escalaba y el viejo león británico reaccionaba con sus reflejos históricos, quizá se pudiese salvar la flota.

Lord Carrington intentó una nueva maniobra para quebrar la posición de los argentinos. Envío instrucciones precisas a Williams para que urgiera a Costa Méndez a persuadir a la Junta de la necesidad de encontrar una salida a la situación. La gestión incluyó, claro está, una presión combinada sobre Washington para que el Departamento de Estado pusiera en vereda a los argentinos. Williams, que a esta altura de los acontecimientos concurría dos o tres veces por día al Palacio San Martín, transmitió el mensaje de su jefe, indicando que Londres deseaba detener la escalada pero que el gobierno argentino no podía tener dudas de que “se defendería la soberanía (británica) en las Georgias como en cualquier otra parte”.

Sir Nicholas Henderson, el embajador británico en Washington, recibió un

cable similar que epiloga textualmente: “(...) al final del análisis, nosotros no podemos asentir que se infrinja la soberanía británica y estamos al borde de tomar acciones para restaurar el statu quo”.⁶

Ese viernes 26 los contactos de Williams con Costa Méndez fueron infructuosos. La posibilidad de recibir un enviado británico había sido definitivamente desechada y sólo quedaba en pie la sugerencia de que la cuadrilla argentina reingresara en la zona a través de Grytviken, donde se le sellarían sus *white cards* (tarjetas blancas que servían de documento binacional a los argentinos que viajaban a Malvinas), para luego regresar a Leith. Costa Méndez –asesorado por los embajadores Ros y Blanco– pidió un tiempo para consultar con Galtieri y responder. Sería ésa la reunión decisiva.

En Londres, ese mismo día, Molteni, quien había configurado su propio cuadro de situación, volvió a la carga ante el Foreign Office. En una entrevista con Robin Fearn –jefe de la sección de asuntos americanos del Foreign Office–, insistió en la posibilidad de desactivar el incidente mediante la aceptación británica de la propuesta hecha por la Argentina en la reunión de Nueva York (cronograma y plazo para las negociaciones). Según su análisis de la fricción en Georgias, todo no era sino una audaz y riesgosa jugada argentina para presionar a Gran Bretaña. ¿No se había hablado tanto en la Cancillería de un proyecto semejante, desde los días de Camilión? Supuso que este ambiente prebélico, que inclusive percibía en las conversaciones con sus pares ingleses, formaba parte del juego pero también que, finalmente y como había ocurrido en oportunidades anteriores, todo epilugaría bien. Antes de dejar el despacho de Fearn creyó oportuno alertarlo sobre el riesgo de “dar excusas a los ‘halcones’ en Buenos Aires con la falta de una respuesta a la proposición argentina”.⁷

Otra era la realidad. El Presidente solicitó a Costa Méndez que se sumara a la reunión que el Comité Militar celebró ese 26 por la noche. Galtieri, Anaya y Lami Dozo se encontraron con la sensación compartida de que el incidente en las Georgias estaba reduciendo aceleradamente el margen de maniobra del gobierno militar argentino, presionado por la crítica situación interna –el sindicalismo había prometido copar la Plaza de Mayo para protestar contra la política económica y social– y por la intransigencia británica. El episodio había llegado a un punto desde el que sería muy difícil para los comandantes retroceder sin deteriorar sus respectivas bases de sustentación. Anaya advirtió esta situación, a partir de lo cual urgió a sus pares tomar una definición. En este juego, Galtieri debía, casi en forma permanente, hacer suyas las posiciones más duras para evitar ser desbordado por el jefe naval.

Cuando se efectuó aquella reunión, la flota estaba lista para partir. Dos días antes el comandante de la fuerza de tareas, contraalmirante Gualter Aliara, recibió orden de acelerar los preparativos. Fueron horas de ritmo infernal en que las fuerzas armadas alcanzaron un grado de coordinación pocas veces visto antes y, ciertamente, nunca vuelto a lograr durante el conflicto. La precipitación de los acontecimientos

obligó a suspender los ensayos de desembarco que debían realizarse en la zona de Río Grande, sobre el extremo austral del continente argentino.

El tema excluyente de esa noche fue, para la Junta, la decisión de una acción inmediata para evitar la fortificación de las Malvinas por parte de Gran Bretaña. Cuando Costa Méndez arribó descubrió que los comandantes ya estaban reunidos desde hacía más de una hora, y que también habían sido convocados el brigadier Plessl, el almirante Lombardo, el general García y el vicealmirante Suárez del Cerro, titular del Estado Mayor Conjunto.

El canciller fue recibido por rostros sonrientes. Lami Dozo le dijo entonces: “Tome asiento, doctor. Y prepárese, ya decidimos lo de las Malvinas”. Galtieri le explicó que las circunstancias no permitían ya dar marcha atrás y Anaya especuló sobre la oportunidad “histórica” que se presentaba.

Costa Méndez se limitó a agregar: “Si ya han decidido llevar adelante la operación, sólo me queda recomendar que se haga a la brevedad. No hay que demorar un minuto más de lo necesario. La información podría filtrarse eliminando las posibilidades de un desembarco incruento”.

El columnista político del diario *Clarín*, Joaquín Morales Solá, dijo que el canciller alentó la decisión militar, azuzando a los comandantes: “Hagámoslo ahora”.

Williams esperó toda la noche el llamado de Costa Méndez. Miró obsesivamente por la ventana de su residencia en el Grand Bourg cómo se iban apagando una a una las luces de Palermo y la avenida Libertador. Su segundo, David Joy, lo acompañó en esa velada de ansiedades. Al día siguiente, el embajador sacó una peligrosa conclusión. “Los argentinos están jugando con nosotros”, le dijo en una comunicación cifrada al Foreign Office.

Una declaración pública de Costa Méndez sirvió como respuesta. Ese sábado afirmó que el gobierno protegería a los trabajadores de Davidoff. Esa protección, añadió, no sería sólo diplomática e incluiría el envío del ARA *Bahía Buen Suceso* con infantes de marina y de las fragatas ARA *Granville* y ARA *Drummond*. La lectura de esta afirmación no dejó margen para muchas interpretaciones, por lo que Williams solicitó una nueva entrevista con el canciller. No fue concedida, y, en su reemplazo, fue atendido por Ros. La parquedad del vicescanciller resultó ostensible para el inglés, quien demandó conocer la ubicación exacta del ARA *Bahía Paraíso*. Ros se limitó a notificarle que la Junta Militar había modificado sus instrucciones al Palacio San Martín.

La negociación quedó así virtualmente rota.

La determinación de acelerar el desembarco obligó a Costa Méndez a preparar a su gente para las batallas diplomáticas que se avecinaban. Como estaba convencido de que la polémica se desarrollaría exclusivamente en su área, decidió convocar a su despacho a seis funcionarios de la primera línea del Palacio San Martín. Pero también pensó en la necesidad de preservar el secreto y nada mejor para comprometer a quienes iban a compartirlo que una solemne *mise en scène*.

Llegaron casi en grupo al despacho del canciller, Estaban Ros, Blanco, Listre, Erhardt del Campo, Félix Peña y Figueroa. Costa Méndez detuvo seriamente su mirada sobre los ojos de cada uno de sus subordinados y los invitó a tomar asiento en los vetustos sillones *art nouveau* del recinto.

—Por favor, miren todos el crucifijo —dijo con voz firme, mientras señalaba una imagen de Cristo que colgaba de una de las paredes.

Los diplomáticos cambiaron miradas de extrañeza entre sí y alguno que había servido en Estados Unidos creyó estar viviendo la ridícula sesión del Salón Oval de la Casa Blanca, tan bien relatada por Carl Bernstein y Bob Woodward, cuando Nixon le pidió a Kissinger que se arrodillara para acompañarlo a rezar en el epílogo del terremoto institucional de Watergate.⁸

Otros en cambio supusieron que se trataba de una broma. Pero se equivocaban. Costa Méndez no les estaba gastando un chiste. Les anunció que, luego de 112 años, la Argentina podía en ese 1982 entrar en guerra. Y les exigió un juramento de silencio que todos asumieron. Aunque esos seis diplomáticos no fueron los primeros de ese Ministerio en enterarse de los planes militares.

Unos días antes, el 20 de marzo a las 14, Galtieri recibió en su despacho de la Casa Rosada a Eduardo Roca, el flamante embajador argentino ante las Naciones Unidas. Era una época de inquietudes para este amigo íntimo de Costa Méndez, aunque nada tenían que ver con las islas Malvinas, asunto sobre el cual el ministro prefirió dejarlo al margen. Había venido postergando su toma de posesión de la misión argentina ante la ONU por diversos problemas, entre ellos el de la operación de vesícula a la que acababa de someterse. Y ahora se veía urgido a viajar a Nueva York donde el comandante Daniel Ortega estaba a punto de denunciar ante el Consejo de Seguridad la participación argentina en los preparativos de invasión a Nicaragua. Por esas paradojas de la vida, Roca reemplazaría a Juan Carlos Beltramino, cuya cabeza había rodado por sus contactos con el grupo de países No Alineados, según las apreciaciones de los militares acreditados en Washington.

Roca ingresó en el despacho presidencial sin imaginarse lo que allí le sería revelado y repasando sólo las palabras formales que, pensaba, intercambiaría con el Presidente de la Nación. Pero no tuvo en cuenta la debilidad de Galtieri por protagonizar acciones teatrales. Luego de algunas trivialidades, el Presidente ingresó de lleno en el tema disfrutando el impacto que causaba en su interlocutor:

—Doctor —le dijo pomposamente—, no puedo dejar que usted se haga cargo de su nueva función sin decirle que la Argentina ha decidido recuperar lo que le pertenece, las islas Malvinas.

Roca no podía creer lo que escuchaba, pero siguió atento a las palabras de Galtieri:

—Vamos a recuperar las islas, aunque todavía no le puedo decir cuándo con exactitud. Pero trataremos de hacerlo incruentamente, si es posible. Así que, en Nueva York, lo espera una gran tarea.

Roca regresó excitado a dialogar con Costa Méndez, quien intentó relativizar el solemne anuncio presidencial. “No es algo que esté completamente decidido, Eduardo”, ensayó como explicación el canciller. Pero no logró convencer a su amigo, quien el 23 de marzo voló a Estados Unidos convencido de la inminencia de un operativo militar argentino.

Allí, y hasta que el 1º de abril su colega en Alemania Federal, Roberto Guyer, hizo una escala en Nueva York para confirmarle la inminencia de la invasión, Roca vivió virtualmente obsesionado por el caso Malvinas —la denuncia sandinista nunca se materializó—. Condicionó todas sus acciones a este caso y aprendió varias lecciones. La primera se la enseñó la Kirkpatrick, a quien vio el mismo día de su llegada⁹, y la segunda, el agregado militar argentino, general de brigada Miguel Mallea Gil, que había viajado desde Washington en la tarde del 28 para cenar con Roca.

El embajador ante la ONU creía —con lógica— que Mallea Gil estaba al tanto de los planes de su comandante. “Si Miguel (como llamaban sus amigos al general que había sido uno de los motores de la presidencia de Videla) está aquí y tiene los contactos que tiene con el *establishment* norteamericano, seguramente los habrá usado para sondear al gobierno”, pensó Roca. A las 19 —al mejor uso norteamericano— ambos hombres compartían ya una mesa en un elegante restaurante neoyorquino, a buen resguardo del intenso frío del final del invierno.

Roca admitió la urgencia que había tenido, desde su llegada, en hablar con él por la cuestión de las Malvinas. A medida que avanzó le dio la impresión de que Mallea estaba en el limbo, como si desconociera absolutamente todo lo que se planeaba en Buenos Aires. Había ido demasiado aprisa y ahora se vio obligado a torcer bruscamente la dirección de la conversación cuando estaba por llegar a la confesión de Galtieri. Un comentario de Mallea Gil descartó rotundamente la posibilidad de una invasión.

El embajador suspiró aliviado porque Mallea Gil no le había creído una palabra. De pronto tomó conciencia del terreno resbaladizo que estaba pisando. “O Mallea está también en el secreto, o realmente no sabe nada y sale de aquí a Washington y envía un cable al Comando revelando esta conversación”, fue el cuadro que se trazó Roca. Su desconfianza no era gratuita. A pesar de las estrechas relaciones que los militares y diplomáticos mantienen en el exterior, éstos siempre se sentían rindiendo examen ante los agregados del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea.

La inteligencia británica no encontraba, por entonces, indicios concretos de que se estuviese gestando una invasión, aunque —después— todo pareció haber sido literalmente realizado bajo sus narices. Lord Carrington alentaba sospechas y creyó llegado el momento de poner en funcionamiento al amigo norteamericano para poner límites a los argentinos. Envío un mensaje a Washington solicitando que el Departamento de Estado intentase una mediación. Al mismo tiempo, impulsó en el gabinete un alistamiento de la flota. Por lo pronto,

un submarino nuclear —el *HMS Conqueror*— recibió orden de zarpar hacia el Atlántico Sur, donde debería llegar el 13 de abril. El almirante John “Sandy” Woodward comenzó a organizar una fuerza de tareas, por si los argentinos osaban desafiar al viejo imperio.

El 28 de marzo zarpó, desde Puerto Belgrano, la flota de mar argentina. Su destino: las Malvinas.

NOTAS

¹ *Falkland Islands Review*, parágrafos 52 al 57, págs. 14 y 15, Londres, 1983.

² Durante la investigación, los autores reiteradamente recibieron interpretaciones coincidentes sobre esa relación entre Davidoff y la Armada, presumiblemente a raíz de la actividad del empresario que requería apoyo logístico de transportes navales.

³ *Falkland Islands Review*, párrafo 179. Declaración de Luce a la Cámara de los Comunes.

⁴El texto completo de la nota verbal —y el facsímil del original— se incluye en el Apéndice de documentos.

⁵ Hay reiteradas menciones a la relación entre los agregados del Ministerio de Defensa y Naval británicos con la embajada americana en Buenos Aires. En *Falkland Islands Review* inclusive se dice que el 23 de marzo de 1982 la “embajada británica en Buenos Aires reportó, sobre la base de información de otra embajada, que todos los submarinos de la Base Naval Mar del Plata se habían hecho a la mar recientemente...”, parágrafos 206 (pág. 60), 208 (pág. 61), 231 (pág. 67), 312 y 313 (pág. 84).

⁶ *Falkland Islands Review*, párrafo 197, pág. 57.

⁷ Investigación de los autores.⁸ *La caída de Nixon*, Carl Bernstein y Bob Woodward.

⁹ Investigación de los autores sobre este encuentro, que se explica detalladamente en capítulo “Ni vetos ni votos”.

